

S. MOZO

**EL ARBOL**  
**Y**  
**SU FIESTA**

---

*Nihil obstat*

*Lic. Albertus Martinex*

CENSOR

Burgi Oxomensis die 9 februarii

1927

Imprimatur

*D<sup>ns</sup> Eustachius Berdün*

GUBERNATOR ECCUS (S. V.)

Precata  
DGCL  
A

bl. 61049  
CB 1078303





# EL ARBOL Y SU FIESTA

POR EL

LIC. D. SALVADOR MOZO

Profesor del Seminario de Osma



Imprenta de la Sda Familia. Burgo de Osma (Soria)

R. 51475



EL ARBOLE Y SU FLORISTA

1988

EL DR. SALVADOR MOSO

Historia de la Medicina

Editorial de la Universidad

Publicado en el año 1988



# Dedicatoria

Satisfacción muy cumplida es la que siente mi alma al consagrar este librito con todos los trabajos, que el componerle ha llevado consigo, a mis muy queridos padres, Ignacio y Benita, naturales de Mamolar, Provincia de Burgos y residentes en el mismo.

Yo quisiera ofrendarles una obra mayor y más perfecta, para corresponder de algún modo a los grandes beneficios que de ellos he recibido; Yo deseara poner al lado de sus desvelos paternales mi gratitud, mi diligencia y sobre todo las aspiraciones, nobles y santas, que me han movido a dar a luz este opúsculo: Pero me siento pequeño e inhábil para emprender obras de más erudición y de mejor forma, por eso les ruego que lo acepten como prenda segura del intenso amor que les profeso y también como un recuerdo perenne de esa vida tranquila y llena de encantos, que ellos pasan al cuidado de sus bueyes, de sus ovejas, de sus prados y de su labranza.

*El autor*

## AL LECTOR

Me he propuesto, carísimo lector, con «El Árbol y su fiesta» proporcionarte un pequeño arsenal de trabajos titerarios, de los que podrás servirte para celebrar con solemnidad un crecido número de veladas.

He procurado que los trabajos fueran breves en su mayor parte, para que, si lo juzgas oportuno y conveniente, tú también pongas algo de tu cosecha propia.

Quizás halles algunos números, sobre todo en las composiciones poéticas, que no cuadren del todo con la naturaleza del árbol y de sus propiedades; mas sabes bien que para que una velada resulte agradable, es preciso que no carezca de la nota de la variedad. Por eso, sin perder de vista el carácter de la velada de la Fiesta del árbol, he juzgado muy importante intercalar esas composiciones que habían de producir en los oyentes o expectadores placer, regocijo y entusiasmo.

Para que de antemano te des cuenta exacta del plan, que he tenido presente, al componer este opúsculo; te advierto que el número primero de la velada, que quieras celebrar, conforme a lo que se indica en «El árbol y su fiesta», habrás de tomarle de la *Primera Parte*, donde hallarás 6 trabajos que, no dudo, habrán de responder a tus buenos y rectos deseos.

Si comprendes, amadísimo lector, que el recuerdo de la suprema autoridad civil o de las disposiciones emanadas de la misma, han de producir en tu pueblo frutos mejores, que cualesquiera otra consideración, entonces celebra con seis niños la sesión de ministros que te propongo en la *Segunda Parte* y termina la misma con la lectura del Real Decreto que recoge todas las aspiraciones de aquellos en favor del árbol y de su fiesta.

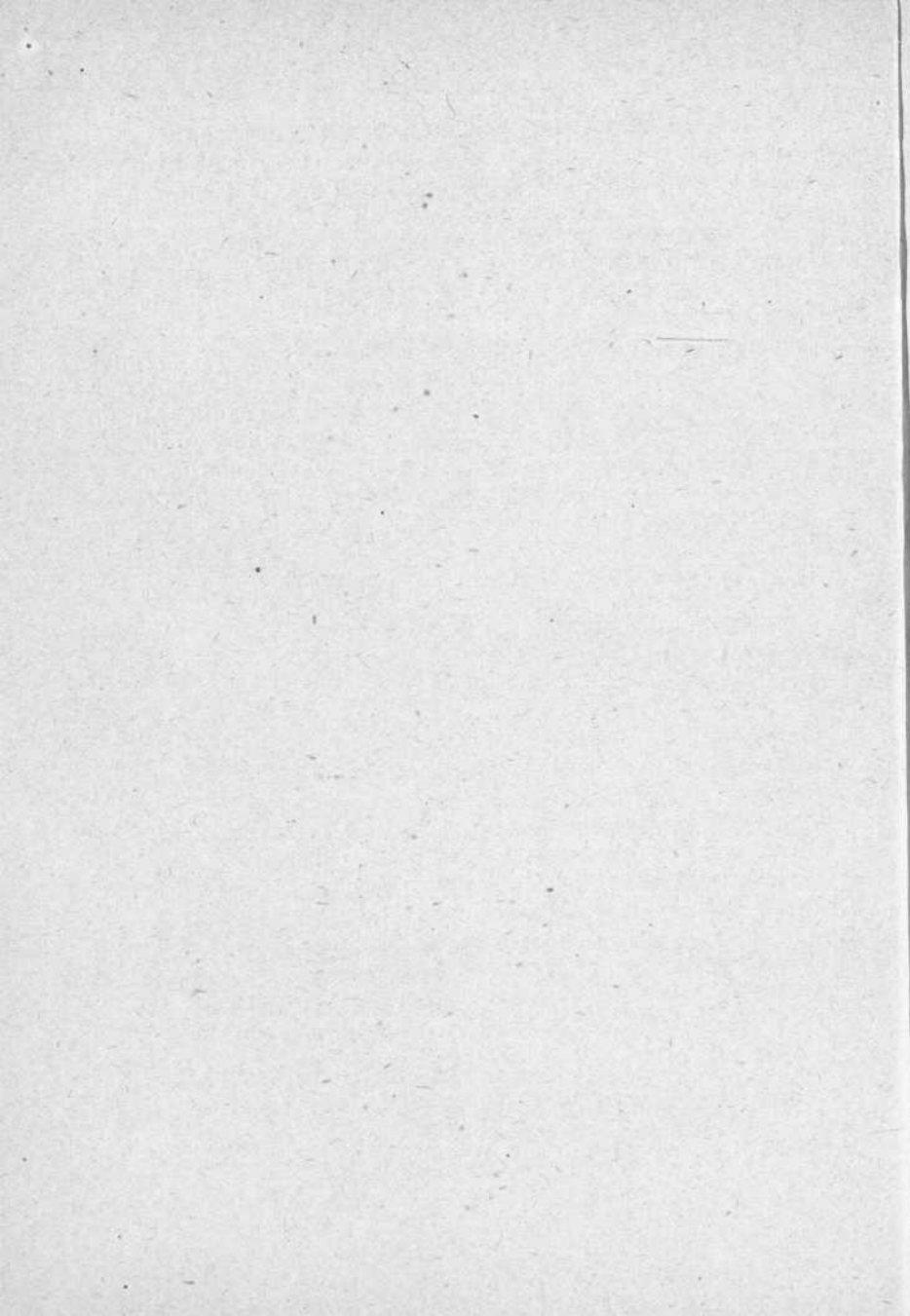
Para que los oyentes o espectadores de la velada salgan de ella instruidos, y resueltos a trabajar por el árbol, he preparado los 24 números de la *Tercera* y de la *Cuarta Parte*, de donde podrás derivar las doctrinas que más convengan al fin que tú te hayas propuesto conseguir.

Sólo el deseo de exponer mi humilde opinión sobre lo que debe comprender una velada de la Fiesta del árbol, y no otro motivo es lo que me ha movido a componer los 13 discursos que forman la quinta Parte en los que únicamente he tenido presente algunas relaciones de semejanza que entre los árboles y los jóvenes existen.

Convencido de la fuerza mágica que en el ánimo de todos, y, en especial, de los jóvenes, ejerce la representación escénica, he compuesto dos pequeños dramas de tal modo que así como el primero da a entender que todo lo que se hace, o debe hacerse por el árbol, no es adorar al árbol; así el segundo lleva a nuestro ánimo juntamente con el respeto y amor al árbol, el temor de caer bajo el peso de la ley, si por malicia o por irreflexión maltratamos o destruimos esa obra de Dios.

Por último, de nuestros autores clásicos he tomado algunas poesías, que forman la *Sexta Parte*, para facilitarte del mejor modo, que me ha sido posible, todos los materiales necesarios, a fin de que las veladas que organices, conforme a «El árbol y su fiesta» lleven consigo las notas distintivas de brevedad, instrucción y amenidad.

*El autor*



# PRIMERA PARTE

## 1

### Prolusión

No quisiera seguir adelante, sin antes merecer de vosotros ávidos de escucharme a mí y a todos los que vamos a intervenir en esta velada, el que me permitáis exponer las ideas que ahora bullen en mi mente, y los afectos vehementes que se producen en mi corazón.

Somos jóvenes, muy jóvenes para esta empresa por mil titulosa de propagar en nuestro pueblo, entre nuestros padres y mayores, la estima grande, el respeto y el amor particular al árbol. Nos proponemos en esta velada llevar el respeto y el amor al árbol a la inteligencia y corazón del numeroso y selecto público que aquí se ha congregado hoy para oír nuestra palabra, virgen en estas lides, ardorosa en nuestros pechos, entusiasta en nuestros labios, y rica muy rica en los nobles ideales que siempre abrazaremos con entereza, publicaremos con celo, y defenderemos con tesón, energía, complacer y.... con santo orgullo.

Es cierto, sí, que empezamos nosotros a vivir, que no es mucha la experiencia que tenemos de la vida humana, y que, de vez en cuando, medio ciegos y medio obstinados, llamamos bueno a lo que es malo, y verdadero a lo que es falso; mas con luz meridiana vemos la «haz de la tierra, cubierta de ruinas y de cadáveres, las razas luchando contra las razas; déspotas a los ricos, ingratos a los pobres, usureros a los poderosos, maldicientes a los necesitados; aquí el látigo, allí la tea, acá el atropello, allá la asechanza» y en todas partes y en todos tiempos y a todas horas vemos como la soberbia, la envidia, el orgullo y la venganza se apoderan de muchas inteligencias y dominan en muchos corazones.

Triunfa hoy el malvado, se humila al virtuoso, domina el placer, se huye de la mortificación; se insulta, y se odia al varón justo, a la mujer honrada, a las cosas más santas, a las instituciones más venarandas, a Dios nuestro Padre, a la Virgen nuestra Madre y a Jesucristo, que es nuestro bien, nuestro Redentor, todas nuestras cosas.



Aquí podéis ver cómo pensamos nosotros sobre el estado actual de los hombres, no miramos sin indignación tamaños males y desórdenes; y así refiriéndonos en particular al objeto principal de la Fiesta del árbol no consentiremos nunca que el hombre por negligencia o capricho devaste las selvas, destruya los árboles y prive a la sociedad de tanta hermosura, y de tanta higiene.

Nos presentamos a vosotros, no para que nos toméis como maestros, sino para manifestaros lo que hemos aprendido como discípulos, que sienten como su profesor, que piensan como él, y que se entusiasman, cuanto sus fuerzas se lo permiten, con el mismo ideal, puro, bello, y santo,

Sábemos que sois vosotros benévolos y atentos, y por eso, al mismo tiempo que contempléis nuestra pequeñez, esperamos confiados que nos alentaréis con vuestro asentimiento a las verdades que os proponemos, y que perdonaréi con larga mano las muchas faltas que tengamos, de pensamiento, de cerceción, de palabra y de declamación,

HE DICHO

## 2

### ¿COMO EMPEZAR?

Por feliz he considerado la entrevista que tuve poco ha con un tal D. Juan, que por las cualidades excelentes, que le adornan, bien se merece el calificativo de *el Bueno*. Se hallaba D. Juan el Bueno abriendo un centenar de hoyos, que a creer fielmente a su palabra, habrían de servir para la plantación de árboles, que se había de llevar al cabo algún tiempo después en el día de la Fiesta del árbol. En la plantación de los árboles todo tiene su *misterio*: el tiempo, el terreno, el clima, la clase o especie de los árboles y hasta la apertura de los hoyos unos días antes de hacer la plantación. Como para mí es D. Juan una persona de toda estimación y respeto, dí por entonces crédito a todo cuanto me dijo y me dispuse a volver a la humilde casita de mis padres, guardando en mi mente, como precioso tesoro, cuanto me había manifestado mi buenísimo D. Juan. Después de esta entrevista, repetidas veces me he dicho a mí mismo: Como eres aun muy niño, no te das cuen-



ta exacta de las cosas que tienes entre manos. Personas mayores que tú en virtud y ciencia te presentan ejemplos excelentes de como has de mirar los acontecimientos, las cosas y las mismas personas; y consiguientemente en el día de hoy, en que celebramos la Fiesta del árbol, has de ver la razón de todo lo que se hace, como dispuesto y dirigido sabiamente per la Junta de la Fiesta del árbol, que en todos los municipios ha de constituirse, según lo prescribe el Real decreto del 11 de marzo de 1904.

Elegir, por la Junta de esta Fiesta el sitio destinado a la plantación, ver qué epoca del año es la más apropiado para llevarla a cabo abrir con antelación los hoyos en que han de colocarse los árboles, pedir al Cuerpo de Ingenieros el número de plantas que se necesitan, realizar cuidadosamente la plantación, prodigar a los árboles los cuidados necesarios a su desarrollo y conservación, describir convenientemente el Secretario de la Junta todo lo que se refiere a esta Fiesta que hoy celebramos en nuestro amadísimo pueblo, enviar esta reseña a la Jefatura de Montes, es todo dar cumplimiento adecuado a lo prescrito por la Autoridad Superior a fin de obtener en cada municipio el arbolado conveniente y aun necesario para el adorno, para la economía y para la higiene del pueblo. Cooperar a este fin es el objeto de la Fiesta del árbol y en particular de esta velada en la que lenguas más elocuentes que la mía han de proponer, en prosa y en verso, materias que os han de agradar, que os han de cautivar el ánimo y que os han de ser útiles.

*He dicho.*

### 3

## ¿COMO TAN SOLEMNE FIESTA?

María: Dime, Paca ¿qué pasa hoy en nuestro Pueblo?

Paca: Hoy celebramos aquí una Fiesta muy grande.

María: Está bien lo que acabas de decirme; pero me extraña no poco el que todos estemos tan alegres. Mira sino a la señora Celedonia: ella con su pelo ya nevado, con su nariz aguileña, con sus ojos metidos, muy metidos en aquellas concavidades que parecen dos cavernas, pedregosas e intrincadas; con sus manos, semejantes a dos hacecillos de sarmientos, con su giba en las espaldas y con su semicírculo en la parte anterior; mírala, mírala, no puede estar de contenta ¿Qué sucede, pues?

Paca: Lo que acabo de decirte; que hoy celebra este pueblo una fiesta muy grande.

María: Y ¿qué Fiesta es esa?

Paca: Y es posible que no sepas cómo se llama esta Fiesta?

María: Algo he oído; pero no sé porqué ha de llamarse Fiesta del árbol. Yo creo que no hay razón para que se de ese nombre.

Paca: Estás poco enterada del significado de esta Fiesta, tan importante para nuestro pueblo y para toda España.

María: ¿Porqué es tan importante?

Paca: Porque esta Fiesta se ordena a que todos respetemos al árbol; y esto es muy interesante.

María: Yo no veo que esto sea tan interesante, como tú dices.

Paca: Pues, sí lo es, y por varias razones: La primera, como te he dicho, porque de esta manera se conocerá al árbol; de este conocimiento vendrá, y esta es la segunda razón, el amor al árbol; y después será una consecuencia necesaria el que se conserven los arbolados y el que se aumenten y se multipliquen entre nosotros.

María: Y luego ¿qué vamos a hacer con tantos árboles?

Paca: Pues muchas cosas y en lo que sigue hallarás otras dos razones del porqué de esta Fiesta. Cuando en las ciudades y en los pueblos todos tengamos árboles en abundancia, sentiremos sus habitantes una emoción pura y desinteresada que patentizará en nuestra alma la existencia de belleza subjetiva.

Muchos árboles darán sus frutos, y esto hará también que percibamos de muchos modos sus utilidades.

María: Y siendo esto tan bueno y hermoso tan útil a todos, ¿porqué no hemos de apoyar más a las autoridades que nos gobiernan, para que esta Fiesta se celebre con la mayor pompa y solemnidad en todos los pueblos y ciudades?

Paca: muchos ya lo creo que trabajan; pero no todos los hombres ni todas las mujeres somos de los nobles sentimientos de la señora Celedonia, que siempre ama lo bueno y recto, y lo que es todavía mejor, siempre lo practica, honrando así al pueblo con sus enseñanzas, y con sus ejemplos, con sus simpatías y con su buen humor

*Hemos dicho*

## El porqué de la Fiesta del árbol

- Herminio. Dionisio ¿qué me dices de la Fiesta del árbol?
- Dionisio. Nada: que es una Fiesta que no va a ninguna parte, y que tiene por objeto molestar a muchas personas que intervienen en ella y a otras también que nada se interesan por ella.
- Herminio. Pues estás muy equivocado: La Fiesta del árbol es muy importante, así por la belleza que da a muchos terrenos, como por las utilidades y beneficios que los árboles nos reportan.
- Dionisio. Lo que acabas de decir es cierto; pero no lo es menos que por ella se molesta al señor cura, al señor maestro, al señor médico y al señor alcalde. Y esto no puede tolerarse por quien tenga dos dedos nada más de frente o un poco de sentido común.
- Herminio. También en esto estás equivocado Dionisio. El señor cura, el señor maestro, el señor médico y el señor alcalde no se molestan con la Fiesta del árbol: Muy al contrario todos la aprecian mucho. Así el señor cura ve en ella una norma de sanas costumbres, el señor maestro un medio excelente de educación de sus discípulos; el señor médico la influencia excelente del arbolado en la higiene pública, y el señor alcalde un medio adecuado de embellecimiento del pueblo y de otras utilidades.
- Dionisio. Hablas, Herminio, como un maestro; pero después de todo ¿de dónde vamos a traer nosotros las semillas o los plántones? No de otras regiones de España, porque ellas los necesitarán; no del extranjero, porque esto no estaría bien en nosotros.
- Herminio. Cómo se conoce que empiezas ahora a vivir. Dices que no está bien el que pidamos árboles del extranjero; mas no tienes motivo alguno para decir esto, porque sino hubiera viveros en España el pedir los plántones del extranjero sería una medida de prudencia. Gracias a Dios tenemos muchos viveros en nuestra Nación, por lo tanto no es necesario acudir fuera de casa para tener arbolitos que plantar. Y, como puedes ver, también te has equivocado diciendo que no conviene traer los plántones o semillas

de otras regiones de la Nación, puesto que los viveros que tienen todas las provincias se han establecido con este fin de trasplantar más tarde los plantones a donde puedan crecer y desarrollarse sin anemias y sin embarazos.

Dionisio. Todavía no está aclarada bien la causa por la que celebramos la Fiesta del árbol, porque el que tiene las semillas y plantones los quiere para él, para sacar de ellas una buena suma de pesetas; y esto impide que en todos los pueblos se celebre la Fiesta del árbol.

Herminio. Atiende, y ve lo que sucede: los plantones y semillas pueden adquirirse de dos modos: de los Distritos Forestales y del Comercio. Si se obtienen del primer modo, los plantones y las semillas no cuestan nada; si se obtienen del segundo modo, o sea del Comercio entonces sí cuestan algo.

Dionisio. Pero, para terminar de una vez, ¿qué vamos ganando con plantar árboles o semillas?

Herminio. Por lo que te he dicho podemos ganar mucho, Entre otras cosas, podemos ganar por cada 500 árboles que plantemos 50 pesetas. que nos abonará el estado, si gratuitamente hemos recibido los plantones, y 75 ptas. si los hemos comprado.

Dionisio. Gracias, Herminio, por las instrucciones que me has dado, y dispongámonos todos á celebrar con toda solemnidad la Fiesta del árbol.

HEMOS DICHO

## NUESTRA VELADA

Queridos compañeros, viendo aquí presentes a nuestros padres y a nuestras autoridades, a todo nuestro pueblo, que con avidez se dispone a escucharnos, me hago a mí mismo las siguientes reflexiones: ¿Qué razón hay para que nosotros nos convirtamos en el día de hoy de discípulos en maestros? ¿qué en los tiempos actuales los hombres nacen ya maestros? ¿Porqué sino celebramos este acto de cultura? Para todas estas preguntas hallo la respuesta siguiente: Las personas que acertadamente nos dirigen en estos actos, persuadidas de su deber social y extendiendo su mirada a la generación actual y a las venideras, han querido beneficiar a unas y a otras con la plantación de árboles en el término de esta villa, que encierra para nosotros ideales tan puros y encantos tan risueños, cuales son los que siempre despiertan la iglesia y la escuela, los padres y la familia.

Somos jóvenes y somos niños, y por eso debemos ser educados en el día de hoy para presentarnos como hombres perfectos en el día de mañana.

Si ahora, que cual tiernos arbolitos nos desarrollamos bajo las influencias bienhechoras de nuestros mayores, somos dirigidos derechamente por el ameno campo de una educación basta y sólida; si cobramos afición especial al árbol y nos entusiasmos con el ideal noble de embellecer con el arbolado nuestra patria chica; nos atraeremos más tarde con el aprecio de las generaciones venideras la estimación de la generación presente, el cariño de nuestros conciudadanos y la admiración de los sabios y de los prudentes, que verán en nosotros a aquellos hombres abnegados que trabajando para sí no se olvidaron nunca de trabajar por sus semejantes, aunque vivieran éstos muchas centurias después, y nunca conocieran su nombre ni su persona.

En todos los tiempos y en todas las circunstancias debemos manifestarnos verdaderos hombres, y por lo mismo hemos de ser perseverantes en las virtudes, que brillan con mayor esplendor honorífico en la humana sociedad, hemos de ser en alto grado caritativos, abnegados y sacrificados dentro de la sociedad que nos protege, que nos alimenta y que de uno u otro modo nos rodea de sus cuidados y de sus beneficios.

HE DICHO



## GRANDEZAS PRESENTES

Todo en el día de hoy me parece grande: Grande la Junta que ha preparado esta Fiesta del árbol; grande el lugar en que se ha hecho la plantación; grandes muy grandes las niñas y los niños que de modo tan principal intervenimos en estos actos.

No quisiera exagerar nada en los términos en que he de expresar mi pensamiento: por eso creo que responde a la realidad del hecho la expresión verbal en la que se dice: «Todo en la Fiesta del árbol se hace para los niños.» Para los niños se han traído los árboles; para los niños son los discursos y demás trabajos literarios, para los niños son las instrucciones sobre el cultivo de los árboles; para los niños el trabajo, para los niños también la recompensa. No se me oculta que además de los niños intervienen otras personas; mas la intervención de estas es también en provecho y utilidad de los niños.

Todo, pues, se hace en esta Fiesta para nosotros. Si es verdad que por estas cosas, llevadas a cabo en favor nuestro, debemos mostrarnos agradecidos, no lo es menos el que hemos de procurar impresionarnos lo más intensamente posible, para que todo lo que hoy se hace en este pueblo no se borre nunca de nuestra memoria y podamos en todos los días de nuestra vida recordar con santa alegría esta Fiesta y estos actos, este regocijo y este entusiasmo, que serán ciertamente, precursores de una nueva época en el adelanto cultural higiénico y económico de este pueblo que amamos con delirio porque en él vimos la luz primera y porque en él vivimos al lado de tantas personas estimadas y queridas de nosotros, y porque en él, extinguida para siempre en nosotros esa luz, esperamos apoyarnos para pasar de esta vida, llena de trabajos, a la otra exenta de ellos y completamente feliz.

Si perseguimos un ideal tan noble ¿no os parece justo, dignísimo ayuntamiento, el que alabemos vuestra obra de cooperación máxima a la celebración de esta Fiesta y el que proclamemos con razón como artículo acertadísimo, el 216 del Estatuto Municipal, en que se os obliga a consignar en los presupuestos las cantidades necesarias para satisfacer los gastos que originen las plantaciones del día de la Fiesta del árbol?

Plante cada municipio todos los años el mínimo de los 100 árboles que dispone la Real Orden del 29 de abril de 1924; trabaje por impresionar a los jóvenes en esta Fiesta del árbol con el aparato sumptuoso de los festejos, que han de tener lugar en este día y habrá dado uno de los pasos más firmes para conseguir la prosperidad propia y la de las generaciones venideras.

He dicho

NOTA *La velada podrá empazar con uno de los seis trabajos literarios que preceden.*

## SEGUNDA PARTE

### Un consejo de Ministros por 5 niños

#### I

### Habla el Niño que hace de Presidente de Ministros

Señores ministros;

En mi propósito de atender al progreso de España, resolví hace ya tres años recorrer todas las regiones de Nuestra nación. Quería ver con mis propios ojos el género de vida que hacen los industriales de toda clase de mercancías, los comerciantes que más tarde venden esas mercancías, y también la pobreza de muchos de nuestros obreros, las necesidades de los labradores y las costumbres de todos nuestros pueblos. He habitado en el mismo día en el lujoso palacio del rico y potentado, y en la humilde choza del pobre y del harapiento; y si de los ricos recibía singulares muestras de simpatía, manifestadas en la diligencia con que me agasajaban: de los pobres y de los miserables recibía su gratitud, su cariño y su mismo corazón.

Cada pueblo que recorría me traía una nueva satisfacción y un poderoso estímulo que me convertía en dulce tan penosa empresa. De mis viajes tan frecuentes he sacado una conclusión que quiero patentizar en esta sesión que ahora empezamos a celebrar y es la siguiente: Si nosotros, sobre quienes pesa la carga de hacer próspera la Nación, queremos librar de la miseria a los pobres y hacer progresivos la industria y el comercio, forzoso es que convivamos con todas las clases de la sociedad, que sintamos como ellas sienten y que luego obremos conforme a lo que piden la razón y la justicia en presencia del actual modo de ser de España.

En mis correrías una cosa ciertamente me ha llamado poderosamente la atención y ¿saben sus Señorías cuál es ésta? el poco arbolado que poseen muchos pueblos de nuestra queridísima Nación: Pueblos hay que carecen por completo de árboles frutales; otros no tienen leñas para el fuego, ni maderas para la construcción de casas, muebles y fábricas. Los encargados, pues, de



dirigir a unos y a otros pueblos por las vías del progreso, no podemos dejar así semejante estado de cosas. Es necesario el arbolado en todos los pueblos, y por eso nosotros debemos aconsejar, y si esto es poco debemos mandar a todos los pueblos que planten árboles todos los años en territorios comunes, y que no descuiden el cultivo de los ya plantados. Si obramos así, mereceremos el aplauso de los españoles todos, que verán en la multiplicación del árbol el resurgimiento de los pueblos y de la Nación entera a una nueva era de cultura, de bienestar y de verdadera y genuína civilización.

He dicho

## II

### Habla el Niño que hace de Ministro de Instrucción P.

Señores:

He escuchado con placer singular cuanto ha dicho el Sr. Presidente, y no puedo dejar de felicitarle por el grande interés, que ha manifestado tener por el engrandecimiento de España. Como él piensa, pensamos nosotros, y si con él y nosotros están todos los españoles, pronto España ha de ver días felices en que a la postración ha de suceder el progreso. Redimamos a España, llevando a ella la instrucción, luz de las inteligencias, y la moralidad regla de los corazones. Para conseguir esto vayamos al niño e infundamos en su entendimiento aquellas ideas madres que han de ser el origen de todos los conocimientos que adquiera después; a la instrucción unamos la correspondiente educación, y por este medio habremos regenerado la sociedad de mañana, que siempre nos vivirá altamente reconocida.

Apoyando la idea última del Sr. Presidente, opinamos que en España, como en todo el mundo, la plantación de nuevos árboles está en razón directa con la estima del árbol, que se haya llevado a las tiernas inteligencias de los niños. Inculquen todos los maestros en sus discípulos la idea del árbol: su naturaleza, sus propiedades, sus frutos y también la manera tan eficaz que tiene

el árbol de influir en la regularización de las lluvias y en la purificación de la atmósfera; conozcan bien los niños las reglas de la siembra, plantación o trasplantación de los árboles; suscítense en ellos la gran estima por las obras de la naturaleza hasta que sientan aquellas suaves y puras emociones que son el constitutivo de lo bello natural; pongamos en juego sus actividades todas para que reciban una gratísima impresión que no se borre nunca de su viva imaginación; exhortemos u obliguemos a todos los pueblos y a todas las ciudades a que celebren con la mayor pompa y brillantez la simpática y provechosa Fiesta del árbol.

Esto servirá a España de provecho y embellecimiento y a nosotros de satisfacción y de contento.

He dicho

### III

## Habla el niño que hace de Ministro del Exterior

Señores ministros:

Así como el Sr. Presidente ha recorrido las distintas regiones de España, recogiendo importantes datos sobre el estado del progreso cultural y económico de nuestra Nación; así yo me he dirigido de una a otra parte del mundo para conocer en qué nos aventajan otras naciones y en qué nosotros podemos servirles de modelo. Respecto a la cuestión que se agita entre nosotros sobre el arbolado no estará de más el que yo deje establecido este principio: *En muchos pueblos de España hay muy poco arbolado y esto es la causa de muchos males físicos y económicos.*

He viajado por Italia, Francia, Alemania y también por Noruega, Rusia y Grecia: Últimamente me he dirigido a Persia, China y Japón para pasar luego al Canadá, los Estados Unidos, Méjico y a otros Estados de la América Central y Meridional: En todos estos países he observado la presencia de un nuevo movimiento en favor del árbol, manifestado de un modo especial en la solemnidad y pompa, con que en las más distintas naciones se celebra la *Fiesta del Arbol*. He visto pueblos privados casi por completo de

árboles; pueblos sin frutos, pueblos sin leñas; mas lo que no he visto ha sido esto: Pueblos adelantados en la cultura y civilización que no planten o trasplanten e ingerten muchos árboles.

Es, Señores Ministros, que el árbol es necesario a la vida, a la agricultura, a la economía y a la misma estética o belleza natural.

¿Quién, pues, no acogerá con la simpatía, que se merece, la Fiesta, que ahora preparamos con este acto con el que nos proponemos colocar a España en el mismo plano de educación y de cultura en que se hallán los pueblos o razas más adelantadas del mundo? ¿Será verdad o será ficción el que augure ya tiempos mejores para el arbolado?

Si con nosotros está el pueblo, pronto España ha de ser abundante en árboles de todas las clases: Sepa nuestro pueblo que nosotros, al proponernos solemnizar esta Fiesta, no pretendemos otra cosa, sino dar a conocer más y más el fin y objeto nobilísimos de la plantación, multiplicación de esos seres de la creación que de tan singulares modos nos favorecen y nos aprovechan. No proponiéndonos otros fines ¿dejará el pueblo español de apoyar nuestro proyecto?

He dicho

#### IV

### Habla el niño que hace de Ministro del Trabajo

Señores Ministros:

Los Libros Santos nos enseñan, cuál ha de ser nuestro modo de vivir, según los distintos estados. A todos se nos advierte en uno de ellos que «la ociosidad es la madre de todos los vicios» y que por lo tanto todos debemos trabajar. Pero de un modo particular de bien trabajar los jóvenes en todas aquellas ocupaciones que se acomoden más al oficio o estado de vida que hayan elegido y que lleven consigo más cultura y civilización: De esta clase de trabajos son los que se refieren a la plantación y multiplicación del árbol.

Como entusiasta que soy de todo lo que se refiere a los jóve-

nes, y también de la *Fiesta del árbol*, deseara reunir ahora a todos los niños y jóvenes de España para decirles que trabajen y que trabajen más y más, sin cansarse nunca hasta ver fundada en todos los pueblos la *Fiesta del árbol*.

Si pudiéramos llevar a todos las jóvenes la viva impresión, que causa en nuestra imaginación la representación de los trabajos juveniles, sinceramente significados por el ideal noble de los jóvenes, yo excitaria en éstos siempre entusiastas y animosos aquel ardor intenso que consumía a un joven que quiso subir a lo más elevado de los Alpes para dar más expansión a sus sentidos y facultades, ávidos siempre de ver nuevas cosas; «Las sombras de la noche descendían rapidamente sobre la tierra, cuando por entre las nieves y los hielos atravesaba un pueblo de los Alpes un mancebo que tremolaba un estandarte en el que se leía esta palabra, «EXCELSIOR» «cada vez más arriba» impulsado por el deseo de saber, por el afán de ir a respirar a regiones más próximas al cielo, había conservado su alma pura de toda mancha y quiso subir al monte San Bernardo.

En las casas del pueblo vió el resplandor dulce y vivo del hogar, y arriba los picachos de hielo, que se erguían como espectros, y de sus labios se escapó este gemido. «Excelsior» más arriba. No intentes subir le dijo un anciano, la amenazadora tormenta va a descargar sobre tu cabeza; el torrente es profundo y ancho. Y su voz que parecía el eco de un clarín repitió: «excelsior» «más arriba» ¡Oh! detente, le dijo un joven, y descansa un instante. Una lágrima brilló en sus ojos azules, y contestó: «Excelsior» «más arriba» No te fíes de las ramas secas del pino; guárdate de los terribles aluviones, le dijo el aldeano. Mas una voz replicó a lo lejos desde la cumbre, y esa voz era ésta: «Excelsior» Al amanecer los piadosos monjes del San Bernardo elevaban sus oraciones al cielo, cuando una voz hacía vibrar las capas de la atmósfera de este modo: «éxcelsior» «éxcelsior» «más arriba» «más arriba» Un viajero medio enterrado en la nieve había sido encontrado por el fiel perro de los anacoretas; oprimía un estandarte con la arrogante inscripción «excelsior» Allí en el crepúsculo gris y frío yace en el suelo, sin vida, pero radiante de belleza y desde el cielo, que los ojos del muribundo contemplaran serena y plácidamente, bajó una voz, como estrella errante, que decía: «Ex-

celsior» más arriba» Así debe repetir en nuestros días el joven, amante del árbol: En medio de las dificultades que halle para multiplicar más y más el arbolado, entre la indiferencia de los unos el descuido de otros y las oposiciones de no pocos, animado por la fuerte convicción de que el arbolado en algunos pueblos es necesario y en todos los demás útil y provechoso, debe decir una y más veces: «excelsior» «excelsior» «más arriba» «más arriba», más arboles, más árboles.

## V

# Habla el niño que hace de Ministro de la Gobernación

Señores Ministros

Ante todo debo felicitar me en el día de hoy, porque esta sesión responde a las altas aspiraciones que yo tengo concebidas sobre la multiplicación de los árboles en España. Es mi propósito interesar en la Fiesta del árbol a todos los Gobernadores de las Provincias, a todos los alcaldes de los Municipios, y a todas las autoridades, eclesiásticas, civiles y militares, a fin de que los niños se impresionen fuertemente con las solemnidades pomposas y brillantes que en todos los pueblos y ciudades se celebren cada año en favor del arbolado.

Firme en este propósito no he de omitir trabajo alguno porque sea una bella realidad lo que hasta el presente no pasa de ser un puro ideal. Todos mis esfuerzos se han encaminado a conseguir de Su Majestad un Real Decreto por el que se obliga a todos los Municipios así a celebrar con gran esplendor la *Fiesta del árbol*, como a consignar en los presupuestos municipales aquellas cantidades necesarias a la celebración de esta nueva Fiesta, imponiendo a los Srs. Gobernadores la obligación de no aprobar aquellos presupuestos municipales en los que no haya consignada la cantidad suficiente para el debido desarrollo de esta Fiesta del árbol. Entra en nuestros planes ver el modo como se cumple en todos los pueblos



semejante decreto y por eso pedimos a Su Majestad el Rey N. Señor que en el real decreto se obligue a los secretarios de Ayuntamiento a que envíen al Gobernador de la Provincia una Memoria de la celebración de la Fiesta del árbol con las circunstancias que le han acompañado cada año.

Conseguido este Real Decreto, todo está conseguido; y celebrada la Fiesta del árbol con tan felices auspicios daremos una prueba a todos los pueblos de España de que quien dirige los destinos de la nación, tiene especial cuidado de fomentar la cultura y el progreso, el bienestar y la felicidad que deben ser el término de las más nobles aspiraciones de un pueblo que se gloria de obedecer a su Rey y a sus legítimas autoridades, representantes netos del poder y autoridades del Señor Eterno.

He dicho

## REAL DECRETO

El Secretario del Consejo de Ministros lee:

«De acuerdo con mi Consejo de ministros y propuesto por el de la Gobernación, vengo en decretar lo siguiente;

*Artículo 1º.* Se declara obligatoria la celebración anual de la Fiesta del árbol en cada término municipal. La fecha en que habrá de celebrarse se fijará por los corporaciones correspondientes en sesión ordinaria, y el acuerdo se hará público para conocimiento de todos los habitantes del Municipio. El Ayuntamiento deberá invitar a todos los funcionarios y entidades, tanto oficiales como particulares, que en el término municipal residan.

*Artículo 2º* Los Ayuntamientos deberán consignar en los presupuestos municipales aquellos gastos que se consideren necesarios teniendo en cuenta las atenciones de carácter obligatorio que sobre el Ayuntamiento pesen para la adquisición de terrenos, donde ello sea posible, siembras, plantaciones, riegos y demás gastos indispensables para la celebración de la fiesta. Los Gobernadores no aprobarán ningún presupuesto municipal sin que en el figure partida, por pequeña que sea, destinada al fin indicado.

*Artículo 3º* Los secretarios de los Ayuntamientos tendrán la obli-

gación de enviar al Gobernador de la provincia, por duplicado una memoria de la celebración de la fiesta del árbol, debiendo figurar en ella la fecha en que se celebre, el número de árboles plantados, el número de asistentes a la solemnidad, señalando de modo especial los alumnos de las escuelas que concurren, personas que más se distinguen por su colaboración a la Fiesta y estado de las plantaciones ejecutadas en los años anteriores. Los Gobernadores formarán una Memoria general de la provincia en que deberán figurar todos estos datos parciales, y la elevarán a la Dirección General

Dado en Palacio a 5 de enero de 1615. Alfonso — El ministro de la Gobernación, *José Sanchez Guerra.*»

## TERCERA PARTE

### Nuestros antepasados y los árboles;

No puede negarse que todo lo que se refiere a los tiempos antiguos de la historia de la humanidad lleva para nosotros cierto aspecto de grandiosidad y de respeto. Muchas veces oímos hablar a nuestros padres y abuelos de cosas de los tiempos pasados y no es raro el ver que ellos espontáneamente nos las pintan, como incomparablemente mayores y mejores que las presentes que nosotros presenciemos. ¿Es señores, que en verdad todo lo antiguo fué grande y por lo mismo hemos de considerarlo nosotros digno de nuestro respeto y veneración? Pues ¿qué? ¿No hay en nuestros antepasados algo que la sana crítica pueda juzgar con razón como reprobable y mejorable? Nos hallamos en la Fiesta del árbol y por eso me permitiréis que os pregunte: ¿porqué nuestros antepasados han talado despiadadamente tantos bosques y tantas selvas? Los terrenos que hasta poco ha ostentaban tanta fecundidad y lozanía que formaban con la frondosidad del ramaje de sus árboles el más excelente defensor contra los ardientes rayos del sol estival ¿porqué hoy se nos presentan tristes, desnudos, sin un arroyo de aguas cristalinas que puedan apagar en el caminante su sed devoradora? Los que ahora habitamos el globo terrestre ¿no podemos dirigir a nuestros antepasados una queja tan sentida como ésta: por vosotros nos vemos ahora sin aquellos hermosos paisajes que cuando vivíais en esta tierra alegremente recreaban vuestros ojos, y defendían vuestras casas y en la oscuridad de la noche y en la claridad del día y en la reflexión del suelo cubierto de nieve guiaban certeramente vuestros pasos hacia el hogar bendito de vuestros encantos y de vuestros amores?

Soy niño, y aunque no medito mucho sobre el porqué de las cosas, sí me gusta a las veces entretenerme en averiguarlo. Examinando en la materia presente porqué nuestros antepasados se han portado así con los árboles, yo hallo estas dos causas: El hombre naturalmente *se apresura* a disfrutar del fruto de sus trabajos, y así no siembra sus campos, sino para que le den pronto lo más pronto posible los apetecidos frutos, ¿Cómo, pues poblará la tierra de árboles, si sabe que estos no han de producir sus frutos sino después de la segunda o tercera generación?



Además, y esta es la segunda causa, los hombres son de suyo especulativos, es decir, quieren adquirir pronto con sus trabajos las mayores riquezas, y en este sentido las cosechas anuales tienen una superioridad que las maderas no podrán nunca disputarles: Esa serie de siembras y de cosechas anuales en una hacienda bien administrada acaba por enriquecer de un modo rápido al propietario, y ¿porqué no decir la verdad? La misma naturaleza parece que se presta más a ese juego del arte que a la siembra o repoblación de materias leñosas; pues mientras devuelve cada año a la tierra en que se ha hecho la siembra de plantas anuales, una cantidad de elementos, equivalente a la suministrada en el año anterior, el terreno poblado de árboles no le restituye los materiales o elementos gastados en el desarrollo de éstos, sino después de muchos años y quizás de varios siglos.

Expuestas las cosas de esta manera, sólo resta decir que el hombre antes que al bien individual debe mirar al bien de la sociedad, y antes que esforzarse por llenar su bolsa de dinero debe procurar proporcionarse así mismo y a sus descendientes o sucesores en la tierra que habita un ambiente adecuado de salud corporal. No dejemos pues, el término de nuestro pueblo sin el número de árboles, necesario a la regularización de las lluvias, de los vientos y del sol; antes bien aprovechándonos de las fuerzas, que nos suministra la naturaleza, trabajemos por medio del arte para moderar y perfeccionar a ésta trayendo con la debida repoblación del árbol a los futuros habitantes de este pueblo aquellas condiciones de clima y de riqueza y bienestar que les obligue a exclamar «Nuestros antepasados no vivieron tanto para sí, como para nosotros; ellos, sí, fueron prósperos, fueron moderados, fueron sabios, fueron reguladores de las fuerzas de la naturaleza»

HE DICHO.

## ¡Árboles, más árboles!

Heliodoro. Acabo de convencerme una vez más de que sé muy poco, nada. Pensé hasta hace dos días que no había otra cosa que se llamara árbol sino esas plantas que se distinguen de las demás por su corpulencia. Más encuentro hoy que existe una serie, casi interminable de objetos, que lleva ese mismo nombre de árbol.

Sinesio. Efectivamente el nombre de árbol tiene muy diversas significaciones; entre otras yo me recuerdo de las siguientes: árbol de las ruedas, árbol genealógico, árbol de Abrahán, árbol de castor, árbol de cuerdas, árbol de la brea, árbol de la cera, árbol de la goma, árbol de la liga, árbol de la locura, árbol de la embriaguez, árbol de la sangre, árbol de la seda, árbol del coral y árbol del cielo y muchos más.

Heliodoro: Creía, Sinesio, que no terminabas nunca, y por eso me impacientaba un poco pensando que no habíamos de tener tiempo para que tú, como más entendido en esa materia que yo, me explicaras algunas cosillas que no acierto a explicarme: el pueblo y lo mismo los sabios en la ciencia del árbol a unas plantas llaman *árboles verdes*, a otras *arbolillos* y a otras *arbustos* ¿Qué no son árboles lo mismo los unos que los otros?

Sinesio. Todos son árboles; pero tienen los unos algunas propiedades de que carecen los otros: Así se llaman *árboles verdes* a aquellos cuyo follaje resiste a los fríos de la estación del invierno: tales como el naranjo el mirro, el laurel; *arbolillos* a los que se ramifican desde su base, y nunca llegan a ostentar el aspecto majestuoso, que caracteriza a la encina, al castaño, al pino, al tilo y las palmeras; tales son los aveñanos y las lilas; y *arbustos* a ciertos vegetales leñosos muy pequeños que se nos presentan con tallo duro.

Heliodoro. Ya que tan hábil tehas mostrado en señalarme la distinción que existe entre las diversas denominaciones de los árboles ¿me podrías explicar del mismo modo el verda-



dero significa lo de este refrán «Arbol de buen natio, toma un palmo y paga cinco?»»

Sinesio. Sencillamente eso quiere decir que el árbol plantado en tierra fértil ocupa poco terreno y da mucha utilidad.

Heliodoro. Está muy bien y ¿que significa ese otro refrán «Del árbol caído todos hacen leña?»

Sinesio. Da a entender esa expresión que generalmente se mira con desprecio a las personas a quienes sobreviene una mala suerte.

Heliodoro. Siento molestarte; por eso, no quiero preguntarte más,

Sinesio. Pregunta cuanto gustes que yo con sumo gusto disiparé todas tus dudas, si así puedo hacerlo.

Heliodoro. Pues eres tan simpático y generoso, de nuevo te pido el significado de esta frase «Quien a buen árbol se arrima, buena sombra le cobija»

Sinesio. Eso significa que suele ser muy ventajosa la protección de los ricos y poderosos. Y porque veo en tí una docilidad singular en aprender cuanto se te enseña; sin que me lo preguntes te diré que aquel dicho «Reniego del árbol que a palos ha de dar el fruto» reprende a los que por su indocilidad no obran bien sino a fuerza de castigos.

Heliodoro. Te doy las más expresivas gracias por las instrucciones que acabas de darme y te prometo vivir siempre reconocido. Como tú, querido Sinesio, debieran ser todos los jóvenes que se dedican al estudio; amables, simpáticos y misericordiosos.

Hemos dicho

## Propiedades generales de las plantas

¡Cómo se ensancha nuestro ánimo al contemplar sobre la tierra la exuberante vegetación de un país o de una región! ¡Con cuánto interés miran los sabios naturalistas en sus estudios así las cosas grandes como las pequeñas! Por otra parte; cuántas cosas hay, cuyo conocimiento debe interesarnos, y a las que hasta el presente, sin embargo no hemos consagrado las fuerzas de nuestras facultades intelectuales o cognoscitivas! ¿Quién, por ejemplo, ha consumido ni un solo cuarto de hora para llegar a conocer las propiedades de las plantas? Aunque en las plantas no consideráramos sino las utilidades que nos reportan en orden a la vida, tendríamos motivos superabundantes para no omitir su conocimiento.

Fijad vuestra atención en esos seres, que cubren las rocas más áridas, en las plantas llamadas *líquenes* o *empeines*; en ellas observaréis cómo se mantienen del corto alimento que reciben de la lluvia y del ambiente, y cómo con su destrucción dejan una tierra muy fina y delicada en que arraigan después otras especies del mismo orden, que se convierten a su vez en tierras que crían musgos, los que se destruirán más tarde para formar la primera capa del terreno en que han de subsistir las hierbas y también los árboles. Por este medio como veis todas las plantas concurren a aumentar y fertilizar con sus despojos la superficie de la tierra.

Con sumo gusto os hablaría más extensamente de las propiedades de las plantas; mas porque sé que a mi lado tengo otros jóvenes que mejor que yo han de explicar esta misma materia, doy por terminado mi pequeño discurso añadiendo a lo ya dicho que hay plantas que sirven de abrigo a otras, como los musgos: Estos através de los días del invierno conservan así las semillas de muchos vegetales, como la humedad y primer alimento con que ellos se desarrollan. Por esto, si sois diligentes observadores, veréis como debajo de los enebrios prosperan tiernos arbolitos, que sin aquel resguardo morirían antes de formar bosques de árboles bravos, que después podrán resistir a todas las inclemencias de los tiempos.

No es vana ilusión mía; yo creo, señores, que cuanto más meditemos en las criaturas, tanto más veremos la sabia mano del Criador, y que si muchas veces despreciamos a ciertos seres de la creación, esto lo hacemos porque no los conocemos, porque no sabemos cuales sean sus excelentes cualidades y qué utilidades nos reporten. A partir de esta fecha estudiemos más la naturaleza y las propiedades del árbol para que este conocimiento nos lleve al mejor aprovechamiento de sus beneficios.

HE DIHO

## Más propiedades de las plantas

Todos los que actuamos en esta velada representamos, según mi humilde parecer, el papel que más cuadra a nuestro natural modo de ser. Pues así como soy el segundo en hablar de las propiedades generales de las plantas, así soy también el menos apto para cumplir con estos oficios que se nos han encomendado; y así como al orador anterior tocó explicar las propiedades de algunos árboles poco conocidos, así a mi me pertenece, como menos experto, hablaros de las cualidades más visibles que se hallan en todos los árboles. ¿Quién sino hay entre mis oyentes que no haya visto que los árboles todos producen sombra? ¿Quién no sabe que no hay animal alguno, que no se sirva de los árboles, bien para su alimento, bien para su albergue? Parece que alguien no ha tomado con la debida seriedad el que yo haya dicho que los árboles producen sombra y que nos sirven de alimento a todos los seres del reino animal: Estas propiedades son en sumo grado útiles; pues sin la sombra de los árboles mayores muchos árboles menores no se librarían de los ardores destructores del sol ni del rigor del hielo, y sin el sustento necesario a la vida, todos pereceríamos.

Como os he dicho, a mi me es dado hoy recordaros algo de lo mucho que todos sabéis, y por eso he de hablar ya de otra propiedad que tienen las plantas ¿sabéis cual es ésta? Me adelantaré yo a decirlo, pues cierto estoy de que todos la conocéis, es esa propiedad la de conservar el ambiente en el estado de pureza necesaria para la vida de los animales: A favor de este estado los animales crecen y se desarrollan; mas si viven en un ambiente impuro o infectado, enferman y mueren.

Mil veces, pues, bendito sea el arbolado; mil esfuerzos son pocos para hacer saludables por la plantación de árboles los terrenos donde los muchos seres no podrían vivir; estimemos siempre como se merecen, a los árboles; mirémosles como necesarios a la conservación de la vida animal y procurando combinar en la plantación de los árboles, los mayores con los menores, no dudemos de obtener por este método la ventilación conveniente de los terrenos, y con ella la purificación de la atmósfera, que nos rodea trayendo por este medio para todos los seres del reino animal y por lo tanto para nosotros mismos, la salud, la vida y el bienestar.

He dicho.

## Propiedades especiales de las plantas

Abundante sin duda alguna es la materia que versa sobre las propiedades de las plantas; Según los más sabios naturalistas, a dos clases podemos reducir estas propiedades, económicas las unas y saludables las otras; y si útiles son las primeras, útiles y excelentes se nos presentan las segundas. Por lo cual si con atención habéis escuchado a los que me han precedido en el uso de la palabra, con atención habéis de escucharme también a mí, porque ya que mi persona es pequeña, muy pequeña, la materia que trata es grande, considerablemente grande.

A mí me parece que los hombres caemos frecuentemente por no decir, todos los días en una gravísima omisión ¿qué cosa hay más necesaria al sostenimiento corporal que la comida y la bebida, el vestido y la casa? Y ¿quién entre nosotros se recuerda cada día de estas cosas para publicar su excelencia? ¡Pobrecitos hombres ¡qué poco reflexivos somos! Va nuestra mente, poderosamente arrastrada por las causas que revisten alguna novedad: las otras, las que vemos todos los días quedan para nosotros aun lado y como envilecidas y objeto de desprecio. Esta suerte ha cabido a la mayor parte de las propiedades económicas que se derivan de las plantas, a las que ya os he citado, y a otras, como son los instrumentos, las fábricas y demás artefactos. No puedo negar que nuestra atención refleja también todas estas propiedades: más tal ejercicio de nuestra mente solo es objeto de nuestras facultades



bajo un aspecto puramente utilitario y terreno, no se encamina casi nunca a examinar la excelencia que las plantas tienen en sí y en el grandioso y harmónico concierto de la creación. Es, señores, que pesa en nosotros mucho el barro, la parte animal; y por eso todo trabajo intelectual se nos hace difícil, y ante cualquier obstáculo nos paramos en medio de nuestra carrera por este mundo.

Nos es necesario, pues, el estudio de la naturaleza; debemos observar más, hacer más experiencias, sujetar las plantas a un análisis más detenido por lo que se refiere a sus virtudes principalmente medicinales e higiénicas. Por este análisis, acompañado del olor, color y sabor, vendremos pronto en conocimiento de los caracteres de las plantas, y haciendo nuevas experiencias, perfeccionaremos nuestros conocimientos sobre la economía, la salud y el amor y respeto hacia esos objetos, bellos en sí y útiles a nosotros, en las propiedades o virtudes, con que se nos presentan.

*He dicho.*

## Utilidad de los árboles

Hipias. Hoy, amigo Hiparco, nos parecemos a las gallinas.

Hiparco. ¿Porqué dices eso?

Hipias. Sencillamente porque las gallinas antes y después de poner el huevo cacarean mucho. Nosotros hoy no cesamos de cacarear la palabra árbol, y todo ¿para qué?

Hiparco. Para dar a conocer la naturaleza del árbol, su excelencia y sus utilidades.

Hipias. Eso creía yo, que el árbol era útil pero me he convencido de lo contrario. Me ocurrió el otro día, cuando venía de un pequeño viaje que hice, ponerme debajo de un chopo para librarme del agua que a torrentes despedía una nube del cielo y no te puedes figurar lo que me sucedió; cogí una, una, pero muy grande trucha.

Hiparco. No la pesarías ¿he?

Hipias. Mira, no te burles de mí, que todavía siento el frío que aquél remojón me produjo. Mas dejando esto a un lado, yo insisto e insistere en que los árboles más que útiles son perjudiciales. No hace mucho sucedió que un hombre se puso, como yo, debajo de un pino y me creerás que

aquél murió de un rayo que cayó del pino.

**Hiparco** Hombre, el rayo no caería del pino, sino de las nubes cargadas de electricidad.

**Hipias.** Eso quería decir yo, mas no he estudiado, como tú, por eso no sé explicarme bien.

**Hiparco.** Precisamente, Hipias, en los estudios que yo he hecho he aprendido que los árboles nos reportan muy importantes utilidades.

**Hipias.** ¿Utilidades? Ninguna a no ser la de servir de morada a las serpiéntes y a otros animales, nocivos al hombre.

**Hiparco.** Esperando que me has de prestar atención, voy a enumerarte las singulares ventajas que el árbol trae consigo.

**Hipias.** No te canses en dárme las a conocer; porque no creo en ellas.

**Hiparco,** Escucha atentamente todo lo que yo te diga, y no dudo de que pronto has de pensar de un modo contrario. Habrás observado algunas veces que entre los árboles hay unos que son muy altos, otros que son muy bajos. Tú no habrás averiguado la causa de esta diferencia de *altura*. Yo en general te diré que así lo dispuso la Providencia de Dios para nuestro bien y utilidad, para nuestra conservación y desarrollo; pues así como tenemos necesidad de mantenimiento para nuestro cuerpo, así tenemos necesidad de un aposento y de una defensa contra las injurias de los tiempos: a la conveniente realización de estos fines concurren de un modo eficaz los árboles. Dios, que dispuso todas las cosas suavemente, ordenó que los árboles frutales fueran en la mayor parte bajos y aparrados para que más fácilmente se cogiese el fruto de ellos, y que los que habían de servir para la construcción de nuestras casas fueran altos y muy derechos; como són los pinos reales, los altos robles, los álamos blancos y otros semejantes. Y con esto habrás podido ver las utilidades de los árboles. Aun hay más utilidades puesto que muchos animales se mantienen de las ramas y cortezas de los árboles silvestres, y en tú casa y en la mía y en la de todos los presentes; creo que sin excepción alguna, el



fuego de nuestros hogares se alimenta de fragmentos de esos árboles silvestres. Ennumeradas estas utilidades, bien puedo decirte con Fray Luis de Granada; que ninguna cosa hay tan vil y baja en los campos que no sea dispuesta para la provisión de nuestra vida, que como es tan flaca tiene necesidad de cuanto en este mundo se ve, para que se conserve.

Hipias. Sabes, Hiparco que tú hablas como un sabio. Veo que llevas razón en todo lo que dices y que cuando te propones explicar una materia, lo haces también como el Sr. Cura o el Sr. Maestro.

Hiparco. Gracias por el favor que me otorgas. Y con el fin de exponerte otras utilidades, que nos reportan los árboles, te diré que Dios en la producción de los árboles ha sido tan liberal que no sólo ha provisto con el árbol a nuestras necesidades sino que ha puesto en la tierra árboles que sirven para nuestro placer y para otros fines, así el de la canela, el que llaman de palo de águila, y otros de cuyas lágrimas procede el bálsamo en los países del Oriente, y el ámbar en Africa y Egipto. Por último los mismos árboles silvestres pueden hacerse fructíferos por medio de los injertos, y unos y otros en muchas ocasiones sirven de remedio y de medicina.

Hipias. No sé como pagarte la lección tan importante que acabas de darme y como no tengo nada que darte, sólo te manifiesto que desde ahora te respetaré como a mi maestro mejor y te amaré como a mi amigo más íntimo.

*Hemos aichos*

## Los arboles frutales

Que satisfacción es para mí hablar hoy de los árboles y en particular de los árboles frutales, cuyo fruto sirve para nuestro sustento y alimentación.

En los árboles frutales sólo voy a considerar su plantación con algunas circunstancias que deben acompañarla. La materia, que voy a tratar, es como veis de gran interés para todos, ya que to-

dos usamos en nuestra alimentación de los frutos del árbol.

La plantación puede hacerse bien por medio de árboles jóvenes, criados en viveros e injertos de antemano, bien por medio de plantones, destinados más tarde al injerto. Si plantamos injertos, hemos de tener presente que el terreno donde hagamos la plantación de los injertos no sea menos fértil que aquel de donde les hemos sacado, porque en este caso condenaremos los injertos a llevar una vida raquítica y desmedrada. Si tenemos presente esta condición del terreno y procuramos hacer la trasplantación dentro del 1º o a lo más del 2º año de vida del árbol injertado, y al desplantar el injerto cuidamos de conservar todas o la mayor parte de las raíces del mismo, contribuiremos un poco a la vida exuberante del árbol trasplantado, y por lo mismo nos haremos más acreedores a disfrutar de sus frutos. Pudiera suceder que la trasplantación no produjera árboles tan frondosos y fértiles, como nosotros teníamos derecho a esperar; la plantación entonces no fué adecuada, y forzoso nos es acudir a la plantación de arbolitos, para injertarles después. Al realizar este segundo método no debemos olvidar que los arbolitos tengan un año, y que cada uno sea colocado en el sitio que debe ocupar, según el medio ambiente que exige su naturaleza.

Las circunstancias, que han de acompañar a la plantación se refieren unas al tiempo en que ésta ha de llevarse a cabo, otras a las materias que ha de poseer el sitio de la plantación y otras a la forma o modo de practicarla.

Si el suelo, en que ha de hacerse la plantación, es ligero y además expuesto a las sequías de primavera, convendrá escoger el otoño y no la primavera que es más apropiado para la plantación en terrenos compactos y húmedos.

Como sería un descuido grave hacer la plantación sin tener de antemano abonada la tierra, así reflejaría gran ignorancia plantar los árboles sin introducir sus cuellos unas tres pulgadas dentro de la tierra y sin procurar que el injerto quede a unas dos pulgadas de la superficie de la misma.

Como complemento de esta última idea, que acabo de exponer, diré que deben hacerse los injertos desde el mes de febrero hasta el de abril para todos los árboles; mas los injertos de escudete y canutillo deben hacerse desde junio hasta septiembre,

Si somos diligentes en el cumplimiento de estas condiciones, no tardando nos veremos rodeados de muchos árboles que hermoseen los contornos de nuestro pueblo y que a porfía nos regalen con sus frutos abundantes y sabrosos.

*He dicho*

## La poda de los árboles frutales

Pocos discursos encontraréis en esta velada ni peor pronunciados ni más importantes que el que yo ahora empiezo a recitar. Por mis defectos, os suplico me tengáis conmiseración pues no necesito manifestaros mis buenos deseos de corregirlos y de colocar en su lugar las virtudes contrarias; y por la importancia que tiene para todos la materia, que me propongo exponeros, seguro estoy de que habéis de concederme vuestra benévola atención.

Conociendo la naturaleza de la savia por el discurso anterior, sólo me propongo daros a conocer, o mejor, recordaros algunos principios generales en que se apoya la poda. Entre estos principios el primero que hemos de tener en cuenta al hacer la poda ha de ser el siguiente: Que la savia quede distribuida por igual en todas las partes del árbol; para conseguir esto conviene cortar todas las ramas a la misma altura; y esto por dos razones que son otros dos principios que han de tenerse en cuenta al podar los árboles: La savia desarrolla botones mucho más vigorosos en una rama podada corta que en una larga; la savia además tiende a influir más en las extremidades terminales de las ramas y por lo tanto si el término de una rama está más cerca del tronco leñoso del árbol que el de otra rama, en la primera rama se formarán botones más vigorosos que en la segunda,

Al menos observador se le ocurre hacerse a sí mismo esta pregunta ¿Porqué entre los árboles de una misma especie unos tienen más flores que otros? No os canséis en averiguar esa razón; pues conocido es ya este otro principio: El número de botones de flor que produce la savia es tanto mayor, cuanto mayores son los obstáculos que se oponen a su libre circulación.

Hay todavía otros dos principios que conviene no omitir; tanto menos, cuanto que sin su observancia fácilmente pudiera ponerse el árbol en peligro próximo de perecer, y, además la poda se haría de una manera arbitraria: Las hojas sirven para preparar la

savia de las raíces para la nutrición del árbol; y por lo mismo privar de hojas a un árbol equivaldría a privarle de los medios necesarios de vida.

Se ven con frecuencia en los árboles botones aún no desarrollados. ¿Esto sabéis a qué es debido? Sencillamente a que no se ha procedido a una nueva poda.

Es de lamentar que los arboricultores no estimen más el conocer la forma que en la poda se ha de dar a las distintas clases de árboles. Unas veces convendrá que el árbol presente la forma de abanico o espaldera; otras la forma de pirámide, canastillo, rueda o jarrón: En ambos casos ha de cuidarse de que la poda sea tal que las ramas podadas se dispongan de una manera simétrica, y que se mantenga el equilibrio de la vegetación en toda la extensión de las ramas para obtener frutos más copiosos.

Si todos los que poseen árboles recordáran las normas que acabo de enunciar, y las observáran con amor y diligencia, verían sus árboles más vigorosos, más fecundos, y sobre todo, mejor tratados, poniéndoles en disposición adecuada de rendir el mayor producto.

He dicho

## La savia en los árboles

Cuanto más nos damos a la meditación de los seres, que se hallan en el mundo, dando variedad a la Naturaleza y produciendo en nosotros un placer puro y desinteresado, constitutivo esencial de la belleza; más nos convencemos así de la armonía que existe en todos y en cada uno de los seres del Universo, como de la dependencia que unas cosas tienen de otras y todas del Ser Supremo. De la dependencia, que de la savia en el árbol tienen todas sus partes, es de lo que me propongo hablar por breves momentos.

Es la savia un fluido transparente y sin color que los vegetales sacan de la tierra y del aire. Es la savia, pues, una especie de agua que contiene algo de ácido carbónico, de oxígeno, tierras, sales minerales y materias animales y vegetales.

Como la sangre en nosotros, así la savia va de una parte a otra de árbol, llevando a todas los elementos o materias ne-

cesarias a su conservación y desarrollo. La savia, si me permitis la comparación, es cual madre solícita, que atiende con cuidado diligente a la buena marcha de cada uno de los miembros de que se compone su familia: circula por el tronco leñoso del árbol, sube por sus ramas y se dirige a las mismas hojas, llevando generosa las materias que cada parte del árbol necesita y despojando a éstas de todo lo supérfluo e inútil.

Es cosa digna de admiración ver la circulación de la savia a través de los tubos capilares del arbol; pero es todavía más maravilloso el que la savia suba y baje sin que veamos la causa que da fuerza y regulariza este movimiento ascendente y descendente. Tiene, no obstante una explicación obvia y natural: la atracción de los vasos capilares juntamente con la afinidad de los líquidos heterogéneos son las dos fuerzas que producen los movimientos referidos de la savia. Estos movimientos de la savia se verifican dentro de los tubos capilares en los que la savia encuentra una columna de aire, que, según su densidad, se opone más o menos a su ascensión rápida dentro del tubo. Es un hecho, que no puede negarse el de que la savia sube a través de los tubos capilares con tanta mayor rapidez, cuanto más elevada es la temperatura atmosférica y cuanto más directamente obran los rayos solares sobre los vegetales; y así se explica de un modo satisfactorio que la savia en unas estaciones del año se halle estacionada y en otras se mueva mas o menos rapidamente. De lo dicho parece que puede deducirse que la teoría de la ascensión de la savia queda ya manifiesta con solas las ideas apuntadas; mas para completar esa teoría es necesario añadir algo sobre la corriente de introducción, llamada endosmósis que no puede verificarse sino cuando hay diferencia de composición química o de la densidad entre los dos líquidos que deben obrar uno sobre otro. Esta diferencia es muy sensible entre el agua del suelo y la savia del otoño, y especialmente de primavera, no así en invierno y verano.

He terminado, señores. Bien sé que la materia os ha resultado algún tanto árida y seca; mas no por eso habéis de despojarla de la singular transcendencia e importancia suma que tiene en el árbol, cuya naturaleza y constitución nos proponemos nosotros dar a conocer con la recitación de discursos, diálogos y poesías.

*He dicho.*



## Lugares en que habrá de hacerse la plantación de los árboles

No parece, señores, sino que se han cambiado por completo las cosas, y que unas poseen las cualidades de las otras, y que cada cual ejerce no su oficio, sino el de su hermano y semejante. Indudablemente que vosotros os habéis dado cuenta e interiormente al menos decís: «Estos jóvenes hoy se han convertido de discípulos en maestros y nos figuramos que estamos oyendo a ilustrados profesores o a eminentes conferencistas; tales son, pues, los temas que ellos están desarrollando en la presente velada.»

He querido haceros la precedente advertencia, porque el tema que he tomado para este desaliñado discurso supone en mí no escasos conocimientos; que me doy cuenta exacta de lo que es el árbol, de los elementos que entran en su desarrollo y de los efectos que produce según la tierra que le conserva, y que le presta los elementos para su desarrollo y crecimiento.

Bello es el cuadro que nos presenta un palacio o una villa rodeada de árboles; éstos además de regalar al dueño con sus frutos, le protegen, en el invierno contra los fuertes vendavales, en el verano contra el ardiente calor del sol y siempre contra alguna de las inclemencias del tiempo.

¿Quién no se siente dulcemente conmovido ante la perspectiva que nos ofrecen así las márgenes de los ríos, como las carreteras y caminos vecinales con el ingente número de sus árboles colocados, según las exigencias del buen gusto? Dispuestos de este modo los árboles más benefician que perjudican. Por esto los pueblos y la Nación entera debieran tomar con singular interés el adornar y enriquecer todas las carreteras, vías ferreas y caminos vecinales con tan útiles vegetales. Si a este interés se añade el estudio de las distintas clases de terrenos para la mejor adaptación de los árboles: a la hermosura se agregaría la mayor fecundidad y el mayor desarrollo y por lo tanto la mayor utilidad para el hombre. Es necesario el examen diligente de los terrenos para no impedir el debido desarrollo de los árboles; así el olmo, el fresno, el tilo y el álamo exigen terrenos blandos, el moral y el castaño piden tierras secas.



Otro de los elementos que influyen considerablemente en los árboles y en las plantas es la luz: Por lo tanto no se deben intercalar árboles en las tierras destinadas a la labranza. Es cierto que los árboles colocados en medio de las mieses les proporcionan abrigo contra la acción del viento; más el privar a las mieses de luz hace que sea peor el remedio que la enfermedad, porque a la privación de la luz ha de añadirse la absorción necesaria de los elementos nutritivos verificada en los alrededores del lugar donde está plantado el árbol.

Como veis la materia, si bien ofrece interés singular, lleva algo de la aridez que seca nuestra fantasía y que mata nuestra sensibilidad. Quiero, pues, terminar, no sin dirigir antes un ruego que en personas constituidas en autoridad sería un consejo, o un mandato y es el siguiente: Vosotros, hombres y mujeres, que formáis ya un hogar doméstico, procurad tener presente estos pensamientos que acabo de exponeros; después obrad según os dicte vuestro sano criterio, procurando ser útiles a la sociedad presente y a la futura, y trabajando siempre por embellecer nuestras vías de comunicación, de tal suerte, que en cuanto esté de vuestra parte hagáis la vida presente más dulce y más alegre con aquella dulzura y alegría que trae consigo el fiel cumplimiento de los deberes que tenemos para con Dios, para con la sociedad y para con nosotros mismos.

HE DICHO.

## EDAD y ALTURA DE ALGUNOS ARBOLES

Juanito. Dime, Paco, los árboles ¿viven o no viven?

Paco. Sí, Juanito, los árboles viven.

Juanito. Y la vida de los árboles ¿es lo mismo que la nuestra?

Paco. Sí y no.

Juanito. ¿Qué es eso? Será sí o no; pero sí y no, me parece que no puede ser.

Paco. Me explicaré: Los árboles sólo tienen alma vegetativa; por lo tanto su vida es puramente vegetativa. Nosotros

tenemos una alma que es vegetativa, sensitiva y racional; y así nuestra vida será vegetativa animal y racional. Participamos, pues, del ser de los vegetales y de los brutos; somos racionales, más excelentes que las plantas y que los brutos; por nuestro espíritu somos semejantes a los ángeles y al mismo Dios.

Juanito. Hablas, Paco, como un filósofo. Y como sabes mucho creo que sabrás también cuantos años viven los árboles. Dímelo, puesto que ardientemente deseo saberlo.

Paco. Gracias, muchas gracias por el favor que me haces; y antes de contestarte debo advertirte que eso de saber los años que viven todos los árboles es propio de Dios, no de nosotros, heridos por el pecado de Adán con el agudo cuchillo de la ignorancia.

Hecha esta advertencia, he de distinguirte entre unos y otros árboles respecto a la duración de su vida:

El *tilo* y el *abeto* llegan hasta la edad de 1.000 años; el *castaño* y el *cedro* del Líbano viven 2.000 años; el *ciprés* y el *tejo* 3.000 años; el *plátano* 4.000 el *baobab* 5.000 años; y por último el *drago* de Orotava 6.000 años.

Juanito. No creí, Paco, que los árboles vivían tantos años. Gracias, mil gracias por la lección que acabas de darme; y si no te sirve de molestia, dime también algo sobre la altura que alcanzan algunos árboles, que tú conozcas, bien porque los hayas visto, bien porque se te hayan dado a conocer por personas fidedignas, de buen criterio moral y religioso.

Paco. Hay árboles de proporciones verdaderamente gigantes; bajas parecen a su lado las torres más altas de nuestras magníficas catedrales.

Asignar 40,44 y 48 metros de altura al *cedro* del Líbano, al *haya* y al *pino común*, no es sino enumerar árboles de altura no extraordinaria; elevar esa cifra a 52,60 y 75 metros en el *ciprés*, en el *abeto falso* y en el *abeto blanco* no es siquiera una aproximación a las máximas alturas del árbol; la aproximación a esas alturas solo la alcanzaremos en el *welingtonia* que sube hasta 142 metros: Finalmente el que debe considerarse como árbol verdaderamente gigante, que desafía a los aires y que

trae a nuestra mente la idea del sublime matemático, es el eucalipto, que llega a medir hasta 152 metros de altura.

Juanito. ¡Cuánto, Paco, aprendo hoy de tí! ¡qué útiles son para mí estas lecciones! ¡Ah! si todos los conocieran, no se oirían en nuestras plazas y en nuestras calles tan lamentables equivocaciones; todos admirarían más la obra de la Creación, y se estimularían a saber más y más ese libro, el más ameno, el más instructivo y el más fácil de hojear, por que está al alcance de todos, que lleva como título: *El libro de la naturaleza*.

*Hemos dicho*

## El árbol y el Código penal

Acabo de recibir una carta de un amigo que me hace una consulta relacionada con el árbol.

Por las relaciones que la carta tiene con esta Fiesta, me ha parecido conveniente leerla aquí, en público, para que escuchada por vosotros veáis si podéis dar vuestro asentimiento a la respuesta que yo, después de consultar con un abogado competente, he preparado en el día de hoy.

La carta se consagra en sus primeras líneas a presentarme un cariñoso saludo, que yo recibo con todo el afecto de mi alma, y que me propongo manifestar en la respuesta que en el día de mañana he de enviar.

Después se dice en la carta: «Sólo la amistad tan íntima, que existe entre ambos, es la que me permite en estos momentos de angustia dirigirme a tí, confiándote la tribulación que en estos momentos me atormenta. No hace ocho días tuve el atrevimiento de entrar a la huerta de un señor de este pueblo; allí ví pendiente del árbol unos frutos que con su forma y sus colores parece que me invitaban a que los tomara y los comiera; débil por condición de mi naturaleza, y poco experimentado en estas hazañas de hacer propios los bienes ajenos, me propasé a subir, a un árbol, cortar unas ramas y huir luego con los frutos robados.

Ahora se me dice por la autoridad que declare si he usurpado o no los referidos frutos, y si he cortado o maltratado al árbol del que pendían esos frutos; en caso afirmativo que me atenga a las disposiciones del Código penal. Ingenuamente te digo que no sé nada de lo que ese Código dice referente al caso; por eso acudo a tí a fin de que me manifiestes, si lo sabes, las penas en que por mi falta he incurrido; y para que si tú no te hallas en disposición de darme una respuesta adecuada, consultes el caso con algún abogado, y me envíes pronto la más acertada resolución.

Dándote las más expresivas gracias te saluda éste tu amigo que desea abrazarte pronto

*Nicomedes de la Peña*

La respuesta que, una vez consultado el abogado, me propongo enviar a ese amigo carísimo es la siguiente:

Muy estimado amigo:

Honda, muy honda es la pena, que con tu carta me ha sobrevenido. Repetidas veces te aconsejé que no tomaras nunca lo ajeno. Por fin has caído en la tentación y también en las manos de la Justicia de las que no podrás salir sin sufrir las penas que el Código señala a los que cometen faltas de la naturaleza de la tuya.

Para que tú sepas a que atenerte, te envío escrita la consulta que he tenido con el abogado y que literalmente dice así: Todas las legislaciones han protegido a los árboles contra la maldad o el egoísmo de los hombres. El vigente Código penal español de 1870, considera como falta, y pena con multa del duplo al cuádruplo, el cortar árboles ajenos, siempre que el daño no exceda de 50 pesetas, y con la del tanto al duplo, el hecho de talar ramajes o leña; y si el dañador sustrajere los frutos u objeto del daño causado, y el valor de este no excediere de 10 pesetas, sufrirá la pena de arresto menor (artículo 617, reformado por la ley de 3 de enero de 1907). Los daños mayores a los enumerados se consideran como delitos. El real decreto de 8 de Mayo de 1884 castiga también con multas el daño causado en el arbolado de los montes públicos, disponiendo que se aplique el Código penal, cuando los productos del daño hubiesen sido extraídos del monte, exigiendo, además, en todo caso, la correspondiente indemnización. (Artículo 4 y siguientes del real decreto citado).

Vosotros, que habéis escuchado lo que hasta aquí os he leído, habéis de decirme, si os parece acertada o no la contestación, para, en caso afirmativo, enviarla en el correo de mañana.

¿Qué decis? ¿Os gusta? En vista de vuestra afirmación, y de que el abogado ha formulado la consulta en términos más generales, de suerte que responda al caso y a otros que pudieran ocurrir en esta materia, no dudo enviar a mi inolvidable amigo la presente carta, que le hará petente la gravedad de la falta cometida por él, y, al mismo tiempo, me quedará muy agradecido por la diligencia con que he dispuesto todas las cosas para contestarle sin demora y con acierto. (*Lee el final de la carta y la cierra*)

Lamentando mucho tu falta, carísimo amigo, y esperando que pronto la has de reparar debidamente, te saluda con el mayor afecto y cariño. X.

## Arboles célebres

No es difícil observar en los discursos o conferencias de los ateneos y de las academias que los hombres más célebres son objeto de ellos y que la exposición de los inventos o de las hazañas, llevadas a cabo por varones tan preclaros en las ciencias o en las industrias cautiva a los oyentes y entusiasma a los oradores hasta el punto de hablar éstos con la persuasión de quien se cree poder hacer lo mismo y de quien aspira a convencer y animar a otros a que también lo hagan o verifiquen.

Poseído yo de la misma idea, me propongo hablaros ahora de los árboles más célebres, que conocemos, para suscitar en vuestra mente un acto de admiración hacia esas obras de la mano de Dios y para mover en vuestra voluntad un acto de generosidad hacia vuestros semejantes venideros, animándoos de uno y de otro modo a que aumentéis, o conservéis, al menos, el número de árboles que tenemos aquí en nuestro pueblo, persuadidos de que plantando árboles en el día de hoy os proporcionaréis a vosotros o a vuestros hijos el bienestar en el día de mañana.

Además ¡cuantas cosas no nos recuerdan los árboles de que ahora me propongo hacer mención honorífica! Fijad sino vuestra atención en estos momentos en los *olivos* existentes en del Huerto de Getsemaní, en el *árbol de la Virgen* en el *árbol de la no-*



*che triste*, donde se acogió Hernán Cortés, después de ser vencido por los mejicanos, en el *Dragón de Tenerife*, que cuenta como el anterior mas de 6.000 años de edad, *en el haya de Vincennes*, a cuya sombra el Rey S. Luis, rodeado de su corte concedió audiencia a todo el que se la demandaba; no os olvidéis tampoco del *Laurel de Virgilio* que se ha desarrollado sobre los restos del gran poeta mantuano, ni del *laurel de la Zubia* que nos conservó a D<sup>a</sup>. Isabel la Católica, en la guerra de Granada, ni del árbol mayor del mundo *el árbol de los 100 caballos* en el que Juana de Aragón y 100 jinetes que la acompañaban se librarón de las furias de una horrorosa tempestad.

No cede en celebridad a muchos de los anteriores *el Tilo de Jicinoves*, que puede verse en Asturias, en una quinta del conde Echlik; cuenta ya más de 1. 000 años, y en el hueco de su tronco contiene un altar con sus imágenes, veneradas por muchos devotos, que acuden allí para depositar con el óbolo de sus ofrendas las aspiraciones más nobles y los ideales más puros que se producen en nuestros hermanos, los habitantes de la Península Ibérica ante la presidencia del fuego sagrado del amor a Dios y a España.

Antes de terminar deseo enumera otros árboles, muy dignos de un recuerdo por nuestra parte: El *Manzano de Newton* y el *árbol Pope* nos traen a la memoria que aquél inventó por la caída de un manzana la luminosa teoría de la gravitación universal y la afectuosa oda a la soledad que éste compuso a los 12 años.

*El árbol de las hadas* y el *sauce de Sta Elena* también nos recuerdan a dos intrépidos y eminentes guerreros a Juana de Arco y a Napoleón I: Y si por el primero se nos representa la alegría de aquella mujer valiente, cual ninguna otra; en el segundo vemos grabadas con caracteres, que no se borrarán nunca, estas palabras de aquel esforzado Emperador: « Si muero en estas rocas pido que se me entierre bajo estos sauces ».

De propósito he omitido tratar del *árbol de Guérnica*, para que hablando de él al fin, se grave más hondo en vosotros ora el recuerdo de aquella Asamblea General que el Gobierno de Vizcaya celebrara bajo sus ramas cada dos años, ora el juramento, que al pie de él hicieran los reyes católicos, de mantener siempre firmes los fueros de Vizcaya.

Tenemos, pues, según la Historia, árboles muy célebres, que



despiertan en todos el interés vivo por las obras de la Naturaleza, por las obras de Dios. Agradecidos debemos estar a nuestros antepasados, que no sólo plantaron sino que conservaron estos árboles. Obremos, pues, nosotros con el mismo espíritu de caridad y desprendimiento que ellos obraron, y de este modo mereceremos también el aplauso de las generaciones venideras que en cada árbol que plantemos, recordarán nuestros más gloriosos trofeos y nuestras más puras tradiciones, cosas ambas que nos ennoblecerán ante nuestros semejantes y que nos harán acreedores a su agradecimiento, a sus alabanzas y a sus bendiciones.

He dicho

## Un gran monumento de maderamen

Yo no sé si es propio de todos los pequeños-hombres, el que gustemos hablar de cosas grandes, o es que todos los hombres nos dejamos arrastrar tras de los objetos y fenómenos que traspasan las proporciones ordinarias de las cosas; es lo cierto que si a escoger me hubieran dado entre los diversos trabajos literarios uno que fuera de mi mayor agrado, ningún otro me hubiera cautivado tanto, como el que en estos momentos empiezo a exponeros del mejor modo que me es posible.

Por mi mente a manera de cinta cinematográfica han pasado las Pirámides de Egipto y los pensiles (o jardines elevados) de Babilonia, el Coloso de Rodas y la estatua de Júpiter, las catacumbas de Alejandría, la muralla de China y el Coliseo de Roma; y también el Escorial, la Alambra de Granada, la Basílica de S. Pedro y las bellas catedrales de Italia, de España y de todas las naciones de Europa: Todas estas grandes obras de la humanidad han dejado en suspenso mi ánimo. Pero como yo soy tan pequeño y ellas tan grandes, yo tan ignorante y ellas enseñan tanto, precisado me he visto a apartarme de ellas para entretenerme en el estudio de otra obra sino tan grande como las referidas, si por mí más conocida y más adecuada también al fin que perseguimos en esta Fiesta del árbol. Toda ella ha sido construída de madera y ha servido por más de un año de morada al hombre; gracias a ella Noé y su

familia fueron librados de aquel diluvio de aguas que Dios enviara para castigar al género humano; por ella, sin duda alguna, se ha conservado la especie humana sobre la tierra y también todas las especies de animales que pudieran perder la vida en las aguas de aquel diluvio. Soy niño y por eso ya me perdonaréis el que hoy traiga a vuestra memoria aquella arca de Noé. Justo es que todos los que en discursos o diálogos y poesías nos dirigimos a vosotros, que atentamente nos escucháis, hablemos de lo que en estos primeros años de nuestra vida hemos aprendido, y poderosamente ha reclamado nuestra atención. ¿A quien no interesa, pues, saber la Historia de sus ascendientes, sobre todo, si, como sucede en la Historia Sda., es Dios y no los hombres su autor principal? Por otra parte ¿quién, que se precie de hombre reflexivo, no consagrará algunos momentos a conocer lo que fué aquella nave, al rededor de la cual se verificaron tantos prodigios?

Si yo fuera mayor, y, sobre todo, si aunque joven, fuera un sabio, me complacería en determinaros, lo mejor que pudiera, la clase de árboles, con que se construyera aquel grandioso edificio. Después de tantos miles de años como han transcurrido a partir del diluvio, los mismos sabios no están conformes en afirmar, si fué el cedro, o el abeto o el ciprés u otro árbol el que dió su materia para tal construcción. Y por más que los sabios estén divididos al determinar el número de habitaciones de que constaba el arca de Noé, y al darnos las dimensiones de éstas, y por más que discrepen también así sobre el tiempo que se invirtió en su construcción, como en los operarios que en ella intervinieron; de ningún modo podrá ponerse en tela de juicio, pues Moisés lo afirma, que el arca medía 300 codos de larga, 50 de ancha y 30 de alta y que en ella entraron además de Noé, su esposa, sus tres hijos y las esposas de éstos, una pareja de todos aquellos animales, cuya vida no puede conservarse en el agua.

Todavía he dicho poco sobre las dimensiones que debió tener aquella arca, y por lo mismo del número tan crecido de árboles que debieron ser empleados en la construcción de la misma: a la dimensión que exigen las habitaciones de Noé y su familia, de la pareja de animales impuros y de las siete parejas de animales puros, ha de añadirse la que se necesita para los depósitos de los alimentos, necesarios al sustento de tantos seres vivientes y tam-

bién el espacio conveniente para no mantener a estos en un estado constante de quietísimo y de inmovilidad

No me parece oportuno entrenaros por más tiempo en esta materia, aunque sea de interés singular; por eso quiero terminar diciendo lo que siento en estos momentos: Por mas que del árbol no conserváramos otros monumentos de toda la antigüedad, por éste solo la Fiesta del árbol había de considerársela digna de ser celebrada con toda pompa y con todo esplendor en todos los pueblos del mundo.

HE DICHO.

## ¿OTRA FIESTA?

(Diálogo)

Juan. Oye, Pepe, parece que estás muy contento; y esto a mí no me gusta. Cuando yo estoy ardiendo en afectos de indignación, cuando todo lo que veo, me molesta; cuando me hierve la sangre; cuando yo padezco y me contristo y no puedo contener la pena que embarga mi corazón; tú saltas de gozo, y te ríes, y te expansionas recreándote por completo,

Pepe. ¡Cuánto me extraña, Juanito, verte ahora sometido al yugo indómito de la pasión de la ira! Hoy, créeme, no tenemos motivos, sino para alegrarnos y regocijarnos. No contemplas con gozo singular el espectáculo que hoy ofrece al mundo entero nuestro pueblo; porque no te has dado cuenta de la significación que para todos y de un modo especial para los jóvenes tiene la fiesta del árbol.

Juan. Precisamente, porque yo no pienso en fiestas, sino en trabajar todos los días, es por lo que quiero que no me hablen de esta Fiesta del árbol

Pepe. Siempre he visto en tí a un joven, modelo de aplicación al estudio y a los deberes que tus padres y superiores te impusieran: Por eso no comprendo que tú te opongas a esta simpática Fiesta del árbol. Pienso, y tengo fundamento sólido para ello, que no has reflexionado nunca en lo que son las Fiestas, y por lo mismo ligeramente las combates.

- Juan. Es cierto cuanto acabas de decirme; mas aunque me des lecciones tan atinadas, como aseguran que las dieron aquellos afamados maestros, extranjeros y españoles, Pedro Mártir y Marineo Sículo, Antonio, Alejandro, Geraldino y Nebrija, nunca podrás convencerme de que nosotros debemos admitir gustosos esta Fiesta del árbol.
- Pepe. A mí me han dicho que siempre y en todos los pueblos se han celebrado fiestas por los hombres: Me han invitado a que leyera la Historia primitiva de los gipcios, de los indios, de los griegos y de los persas, a que recordara la Historia Sagrada del pueblo de Dios, a que preguntara a todos los hombres del universo, a los sabios y a los ignorantes, a los ricos y a los pobres, por la existencia de este hecho, y no han dudado en asegurarme, como te he dicho, que en todas las partes y en todos los tiempos se han celebrado fiestas.
- Significando la palabra *fiesta* un día de reunión, yo te añado ahora que *es necesario que haya fiestas*.
- Juan. Lo necesario será que no las haya, y, no te empeñes en decir lo contrario porque..... me voy y no quiero escucharte.
- Pepe. Haz el favor de responderme a estas dos preguntas: ¿Tú eres religioso?
- Juan. Fraile de ningún modo; cristiano y católico, sí lo soy.
- Pepe. Está bien. Además si los hombres dependen, en cuanto a su existencia de Dios, la sociedad humana, que se compone de hombres ¿de quién dependerá?
- Juan. De Dios. Mas ¿qué traes tú con eso?
- Pepe. Mucho. Primero que debe haber fiestas, puesto que no sólo los hombres en privado, sino la misma sociedad, que depende de Dios, ha de manifestar esta dependencia, reuniendo sus miembros, los hombres para dar públicamente el culto debido al Ser Supremo, a Dios. Segundo que es una cosa excelente la celebración de la Fiesta del árbol.
- Juan. No, amigo, eso de adorar a los árboles, como a dioses no puede ser una cosa buena. Dios no hay más que uno: Todas las demás cosas somos criaturas suyas.
- Pepe. Si no refrenara, Juan, los ímpetus de mis pasiones, me pa-

rece que en este mismo momento te abandonaba: Mas quiero sacarte de ese estado de ignorancia en que te hallas respecto a la Fiesta del árbol, y por eso sólo continuaré hablándote. Mira, pues, cuando nosotros celebramos la Fiesta del árbol, no adoramos de modo alguno a los árboles que plantamos o cultivamos, sino solamente tratamos de recordar con placer las utilidades que los árboles reportan al hombre, ora por la belleza con que se nos presentan en el paseo, en la huerta en el monte, o en el bosque, ora porque regulan la temperatura, las lluvias y los vientos, ora finalmente porque purifican la atmósfera en que nosotros vivimos, fertilizan los campos que cultivamos y como si todo esto fuera todavía poco, entran a cubrir mil necesidades del orden doméstico y social.

Juan. Veo, Pepe, que te explicas como un maestro y que parece un predicador; pero aun no me convences del todo; porque atiende, con esta nueva Fiesta del árbol, lo mismo que con otras que establezca el Gobierno o la Iglesia, yo no dudo que los hombres han de hacerse mas perezosos y holgazanes, y que no han de pensar sino en fiestas. Por eso.....

Pepe. ¡Cuánto me satisface el ver que ya piensas, casi como yo pienso! Para que estemos en todo conformes, no estará fuera de nuestros propósitos el que ambos condenemos ese modo frívolo y sensual que muchos pueblos tienen de celebrar las fiestas. Porque es verdad que las fiestas son necesarias para dar el culto debido a Dios, para reparar con el descanso las fuerzas de nuestro cuerpo, para honrar a los hombres beneméritos de la sociedad, para ver, como en la que hoy celebramos, las utilidades que nos reporta el arbolado, y también para establecer entre los hombres un vínculo de fraternidad; mas de modo alguno para malgastar el tiempo.

Juan. Y yo añadiría que ni la Fiesta del árbol, ni otra alguna debe ser un día en que se haga gala del orgullo, del lujo, del libertinaje, de la perversión de nuestras buenas costumbres; sino un día de reflexión, de gozo, de culto y de honesta recreación, en la que todos aprendamos mucho y nadie pervierta el fin, por el que ha sido instituida, tan honesto tan bueno y tan saludable.



## Una sorpresa en el día de la Fiesta del árbol

Acabo, señores, de recibir una carta en la que se me dice lo siguiente: Amigo \_\_\_\_\_ hemos recibido la grata noticia de que mañana (hoy por tanto) celebraréis con toda pompa y solemnidad la simpática Fiesta del árbol; también en este pueblo la hemos celebrado y creo que muy bien, ya que no ha faltado en ella ni la bendición de los árboles por parte de nuestro amadísimo Sr. Párrroco, ni el discurso elocuentísimo de nuestro queridísimo Sr. Maestro, ni la merienda por parte del Sr. Alcalde y dignísimo Ayuntamiento, ni nuestros discursos, ni nuestros cánticos, ni nuestras poesías. Noveles mis compañeros y yo en ese torneó literario, quisieramos comparar entre vuestra Fiesta y la nuestra para llegar a formarnos un juicio recto, así de lo bueno que han tenido ambas, como de las deficiencias que en ellas vosotros y nosotros hayamos notado, llegando de este modo en los años venideros a celebrar la Fiesta del árbol de la manera más perfecta y adecuada.

Confiando en que has de cumplir mis buenos deseos, me es muy grato el poder enviar mi más sincera y cordial felicitación a todos esos jóvenes y niños que con agrado y acierto cooperarán a la realización de una obra que dignifica a los pueblos, enaltece su cultura y les facilita generosa los mejores y más necesarios medios de la vida.

Te envía el más cariñoso saludo.

*F. de la P.*

Con religiosa atención habéis escuchado la lectura de la carta que más que a mí nos dirige a todos los presentes ese joven de \_\_\_\_\_. Siempre ha dado muestras inequívocas de progreso éste nuestro pueblo. En las presentes circunstancias hemos de esforzarnos todos por patentizar a los del pueblo de \_\_\_\_\_ que no cesamos un momento en ir adelante en lo que constituye la verdadera civilización de los pueblos. Queremos sí, abrir de par en par las puertas de nuestras casas, y mejor nuestros sentidos y



nuestras facultades a esas auras benditas de la cultura verdadera que trae en sus refulgentes alas los rayos benéficos de luz y esplendor para nuestros entendimientos, de amor y caridad para nuestros corazones, y de paz y felicidad temporal para todos y cada uno de los individuos que entran a formar nuestro pueblo.

No dudando de que todos los presentes hemos de aportar nuestro granito de arena para formar ese grandioso monumento de la Fiesta del árbol que hoy estamos llevando a cabo, os prometo para el fin de la velada leeros la carta respuesta que como crónica de esta Fiesta he de enviar al joven de \_\_\_\_\_ que con tantas instancias me la pide, y también a los periódicos y revistas de nuestra Provincia, para que en todas partes se nos conozca a nosotros como fieles cumplidores de las órdenes y decretos salidos de nuestro Rey, a quien siempre obedeceremos y amaremos con la obediencia y con el amor de sus mejores siervos o vasallos.

HE DICHO.

NOTA. Conviene que el Director de la velada prepare de antemano la referida crónica y que al fin de la velada se lea.

## Dos impresiones de un niño

Cosa poco común, diréis, el que un joven, como yo, que apenas si ha dejado el dulce regazo de su madre, medite sobre cosas de sumo interés. Y sin embargo todas vuestras opiniones no responderían a la verdad, si os atrevieráis a decir lo contrario. He meditado, sí, en el silencio de la noche, y en las primeras horas de la mañana y también a la espléndida luz del medio día sobre el origen de tantos males, como son los que afligen a la humana sociedad. Como fruto práctico, o mejor como legítima conclusión de mis reflexiones he sacado ésta: las guerras de todos los tiempos y de todas las naciones, las pestes que frecuentemente invaden a los distintos pueblos del globo terrestre, las enfermedades que llenan de dolientes las salas de los Hospitales, los crímenes que llevan a la cárcel a tantos hombres, débiles en medio de sus desórdenes, las discordias de los que debieran profesarse un amor propio de hermanos, las avaricias de los ricos, el despotismo de los señores, la infidelidad de los súbditos y la embriaguez y la lujuria

y el robo y todos los males tienen su origen en un árbol, en aquel que todos conocemos y que lo mismo el anciano decrepito que el niño que empieza la carrera de la vida, llama reproduciéndose en su mente la fatal escena del Paraíso, *el árbol de la ciencia del bien y del mal*.

Un afecto de indignación parece que quiere levantarse en nuestro ánimo contra aquel árbol y contra todos los árboles de la tierra. El árbol de la ciencia del bien y del mal fué el objeto en que nuestros primeros padres Adán y Eva jugaron nuestra felicidad y la perdieron; al considerar, pues, estas cosas, lejos de suscitarse en nosotros un afecto de estima hacia el árbol, parece que debieran levantarse vigorosos los afectos de ira y de odio hacia todo lo que fué ocasión de un desorden tan general. Mas no, no odiéis, ni despreciéis al árbol, que si un árbol fué ocasión de nuestra ruina, otro árbol es el que nos ha dado la vida. Mirad, como este árbol se levanta glorioso en todas las colinas de nuestros pueblos, y en las cumbres más elevadas de nuestras montañas y en los llanos de nuestras vegas y en las torres de nuestras iglesias y junto a la cuna, donde empezamos la vida y también en el aposento en que se halla el lecho de nuestra muerte y nos despedimos de este mundo.

Ese árbol, señores, para declarar más el pensamiento, que estoy exponiendo, es el madero santo de la Cruz que nos recuerda, a Cristo, que es el centro de la verdadera civilización de los pueblos, la prenda segura de su felicidad y el compendio de todo lo bueno, de todo lo grande y de todo lo noble y santo que les obliga a exclamar: ¡¡Viva el Arbol de la Cruz!!

*He dicho.*

## Simbolismo de los árboles

Me es muy grato tratar de la materia que indica el título de mi breve discurso, porque ella va revestida de la mayor autoridad que existe en el mundo.

Persuadido yo y persuadidos también vosotros de que Dios ha hablado en el mundo, y de que su palabra se conserva en los libros sagrados del Antiguo y Nuevo Testamento, no podía dejar de leer esos libros, de alimentarme con su doctrina, tan sana y tan sólida, y de publicar su grandeza en este acto en que solen-

mente conmemoramos las excelencias del árbolado bajo el título simpático de la Fiesta del árbol.

Recitaros algunos simbolismos del árbol sacados de la Santa Escritura, es el objeto de mi discurso, el que no por mi persona que es muy pequeña y muy vil, pero sí, por la autoridad divina Autor de quien he tomado las ideas que os voy a manifestar, exige que prestéis ahora la más religiosa y respetuosa atención.

El autor del Salterio compara al justo con un árbol, plantado junto al curso de las aguas y que da fruto a su tiempo. Daniel afirma que contempló en visión un árbol, que, cubriendo toda la tierra, se elevaba hasta el cielo; multitud de aves se habían posado en él, y un gran número de animales se cobijaba a la sombra de sus ramas. En el cielo el Santo de los Santos, y a su voz estrepitosa, derribose el árbol y se dispersan los animales. Es que todas las cosas del mundo por su naturaleza y por sus atributos no pueden resistir la voz imperiosa del Dios de los ejércitos.

Ve Jesucristo la higuera sin fruto, condena su esterilidad, y manda que sea cortada para que no se prive el dueño de los bienes que la heredad pueda producir.

Hay entre los hombres y las mujeres tantos y tantas que pasan el tiempo de la vida sin producir obras buenas y meritorias de los bienes eternos, que por inútiles, es conveniente que, cual árboles infructíferos, sean cortados y trasplantados de esta vida de prueba a otra de pena y de castigo.

El tejo y el ciprés, que adornan la última morada de nuestros cuerpos, con su verdor constante, con su larga duración, con sus hojas que desafían el frío y las escarchas del riguroso invierno y con su manera de subir, hendiendo conicamente los aires; nos están predicando de un modo constante que nuestra patria verdadera no es la tierra que pisamos, sino el cielo adonde aspiramos.

Bástenos estos simbolismos para que conozcamos como estimar el Ser Supremo al árbol; aprovechémonos de las enseñanzas que esos símiles encierran, y proponiéndonos plantar y cultivar los árboles que se adapten mejor a nuestro campo, no nos olvidemos nunca de disponernos en todas las ocasiones a ser árboles buenos y fructíferos que produzcamos a nuestro Dueño el ciento por uno.

HE DICHO

## El árbol de la libertad

Me ha sugerido el título con que encabezo mi breve discurso la costumbre que existe en mi pueblo y en muchos otros de España, de plantar o trasplantar un árbol, al que llaman *el mayo*, en la plaza o plazas principales de la localidad. Costumbre esta muy antigua, parece explicarnos de un modo adecuado lo que es y significa *el árbol de la libertad*. Si los pueblos y lo mismo las ciudades se congratulan recordando el día en que recibieron algún beneficio singular, no será inoportuno en ellos el conmemorar con algún monumento perenne aquel día en que pasaron de la guerra a la paz, del odio al amor, de la esclavitud a la libertad.

Y ¿que monumento podrá hallarse que responda mejor a este fin, que simbolice más tan faustos acontecimientos, que un árbol que por lo tanto con razón se le llame *el árbol de la libertad*? Este árbol se plantó primeramente en Francia en los tiempos aciagos de la revolución. No otra cosa dirá el pueblo de Saint Gaudens, cuyo Vicario Norberto Pressac plantó el primer *árbol de la libertad* en el año de 1790. Apenas había trascurrido un año y ya en París se contaban en las plazas públicas 200 *árboles de la libertad*: y en 1794 no bajaban de 60.000 los árboles de esta clase que había en los distintos pueblos y ciudades de Francia. A tanto llegó el interés por este árbol y tal fué el entusiasmo, que en la Nación vecina se despertó por él, que al secarse un árbol de la libertad era sustituido por otro, y lo que es más al árbol muerto se le rendía un culto y un homenaje que rayaba en idolatría: se le cubría con un paño negro, era escoltado por la guardia municipal y en tales circunstancias una banda ejecutaba una marcha fúnebre, enviando al aire sus tristes notas, como dando a entender la tristeza grande que aquel día tenían todos los corazones por haber perdido el símbolo de lo que más amaban, la señal de su redención, de su dominio y de su ennoblecimiento.

No quiero omitir otro exceso que ocasionó el culto del árbol de la libertad en Francia. En Ruan nueve personas fueron ahorcadas el 5 de septiembre de 1793 por haber inferido algún daño al árbol de la libertad: Es que los que se portaban de este modo con tal árbol eran considerados como enemigos de la República.

Señoras y señores: Sólo he querido hablaros de este árbol para que sepáis como habeis de portaros con los que os hablen del árbol de la libertad. Únicamente debéis admitir este árbol como símbolo de la prenda más estimada por el hombre, el libre albedrío: nunca habéis de ir más allá, haciéndole objeto de vuestro culto de adoración: Sois más exceélenes que todos los árboles; y por lo mismo jamás habéis de doblar vuestras rodillas ante ninguno de ellos. Antes bien serviros siempre de ellos y cultivadlos para que os den sus frutos, y meioren vuestra salud y hermosteen vuestra calles y vuestros campos.

HE DICHO.

## Los Labradores

Quiero declarar con santo orgullo, que el hablar hoy de los labradores debe ser para nosotros un título de justicia y de nobleza

Pacíficos y humildes los labradores nos alargan a todos el fruto de sus trabajos con aquella llaneza proverbial que es la nota más simpática de esta clase social, la más numerosa de nuestra queridísima España.

Poco estimados de las otras clases de la sociedad, según el parecer y dicho de ellos mismos, son en realidad aquellos hombres que se consagran a la agricultura, de la que dice Cicerón, que ninguna cosa hay mejor, ni más abundante, ni más dulce ni más digna de los hombres ingeniosos y nobles».

Al contemplar, labradores, lo que sois y lo que valéis en la estimación de los hombres más sabios de la sociedad humana, yo os felicito por vuestras nobles ocupaciones; y dejando a mis labios que expresen con las palabras lo que siente el corazón exclamaré con el Poeta Mantuano: «Oh dichosos labradores, si conociereis la felicidad de vuestro estado». Tan noble es éste que el divino Plantón se atreve a afirmar «que la agricultura no es cosa adquirida por arte, sino enseñada por la naturaleza, que la emprendieron los hombres alentados con favor divino».

Ingenualmente declaro que entre las cosas que he leído en la Historia, una de las que mayor satisfacción me han producido ha sido la trasformación que Roma hizo con Quincio Cincinato, sa-



cándole de la labor de sus heredades para la suprema dignidad de Dictador del Estado. Los mismos romanos para llamar a uno *hombre de bien*, le llamaban *buen labrador* y nosotros los españoles aun hemos ido más adelante, pues al estado de los labradores hemos convenido en llamarle *el de los hombres buenos*. No quiero omitir un hecho que prueba bien a las claras la estimación grande que entre los romanos tenía el labrador: Tan elevado era el aprecio en que los nobles tenían al labrador, que se gloriaban en llevar como apellidos el nombre de las semillas que sembraban: así los Fabios, los Lentulos, los Cicerones, recibían estos nombres de las habas, de las lentejas y de los garbanzos.

Congratulaos pues, amadísimos labradores, de vuestro estado y de vuestros ejercicios quotidianos: Labradores han sido los Curios, los Coruncanos y los Fabricios entre los Capitanes Latinos; labradores los reyes del pueblo de Israel: David, Ezequías y Ocías: Labrador es, según lo que dice Jesucristo, el mismo Padre celestial.

Grande es, pues, vuestro estado, ennoblecido por el mismo Dios; grandes deben ser vuestras miras no rebajando vuestra nobleza con vuestro abatimiento y con vuestro propio desprecio, grande todo lo que contribuya a dar mayor excelencia a la agricultura y a vosotros mismos; grande, si vuestro oficio, grandes vuestras costumbres, grande vuestra sinceridad, grande todo lo que con vosotros se relaciona: vuestro honor, vuestras aspiraciones y vuestra gloria.

HE DICHO.

## El rey de los árboles

(Cuento)

Todas las cosas del mundo tienen, según su naturaleza, alguna dependencia de otro u otros seres. Tan perfecta es la armonía que existe entre todos los seres de la creación que no hay ninguno de éstos que pueda proclamar y sostener su independencia absoluta. Por eso, señores, ¿qué cosa más natural que el que los árboles quisieran tener su rey, del mismo modo que lo tenemos nosotros aquí en España? Nacida la idea de una exigencia natural de todos los árboles, se propaga por doquier la nueva de que los ár-



boles se hallan en un período constitucional y de que entra en sus planes el nombrar pronto rey a un de los árboles. Antes de proceder al nombramiento todos los árboles hacen finas protestas de someterse incondicionalmente al supremo mando del árbol que sea elegido para el más elevado cargo de los inmensos estados que ocupan los árboles en el globo terrestre. Ya se oye el pregón, convocatoria dirigida a todos los árboles para que en la más solemne sesión, que jamás ha visto ni verá la tierra, se proceda a la elección del que ha de ser el rey de los árboles; todo se ha dispuesto, espérase ya la llegada y la representación de todos los árboles que viven en la tierra, convienen todos los árboles no sólo en la necesidad y conveniencia de tener un rey, sino también en las cualidades o dotes especiales que ha de llenar el Arbol-Rey. Emite cada uno de los árboles su voto o sufragio en favor del árbol que parece poseer las más preclaras dotes de gobierno; verificase el escrutinio, y se ve que primeramente el nombramiento cae sobre el olivo, después sobre la higuera y más tarde sobre la parra.

Mas ¡qué distintos son los árboles de los hombres! Cuando éstos se disputan por años enteros y aún por siglos la dominación real en los pueblos y en los estados; cuando los hombres únicamente dan su sufragio, atendiendo a las utilidades materiales o corporales; cuando domina en los reyes de la sociedad humana el espíritu de ambición; cuando algunos reyes más que padres son déspotas, crueles y tiranos; cuando tan poco se mira por el bién de todos y se rebajan las costumbres y se crea el vicio y viene la ruina de las naciones; entonces, sí, el olivo y la higuera y la parra rechazan de sus frentes la corona de reyes y continúan su modesta vida de humildes plantas.

Dignos, pués, estos árboles de todo aprecio por el desinterés sumo con que nos ofrecen sus frutos, y puesta más de manifiesto la urgente necesidad de que los árboles tengan su rey, se resuelve en aquella solemnísimas sesión de todo el arbolado, ofrecer la suprema autoridad a la cambronera, que no rehusa ni un momento tan honorífica y augusta distinción. La cambronera, pues, es el rey de los árboles. Ella con sus ramos volubles, rollizos y espinosos, con sus hojas cuncoiformes nos da a conocer que su reinado es de rigor y de esclavitud; Ella, si con su prontitud en aceptar el mando, nos señala la tiranía con qué ha de gobernar, y nos

hace enteramente verosímil esta proposición que se le atribuye, hablando con los demás árboles: «Si con buena fe y ánimo sencillo queréis ser regidos por mí, yo os recibo debajo de mi amparo; mas si venís a burlar os, saldrá fuego de mis ramas, y abrasará los cedros del Líbano».

Oído este relato, que mi fantasía a forjado para deleitaros por unos momentos, y vistos los modos tan distintos que han tenido en su proceder la parra, la higuera y el olivo respeto a la cambrona permitidme que os diga que durante vuestra peregrinación por esta tierra procuréis todos hermanar la humildad de los tres árboles primeros, con la justicia y rectitud, libres de todo exceso, de la cambrona.

HE DICHO.

## Mis deseos (Diálogo)

Teodosio. Si yo fuera ministro de la corona de España, te digo, Jorge, que habría abundante arbolado en todas nuestras ciudades y en todos nuestros pueblos.

Jorge. Está bien.

Teodosio. Ya lo creo que está bien. Mas no me contentaría con preparar leyes y más leyes que reglamentaran todo lo concerniente al arbolado, sino que yo mismo iría de pueblo en pueblo y en las calles y en las plazas y en las escuelas y en todas las partes hablaría de la excelencia del árbol.

Jorge. Está bien.

Teodosio. Yo quisiera que en las capitales de provincia y en las cabezas de partido y en cada uno de los pueblos y aldeas hubiera algunas personas que consagrarán parte de su actividad y diligencia a la mayor repoblación de árboles en toda España.

Jorge. Está bien ¿Y qué más?

Teodosio. Deseara que a los que cortan sin razón los árboles, o sólo por mero capricho les arrancan su corteza y les maltratan, impidiendo el curso de la savia, así como a los descuidados y a los negligentes que a todos los que con su quietísimo e indiferencia no hacen prosperar las plan-

taciones se les aplicaran las penas más severas y se les introdujera en las lóbregas celdas de una cárcel para que allí pagaran debidamente su egoísmo y ruindad.

Jorge. Está bien ¿Y nada más?

Teodosio. Sí hay más. Deseara también que a todos los que se distinguen por su marcado interés por el aumento del arbolado se les concediera los primeros puestos en la sociedad civil, se les tributaran honores especiales y se les propusiera como candidatos de singular mérito para obtener los mejores cargos del Estado o de la Patria.

Jorge. Está bien ¿Y nada más?

Teodosio. Tú, Jorge, creo que no tomas en serio nada de cuanto estamos diciendo: Antes, al contrario, creo que la exposición de mis deseos te sirve de risa y de mofa.

Jorge. Ya que te has mostrado tan partidario del árbol en la manifestación de tus deseos, permíteme que te recuerde lo que dice una mujer célebre en el arte de bien decir, exponiendo los deseos de dos viejos esposos: Decía el esposo: ¡Si yo en lugar de mi pequeña heredad, que es Je mal terruño, y no sirve sino para revolcadero de un burro, tuviese el rancho del tío Polainas! Y si yo, añadía su mujer, en lugar de ésta, que está en pie porque no le han dado un empujón, tuviese la casa de nuestra vecina, que está en primera vida! ¡Si yo, proseguía el marido, en lugar de la burra que no puede ya ni con unas alforjas llenas de humo, tuviese el mulo del tío Palomar! ¡Si yo, añadió la mujer, pudiese matar un puerco de 200 libras como la vecina! Esa gente para tener las cosas, no tienen sino desearlas. ¡Quién tuviera la dicha de ver cumplidos sus deseos! Apenas hubo dicho estas palabras, cuando vieron que bajaba por la chimenea una mujer hermosísima; era tan pequeña que en altura no llegaba a media vara; traía, como una reina, una corona de oro en la cabeza. Soy el Hada Fortunata, dijo a los esposos; pasaba por aquí, y he oído vuestras quejas; y ya que tanto ansiáis porque se cumplan vuestros deseos, vengo a concederos la realización de tres: uno a tí, dijo a la mujer; otro a tí, dijo al marido; y el ter-

cero ha de ser **mútuo**, y en él habéis de convenir ambos: este último lo otorgaré en persona mañana a estas horas que volveré: hasta allá tenéis tiempo de pensar cual ha de ser,

Después de haberse marchado el Hada, recayó de nuevo la conservación de los esposos sobre sus afortunados vecinos. Hoy estuve allí, estaban haciendo las morcillas, dijo el marido; pero ¡qué morcillas! daba gloria el verlas! Quien tuviera una de ellas aquí, repuso la mujer, para asarla sobre las brasas y cenárnosla. Apenas lo había dicho, cuando apareció sobre las brasas la morcilla más hermosa que hubo, hay y habrá en el mundo. La mujer se quedó mirándola con la boca abierta y los ojos asombrados. Pero el marido se le vantó desesperado, y dando vueltas por el cuarto, se arrancaba el cabello diciendo: Por tí, que eres más golosa y comilona que la tierra, se ha desperdiciado uno de los deseos! Reniego de tí y de la morcilla, y no quiero más sino que se te pegue a las narices! No bien lo hubo dicho, cuando ya estaba la morcilla colgando del sitio indicado, cumpliéndose el deseo del marido. Sólo faltaba por cumplirse el tercer deseo en que habían de mostrar su conformidad ambos conyugos. Nada deseo, ni nada desearé más, sino que se me quite la morcilla de las narices. Mujer, por Dios ¿y el rancho? Nada; ¿y la casa? Nada. Deseeamos una mina y te haré una funda de oro para la morcilla. Ni que lo pienses. Pues qué ¿nos vamos a quedar como estábamos? Este es todo mi deseo, repuso la mujer. El marido instó más y más ante su mujer por ver si la persuadía a que con él pidiera grandes tesoros; mas nada consiguió de ella que estaba por momentos más desesperada con su doble nariz y apartando a duras penas al gato y al perro que se querían abalanzar a ella.

Cuando a la noche siguiente a la hora señalada se apareció el Hada, y le dijeron cuál era su último deseo, les dijo: Ya veis cuan ciegos y necios son los hombres, creyendo que la satisfacción de sus deseos les ha de hacer felices.

No está la felicidad en el cumplimiento de los deseos; sino que está en no tenerlos; que rico es el que posee, pero feliz el que nada desea.

Por esto, te añadiré yo; no parecen malos tus deseos, pero es cierto que lo bueno en los pueblos y en las ciudades ha de ponerse, por lo que se refiere al aumento y conservación del arbolado,

en que la Junta, constituida al afecto, se entusiasme con esa idea y en que nosotros sigamos todas sus indicaciones.

HE DICHO

## Seamos hombres de hoy y de mañana

Ingenuamente os declaro, señoras y señores, que el fundamento de todo cuanto me propongo deciros en este breve discurso está tomado de lo que tan bellamente dice la célebre novelista Fernan Caballero sobre el holgazán. Había una vez un hombre que huía mucho del trabajo. Pasóse el verano holgando, es decir, que no hizo el agosto, y cuando llegó el invierno se encontró sin polainas, y sin tener con que comprarlas. En este apuro se fué a un compadre suyo, y le preguntó qué le parecía que hiciese. El compadre le respondió, que se las fuese a pedir al Cristo del Gran Poder, que era un Señor muy milagroso. Así lo hizo el holgazán; fuese a la Iglesia, y dijo a la efigie del Salvador:

¡Oh Señor del Gran Poder!

Que todo el mundo gobiernas,

Dame, dame unas polainas

Para cubrirme las piernas.

Pero la efigie le respondió:

Soy Señor del Gran Poder,

Que todo el mundo gobierno;

Compra polaina en verano,

Y la tendrás en invierno.

Por este relato además de ver que Dios no premia a los holgazanes, vemos algo que cuadra de un modo perfecto a nuestra Fiesta del árbol. Nos encontramos sin árboles en muchos pueblos de España; fácil cosa es inculpar en esto a nuestros antepasados; mas nosotros, aplicándonos el cuento, ahora que nos hallamos en el verano de la vida, debemos plantar en el término de nuestro pueblo, cuantos árboles sean necesarios a nuestra salud y utilidad, para que cuando llegue el invierno de la vida, o dejemos esta tierra, no recibamos una reprensión digna de nuestro abandono, por habernos privado a nosotros mismos no sólo de las saludables condiciones de un ambiente atmosférico puro, sino también de la gra-

titud y de la alabanza de los futuras generaciones, que viendo nuestro modo de proceder en lo que con el árbol se relaciona nos digan con sarcástica ironía: Vuestra vida toda la consagrasteis a nosotros, por eso disfrutamos ahora de los sabrosos frutos de los árboles que vosotros plantasteis y de la belleza de estos campos que con tanta diligencia por vuestras propias manos fueron adornados y hermoeados.

HE DICHO

## CUARTA PARTE

*(Discursos que podrán pronunciarse con ocasión de la Fiesta del árbol por personas mayores.)*

### DISCURSO 1º

## Los árboles y los jóvenes

Meditando yo unos momentos sobre los elementos que entran en el desarrollo de los árboles, veo dos de ellos muy necesarios; son estos la lluvia y la luz sin la lluvia y sin la luz no absorben los árboles, los principios necesarios a su vida y desarrollo; sin esos dos elementos la savia queda paralizada.

Del mismo modo los jóvenes que han de vivir en la sociedad necesitan también de dos elementos, sin los cuales serán plantas paralizadas o muertas: son éstos la luz para sus inteligencias y la fuerza y energía para sus voluntades. Sin luz se camina al ciego, se derrochan inútilmente muchas energías; sin quererlo se destruyen preciosas existencias y se tronchan delicadas flores, que no volverán a erguir su corola y se destrozan plantas que llegarían a ser árboles. (Klein)

Además de la instrucción o de la luz en las inteligencias se requiere en los jóvenes que han de ser la honra de la sociedad que



le alimenta fuerza o energía de héroes en sus voluntades: Y esto tanto para arrollar todos los obstáculos que lleva consigo el apostolado de la verdad que todos los hombres debemos abrazar, como para no conocer por experiencia propia lo que es el cansancio o desaliento.

Como decía el célebre P. Didón, los jóvenes modelo, aquéllos en cuyos corazones arde intensa la llama del apostolado «son un compuesto de inteligencia, de energía y de generosidad; son al mismo tiempo unos iluminados; unos soldados y unos mártires: Hablan como iluminados, luchan como soldados y mueren como mártires» Aprended, pues, jóvenes de esta consideración que nos ofrecen los elementos que contribuyen a la formación y desarrollo de los árboles, a estimar en su justo precio lo que vale la instrucción y la educación. Añadid a éstas el buen ejemplo, que de ellas se derivará y no dudo predeciros que seréis mañana hombres que sepan sacrificarse, y morir, si es preciso, por los derechos de la verdad y de la justicia.

HE DICHO

## DISCURSO 2º

### Flexibilidad de los árboles y de los hombres

Queriendo aprovechar esta ocasión de la Fiesta del árbol, para dar unos cuantos consejos a los jóvenes, me he recordado de la flexibilidad de los tiernos arbolitos para aconsejar a los niños y a los jóvenes que sean dóciles a sus padres y a sus maestros y superiores.

Del hombre depende en no pocas ocasiones el que los árboles sean rectos o no; si el hombre con su industria se propone hacer que un arbolito tierno se desarrolle en línea recta, el árbol en éste y no en contrario sentido verificará su incremento: Es que en los primeros tiempos el árbol es más flexible que en cualquiera otros de su vida. Del mismo modo el joven, y mejor aún el niño es materia dispuesta a cualquier forma de instrucción y de educación.

No es mi propósito hacer de los jóvenes de hoy unos esclavos de las ideas de otros vgr.; de sus instructores y maestros; mas no quiero condenar por completo la fuerza de aquel dicho «Magister dixit,» el maestro lo ha dicho. Deseara que todos los niños y jóvenes llegaran a la virilidad intelectual, que antes de conocer el error, examinaran la verdad, que nutrieran de verdades sólidas su inteligencia y que evitaran estos dos escollos; el de pensar por sí mismos, y el de adquirir ideas superficiales en todas las ciencias y artes. Lo primero esta conforme con la doctrina de Sto. Tomás que dice: «El genio abandonado así mismo es tan pródigo en errores como en descubrimientos» Para evitar lo segundo yo diría que no es necesario sino adquirir ideas exactas y estar dotado de la debida sencillez y humildad para pedir en circunstancias oportunas, la resolución de las dudas que en la mente se susciten, a un sabio y discreto director. Quisiera jóvenes que aceptarais estos consejos, no como brotes adustos de mi mente, sino como frutos legítimos de los hombres que como Sto. Tomás y el P. Lacordaire se han esforzado en guiarnos dulcemente por las sendas firmes de la exactitud y de la propiedad en el pensar y en el hablar.

HE DICHO.

### DISCURSO 3º

## La utilidad del árbol, símbolo de la utilidad de la inteligencia

Al contemplar las múltiples utilidades que nos reportan los árboles, me he recordado, sin esfuerzo alguno, de las utilidades innumerables que la inteligencia de los jóvenes, convenientemente instruida y educada, puede traer a la humana sociedad.

Si nos damos cuenta a examinar un poco los usos de los árboles, observamos que éstos son tantos y tan variados, que difícilmente podrán comprenderse en un número determinado. Desde la cuna al sepulcro, desde la Iglesia a la más humilde choza, en todas las partes y en todos los tiempos hacemos uso de los árboles, «La inteligencia, como dice el P. Lacordaire, es la prenda del poder humano»

Jóvenes, que me escucháis, es preciso ser instruidos hoy día para crearnos un modo honesto de vivir y también por que «el saber ha sido siempre una fuerza social de primer orden» (*Sertullanges*) «Sin el saber el hombre podrá ser honrado y útil; podrá ser respetado y amado; pero no será poderoso» (*Lacordaire*)

Por otra parte «la inteligencia ha sido siempre como el calor del sol, bienhechor o tórrido, un germen de fecundidad o de muerte» (*Sertullanges*) Nosotros, pues, si somos discretos, si amamos el bien, forzoso es que conagremos todas nuestras fuerzas intelectuales al estudio de las cuestiones sociales, porque en la sociedad todos se ocupan de relacionar los intereses de los unos con los intereses de los otros; y de un modo especial debemos estudiar la Religión verdadera, o sea el Catolicismo: Hoy más que nunca se ve que la raza de los malvados es una raza indestructible y que desterrada la Religión de la inteligencia lo será también del corazón. Es necesario manifestar en los tiempos actuales un valor o energía indomables, tales, que nos mantengan sin retroceder ante cualquier peligro y ¿cómo hemos de poseer ese valor o esa energía sin tener en nosotros aquella convicción, fruto necesario de un estudio bien fundamentado sobre la Religión, si no nos dedicamos, o nos dedicamos a medias a esos trabajos intelectuales los más útiles y excelentes? De estos trabajos nacerán las grandes convicciones, de las grandes convicciones los grandes entusiasmos, y los grandes entusiasmos os harán invictos, porque la victoria queda siempre por las almas que creen más firmemente. Si os estimuláis siempre con el amor al bien y a la verdad, vosotros seréis los que aquí y allá, en el pueblo o en la ciudad, fundaréis o conservaréis el reinado de la verdad, los que la salvéis de la decadencia, y también los que «cuando bajo los golpes de manos impías las columnas del templo amenacen derrumbarse, sostengáis el edificio, o estauréis sus ruinas».

HEDICHO

DISCURSO 4º

## Egoísmo de los árboles y de los jóvenes

Al pasear por algunas arboledas, dos hechos me han llamado

poderosamente la atención: Es el primero lo mismo que el segundo un fenómeno que en mí ha producido la observación. He visto junto a unos árboles elevados y corpulentos, otros árboles tan corpulentos y elevados como los primeros; he preguntado por la edad de unos y otros, y he oído decir que es la misma la de los unos y los otros. Más frecuentemente he observado que árboles de la misma clase, del mismo terreno y de la misma edad se desarrollaban en proporciones muy distintas: Mientras los unos desafiaban por su altura a los más altas torres de nuestras iglesias; otros que había al lado apenas si alcanzaban la elevación de las más humildes chozas. Es que los primeros se apropiaban de tal suerte las sustancias acomodadas a su conservación y desarrollo que no se cuidaban de la vida de los segundos. Esta observación me traía a la memoria lo que sucede a la sociedad con muchos de nuestros jóvenes: Hay jóvenes que tienen la misma edad, la misma escuela y el mismo maestro; pero mientras los unos estudian únicamente para gozar las delicias del estudio, los otros por el contrario aprenden una ciencia o un arte con el noble fin de que sus conciudadanos se aprovechen o beneficien de sus trabajos intelectuales. Los primeros jóvenes, como los árboles segundos, son egoístas, que restan con su utilitarismo propio no pequeños bienes a los demás hombres de la sociedad.

Debéis, pues, jóvenes, hacer próspera vuestra nación; esto lo conseguiréis, procurando alcanzar el mayor grado de conocimiento en las diversas ramas del saber humano: Como decía el Padre Didón: «Los cerebros son los que forman un pueblo, no las bolsas» No está la grandeza de una nación en tener grandes armadas y numerosos ejércitos, sino en que los individuos de la misma sean grandes; y llegarán a serlo, cuando adquieran el más íntimo enlace sus inteligencias, sus voluntades y sus corazones. Quien pondrá en duda que el poder de una nación es tanto más grande, cuanto mayor es la unión de todas sus fuerzas vivas, dirigidas a un mismo fin que es el bien común? Y ¿cuál es la fuerza mágica que podrá unir los entendimientos y las voluntades de todos, del pobre y del rico, del sabio y del ignorante? No otra que la fuerza de la Religión. Por esto bien puedo decir con Pablo Bourget «Donde quiera que el sentimiento religioso se mantenga pugante, las costumbres se dignifican; donde quiera que languidece, las costumbres se rebajan.

Arrancando la fe de una nación se la desmoraliza, descristianizándola, se la asesina».

Por mas que me haga un poco largo en mi discurso vais a permitirme que en confirmación de todo cuanto os he dicho termine con las palabras de un joven criminal días antes de ser ejecutado «Yo, decía, no había nacido para acabar en un patíbulo; no me encontraría en este calabozo si hubiera sabido que hay otra vida y una eternidad de penas destinadas a los culpables. Mi padre no creía en Dios. Cuando llegué a la edad en que debía hacer mi primera Comunión, no quiso dejarme ir a la parroquia a escuchar la explicación del Catecismo. Perdono a mi padre, causa de mi desdicha. No sabía el mal que me causaba. ¡Quiera Dios que mi muerte le haga comprender la necesidad de la Religión!

HE DICHO

## DISCURSO 5º

### Aficiones plausibles de la juventud

Es verdaderamente encantador ponerse a enumerar las aficiones de los jóvenes. Sueña éste en ser capitán de marina; aquel otro en cabalear en alado carcel que en medio del combate arda en el noble propósito de arrollar al enemigo; alguien se ve ya ceñido con el fagón de general; y no falta quien en perspectiva se vea adornado con el báculo y mitra de un obispo o arzobispo o con el capelo de un cardenal. Por mas que me complace en sumo grado hablar de estas aficiones; sin embargo yo sólo quiero llamaros la atención sobre dos que deben ser la nota distintiva de los jóvenes: son estas la afición a los árboles y la afición a las buenas lecturas. Como ya en los trabajos, que han precedido a éste, se os ha hablado del interés que para todos deben tener los árboles; Me parece muy oportuno hoy que tanto se lee y tanto se escribe hablaros en estas circunstancias, dando a todos los jóvenes algunos consejos sobre las lecturas que han de hacer en esos años de crisis moral en que se encuentran.

«Es un sueño, decía un célebre escritor, pretender que el hombre halle en sí mismo el alimento necesario a su vida intelectual» Todos, sin excepción, hemos de tomar algunas ideas, a manera



de tesoro muy apreciado, del caudal de nuestros prójimos o semejantes. Mas conviene que en el uso de la propiedad ajena seamos discretos y prudentes. «Cuando una lectura os comueva y os produzca sentimientos generosos, no busquéis otra regla para juzgar la obra; es buena y está hecha de mano maestra» (*La Bruyere*)

Preciso es, jóvenes, que seáis firmes y constantes en vuestros propósitos de no leer nunca libros o revistas, que lejos de ennobleceros, os deshonren y envilezcan. Nadie diga que lee malos libros por gustar del estilo de algunos escritores. «Veinte páginas decía el P. Lacordaire, bastan para apreciar el mérito literario, la ruindad moral y filosófica de las obras de Voltaire» El mismo Rousseau decía: «No miro ninguna de mis obras sin estremecerme; en lugar de instruir pervierto, en vez de instruir, enveneno; pero la pasión me ciega, y a pesar de mis hermosas frases no soy más que un malvado» Quisiera, jóvenes, que concibierais un odio santo contra los malos libros, que hoy mismo juraréis en presencia de vuestros padres, y poniendo por testigo al Dios Omnipotente que nunca habéis de tomar en vuestras manos semejantes libros o papeluchos; porque como decía una reina de Francia (María Lechzinscha) «si os parecería un crimen leer un libro en que se ultrajase a vuestro padre, con mayor motivo os debe parecer aquel en que sepáis que se injuria u ofende a Dios».

HE DICHO

## DISCURSO 6º.

### El trabajo de los jóvenes

Todos los que ahora os disponéis a escucharme, habréis visto cómo algunos árboles ocultan con su dura y gruesa corteza la parte leñosa que constituye el cuerpo de los mismos. Partiendo de esta observación yo os diré, amadísimos jóvenes, que la ciencia y el arte, cualquier estudio tiene su corteza, y corteza dura y difícil de ser franqueada. Mas en nuestras manos está el partir o seccionar ese vestido exterior del árbol de la ciencia ¿Sabéis como? Con el trabajo. «El trabajo es la ley inevitable del desenvolvimiento del espíritu» El trabajo ahuyenta la languidez que nos lleva a hacer nada, el trabajo es el enemigo de la ociosidad,



madre de todos los vicios; por él seréis nobles, y os elevaréis sobre la tierra, y atravesaréis los espacios y llegaréis al mismo cielo. Es cierto que «el trabajo es el flujo y el reflujo que ponen en la sangre del hombre la sal indispensable del dolor»; mas el trabajo tiene también sus goces y goces de inestimable valor; por el trabajo amadísimos jóvenes, os sentiréis vivir en todas las edades; por él tendréis mayor autoridad, y, sobre todo, adquiriréis aquella honra, aquel buen nombre y aquella fama, que os convertirán en dulces y agradables muchas amargas.

Sé que muchos de nosotros sentís predilección, unos por la Agricultura, otros por la ciencia y algunos por los artes. No quiero oponerme a esas manifestaciones puras de vuestra alma; mas sí me propongo, antes de terminar este corto discurso, daros un consejo es el siguiente:

Trabajad y trabajad siempre; pero no abuséis nunca del trabajo. Es cosa digna de admiración el que siendo el trabajo una pena del pecado del hombre, se cometa éste de una manera desordenada a esa misma pena.

Si os consagrais, jóvenes, a las labores del campo, o a las tareas más difíciles y costosas del estudio, procurad siempre que vuestra inteligencia y vuestro corazón marchen acordes. Condenando por malo el trabajo que absorba en tanto grado las fuerzas de vuestra inteligencia que deje sin actividad vuestro corazón. Decía un escritor eminente: «Encerrado el hombre entre cifras y fórmulas se asfixia, y llega a perder el sentido de la vida y la noción de la realidad» «Vivimos para amar. Mientras la ciencia estimula esta facultad nuestra, es útil; en cuanto la contraría, es fatal»

Paso a paso hemos llegado al término de mi discurso, y, colocado ya en estas circunstancias, puedo preguntaros ¿cuál habrá de ser el fin de vuestros trabajos? ¿No es verdad que siempre os habréis de proponer conseguir el mayor bien y asentir a la mayor verdad? Y ¿quién, que se halle en su sano juicio, no admitirá que la suma verdad y el supremo bien es Dios? Por lo tanto en todos vuestros actos y en todos vuestros trabajos os habréis de proponer buscar a Dios: El solo os hará grandes, El solo os hará ricos, El solo poderosos, El solo en medio de vuestros trabajos, verdaderos hombres.

HE DICHO

DISCURSO 7º

¿No hay árboles ni hombres?

¡Cuántas veces se declama en los discursos de la Fiesta del árbol. Ya no hay árboles! Hiperbólica es la expresión; mas en lo que responde a una justa realidad, de lamentar es que en muchos pueblos se hayan matado o destruido tantos árboles que la expresión aplicada a esos pueblos, apenas si tiene nada de exagerada, ¡Oh tiempos pasados que habéis hecho de tantos montes y de tantos bosques! ¡qué de aquellos bellos paisajes en que los árboles constituían su principal adorno?

Si quisiera dar una respuesta adecuada a todas estas preguntas, obligado me vería a exclamar: ¡Ya no hay hombres! ¿Qué se ve por todas partes? Hombres adulando a sus pasiones, hombres caprichosos, hombres débiles, hombres cobardes, hombres que no son hombres. Si en nuestro examen recorremos el orden político, científico, económico y social, veremos que no carece de verdad esa exclamación. Al observar qué se lee en los periódicos, destinados a dirigir la opinión, qué se representa en los teatros, de qué se habla en la familia, en la plaza y en la calle, en qué se ocupan la mayor parte de los hombres, forzosos es admitir que no se hallan hombres de fuerza moral, hombres de voluntad, hombres de sacrificio.

Por doquier se oye decir «La instrucción es lo que forma al hombre» Y en conformidad con esto en los últimos tiempos se han multiplicado las escuelas, los institutos y las universidades. Mas ni las Matemáticas, ni la Historia, ni la Ciencia podrán hacer hombres.

Es que puede ser el hombre al mismo tiempo un sabio y un malvado. Para llegar uno a ser hombre se requiere una voluntad firme, enérgica ora para arrancar vicios, ora para plantar virtudes. Y a esto contribuye más la educación de la voluntad que la instrucción.

Un célebre escritor decía: «lo que sostiene al mundo, y le impide caer en la barbarie no son los progresos de las Matemáticas, de la Etudición y de la Historia, sino las virtudes, el espíritu de

abnegación y de sacrificio que ha hecho del Cristianismo la ley de la existencia humana» «...más que los inventos de las ciencias, es la virtud lo que salva al mundo, asegurándole prolongada existencia».

Seamos hombres de esta clase, hombres humildes, no soberbios; hombres abnegados, no caprichosos; hombres sacrificados, no libertinos; hombres, verdaderos hombres, no niños, no juguetes de un déspota, de un tirano, de un homicida, si me permitís, que mate nuestra voluntad con bienes deleznable, que seque nuestra razón con entretenimientos pueriles y que ahogue el fuego de nuestro corazón con ideales bajos, viles y terrenos.

HE DICHO

## DISCURSO 8º

### Los árboles fuertes y los hombres de carácter

Pensando cierto día sobre la consistencia y dureza que llegan a conseguir algunos árboles como las encinas, los enebros y los robles, me hice la siguiente reflexión: ¿Por qué los jóvenes no habían de ser siempre de carácter firme y robusto? La sangre que hierve en sus venas, las ideas que se depositan en su mente, los santos deseos que se agitan en su corazón y el entusiasmo que enciende su alma, todo reclama en los jóvenes firmeza y perseverancia en la prosecución de un ideal noble, que han debido abrazar de antemano

Jóvenes amadísimos, no basta decidirse a coseguir el bien que ardientemente deseáis; es preciso que os convenzáis por completo de que aquello que os proponéis alcanzar es algo justo y laudable; de la decisión pasad a la acción y, persuadidos de la bondad de vuestra causa, no desistáis nunca de vuestra empresa comenzada: Ante los obstáculos y dificultades, ante los peligros y enemigos contestad siempre firmes y resueltos: No podemos, no podemos obrar sino el bien.

Sed perseverantes en esta empresa. La perseverancia es el vigor de los fuertes y el fundamento de todas las virtudes: Si la suprimís en vosotros, habréis eliminado toda virtud sobresaliente, toda acción heroica y todo esfuerzo generoso. Por el contrario, si fuertemente os abrazaréis con la perseverancia, veréis que «la muerte en el orden moral es el punto extremo de la grandeza» Morir, descubrir el cuello para colocar la cabeza sobre el tajo, y escuchar el siniestro ruido de la cuchilla que desciende; todo esto es propio de los grandes predestinados quienes, conocido el verdadero ideal, le han seguido siempre, y trasportados de alegría se han dirigido con santa libertad a sus mismos enemigos y les han apostrofado, diciendo con la misma confianza que los tres niños del horno de Babilonia: «Nosotros sólo adoramos al Dios de nuestros padres. Tú puedes ¡Oh rey! mandarnos matar; pero Dios puede sustraernos a tu cólera. Y si El no quiere hacerlo ¿qué importa? No por eso cesaremos en nuestros propósitos» Sois jóvenes, y por eso sois ardorosos, firmes y entusiastas del bien que os ennoblece, que os eleva y que os dignifica.

HE DICHO.

## DISCURSO 9º

### Luchas necesarias

Si supieramos todo lo que pasa en el desarrollo del árbol, seguramente que habíamos de notar las luchas frecuentes que en él se dan unas veces contra los agentes exteriores que se niegan a concederles los elementos necesarios v. g. el agua o el calor convenientes a su mejor evolución, otras contra las causas internas, que sin verlo nosotros se oponen a su existencia, y no pocas veces contra las causas destructoras, como son los vendavales o los pedriscos. Esto me trae a la memoria las luchas necesarias en que frecuentemente os halláis los jóvenes: lucháis aquí contra el ejemplo de perversos compañeros que fuertemente os arrastran al mal; allí contra los malignos pensamientos que os envía el enemigo del bien; más acá contra vuestras mismas pasiones, que torpemente os exponen al péligro próximo de caer. Es forzoso, ama-

dísimo jóvenes, que en medio de tantas luchas y de tantos combates tengáis a vuestro alcance algún poderoso medio, por el que siempre podáis salir victoriosos de esos trances tan peligrosos. ¿Queréis tomar en vuestras manos esta arma? ¿Sabéis cuál es? No otra sino la fuerza de voluntad.

Newton fué el último de la clase; se pegó con el que le precedía; Newton le derribó en tierra: Y, conseguida esta victoria física, se anima más y más y llega a conseguir muchas victorias intelectuales.

Demóstenes lucha, durante muchos años, contra un defecto de pronunciación: sabe que por este defecto se le ríen sus compatriotas; con esta noticia no decae su ánimo; antes bien se levanta tanto su espíritu que por años enteros se consagra a ejercicios vocales y después de superar innumerables dificultades, merecer tenido por el príncipe de los oradores de Grecia.

Oyen predicar los florentinos a Jerónimo Savanarola: Y ante una voz tan gangosa como la suya, no se pueden contener y sueltan en su presencia una muy estrepitosa carcajada. Colocado él en tan adversas circunstancias no se deja dominar del desaliento, sino que se estimula tanto con esta adversidad que llega a ser uno de los primeros oradores de la Iglesia Católica.

Citados estos ejemplos, justo es que examinemos la causa que ha producido en esos varones tan excelentes modificaciones, la cual no ha sido otra que la fuerza de voluntad.

Hay que ser firmes; hay; hay que ser perseverantes; «hay que ser como las lámparas del santuario; hay que arder y arder siempre, mientras conservemos una gota de aceite y arder con alegría, consumiéndonos en el servicio de Dios, para luego extinguirnos tranquilamente, sin chisporrotear, ni dejar malos olores en pos de nosotros.» (El ciego Mons. de Segur)

HE DICHO

## DISCURSO 10

### Los árboles y los amigos

Cuando contemplo un arbolado en el que muchos árboles crecen y se desarrollan, en idénticas proporciones no puedo dejar de ver

en esos árboles de la misma altura, del mismo diámetro y que producen los mismos frutos, a muchos jóvenes que participan de las mismas ideas y sentimientos, y que, como los árboles, producen los mismos frutos: Por esta breve comparación, ya habéis adivinado que la materia que os voy a exponer es sencillamente sobre los amigos que habréis de tener durante vuestra existencia en la tierra.

Es necesario, amadísimos jóvenes, tener amigos. De consuno defendieron esto los poetas, los filósofos y los místicos.

La amistad, según el P. Lacordaire, es el consorcio de dos almas, que se unen para realizar mejor la labor de la vida. La amistad se funda en la abnegación, en la entrega completa de uno mismo. De aquí que tomando como principio riguroso lo último que acabo de decir, a fin de que sepáis cuales hayan de ser vuestros verdaderos amigos, os daré las siguientes normas respecto a los deberes que lleva consigo la amistad: Debe primeramente ilustrar el amigo al amigo en todo lo que se relaciona con el mejor conocimiento de Dios, debe preservarle de la caída y caído ha de procurar levantarlo y sacarlo del cieno del vicio. La voz de la verdad aparece mucho más seductora en los labios de un amigo que en los de un extraño.

Jóvenes amadísimos, no os dejéis engañar en lo que se refiere a vuestras amistades, admitid solamente como verdaderos amigos a aquellos jóvenes que os inviten con su trato a progresar más y más en la subida al monte excelso de vuestro perfeccionamiento: Amar a una persona es amar su alma y quererla más bella, más grande y más santa.

HE DICHO

## DISCURSO 11

# La obediencia en todos los seres de la creación

Quiero aportar también mi granito de arena a la formación del edificio cultural que hoy se está disponiendo aquí con la celebra-



ción de este acto solemne que hemos convenido en llamar «Velada de la Fiesta del árbol» Antes de ocupar este sitio, he pensado por unos instantes que es lo que yo había de exponer al dirigirme a un auditorio como el que ahora me escucha, compuesto en su mayor parte de jóvenes. Entre las diversas ideas que se han presentado en mi mente, ninguna me ha llamado tan poderosamente la atención como la que se refiere a la obediencia que tienen todas las cosas del Universo. Es ley impuesta por Dios a todas criaturas que todas obedezcan, las unas a las otras; obedece el mineral, obedece el vegetal, obedece el animal; todos los seres criados obedecen a un ser superior. Ya que ahora celebramos la velada de la Fiesta del árbol, de un modo particular, os diré, que los árboles obedecen también no sólo a las influencias del terreno en que son plantados, sino también a las influencias de la lluvia y del calor. Quitad sino al árbol uno de estos elementos y pronto lo veréis seco o muerto. ¡Tan necesario, pues, es su influjo!

Bien sé que los más entendidos en lo que es la obediencia, diréis que tal virtud no puede estar ni en los animales, ni en los árboles o plantas.

Convengo con vosotros en que he hablado de un modo alegórico; mas el movimiento libre que supone en el hombre la obediencia se asemeja muy bien a los movimientos necesarios de los animales y de las plantas, encaminados a su conservación y desarrollo. Y si los árboles irresistiblemente cumplen la disposición de Dios sobre ellos ¿porqué no así el hombre? ¿porqué no el joven y el niño? ¿Os parece bien que unos y otros vivan, no teniendo otra ley que sus placeres y sus caprichos? Según dice el P. Lacordaire El niño entregado a sus caprichos, es una especie de momia, encerrada en una banda de seda, que acaba por creerse un pequeño dios.» Con muy buen acuerdo se ha comparado la juventud a la voluntad individual, que hace lo que se la manda, con la brújula, que siempre se dirige al norte; y a la voluntad, que no sigue sino la ley del capricho, con la veleta. Siendo verdad cuanto os he dicho ¿habrá, jóvenes, entre vosotros quien desee que se le tenga por un veleta? Mas, ¿qué son los jóvenes? Reflexionad; responded vosotros mismos a lo que en estos momentos os dicta la conciencia, y elegid entre esos dos partidos que os he propuesto. Si os gusta ser cual brújula en todas las ocasiones y circunstancias de

la vida abrazaos con cariño, con esa virtud fundamental en el desarrollo de la vida moral; y si no os sometéis de un modo perfecto a ese dulce yugo de la obediencia; no llevéis a mal el que os tengan y os llamen veletas de la juventud caprichosa y libertina.

HE DICHO.

## DISCURSO 12º

### El ideal de la juventud

Enhorabuena, enhorabuena, jóvenes amadísimos: No fuera yo quien soy, para dejar que mis labios se desbordaran en semejantes encomios; Estos, al fin, no son sino el eco fiel, de los muchos y bien merecidos aplausos que aquí os han tributado.

Siempre, ya lo sabéis vosotros, mi propensión natural me ha llevado a los jóvenes y a los niños. Por eso hoy al teneros delante de mí a vosotros, a quienes he alimentado con mi doctrina y con quienes he cooperado en la grandiosa obra de vuestra propia instrucción y educación, si he de ser claro y sincero, os he de decir que me siento otro, más honrado, más noble, más grande, más excelente.

Me gusta, si, tratar con los jóvenes: Ellos sueñan y fantasean; ellos proponen accines maravillosas y las realizan; ellos viven en una edad, cuyos horizontes aparecen sin límites; ellos persiguen un ideal que no conocen y que sus Directores les proponen como una campana que no se ve, pero cuyo sonido se oye; como una luz divina que hace más elevados sus pensamientos; como un resorte o estímulo, que da a su voluntad y actividad una fuerza infinita.

Bien sé que no pocos de nuestros jóvenes no tienen otro ideal que la libertad: a estos permitidme que les diga con el Principe de nuestros líricos contemporaneos, Núñez de Arce:

Libertad, libertad, no eres aquella  
Virgen, de blanca túnica ceñida  
Que vi en mis sueños, pudibunda y bella

No eres, no la deidad esclarecida,  
Que alumbra con su luz, como una estrella  
Los oscuros abismos de la vida;  
No eres la vaga aparición que sigo  
Con hondo afán desde mi edad primera  
Sin alcanzarla nunca... Mas ¿qué digo  
¡No eres la libertad! ¡Disfraces fuera!  
¡Licencia desgreñada! Vil ramera  
Del motín, te conozco, y te maldigo.

Si la libertad no puede ser el ideal de la juventud de nuestros días, éste ¿en qué habrá de colocarse?

Esperad unos momentos, y el examen de las distintas clases de jóvenes, que tiene la moderna sociedad, os dará la respuesta deseada.

Entre nosotros existe una clase de jóvenes, que no piensan sino en cosas frívolas; ese pensamiento les obsorbe en tanto grado sus fuerzas, que les hace ineptos para obrar el bien, y hasta parece que les quita la vida, ya que de razón de ésta es el movimiento, la acción fecunda; y ellos, entretenidos en ideas de ninguna importancia, matan su inteligencia, porque ésta en tales pensamientos no encuentra verdades que la recreen y que la estimulen; matan su voluntad, ya que la costumbre de no hacer nada amengua las energías y rebaja los resortes del alma hasta el punto de hacerla incapaz para todo sacrificio y para todo esfuerzo moral; y matan también el sentimiento de lo bello, llegando a serles indiferentes lo que no satisface a sus caprichos y a sus apetitos, puestos no en lo más puro y excelso de la moral cristiana, sino en lo bajo, terrestre y carnal de la naturaleza del hombre, que huye a pasos de gigante de aquella belleza inmarcesible, cuyos esplendores brillantísimos sólo pueden brotar del centro de la Divinidad, una en esencia y trina en personas, para ponerse al nivel de los brutos en el goce repugnante de sus pasiones, dirigidas, no por la sabia y benéfica mano de Dios, Príncipe de la luz, sino por la aberrada y maligna del Príncipe de las tinieblas, siempre firme en sus propósitos de hacer del mundo entero, no un pensil de aromáticas flores que lleguen con sus suaves olores hasta el Cielo Empíreo, sino una cloaca de todos los vicios, que bajen con su hediondez y repugancia hasta el lodazal de la confusión y del tormento, premio digno de los que no amando a un buen Padre, que-

dan sometidos a las férreas cadenas de un tirano cruel y bárbaro. Estos jóvenes son los que el mundo llama inútiles, vagos.

Hay otras dos clases de jóvenes que siguiendo opuestas direcciones se encuentran en un mismo punto, en el quietismo. Nada hacen los unos por el bien de la humanidad, porque de antemano se han persuadido a sí mismos de que todos sus esfuerzos han de resultar infructuosos e inútiles; ningún trabajo se imponen los otros por el mismo fin, porque para ellos el mundo nunca ha sido mejor.

Cuando reina la calma, cuando luce el sol, cuando no se siente un soplo de viento, y ni las hojas de los árboles se estremecen, ni los átomos de arena se mueven, ni se prelude la tormenta; comprendo, jóvenes que permanezcáis inmóviles, asidos fuertemente a vuestro pesimismo o a vuestro optimismo. Pero hoy, jóvenes católicos, que se levantan airosas las perversas doctrinas, que se propagan por doquier los malos periódicos y las malas revistas, que la prensa inmoral, obscena e irreligiosa envenena a los individuos, a la familia y la sociedad; hoy, sí, que hasta el suelo tiembla, porque los soviets y los bolcheviques pretenden imponer sus enseñanzas, malsanas y ateas, a todos los pueblos del mundo, y que nuestras creencias, prendas del más elevado precio, son públicamente atacadas o sordamente minadas; que todo lo que amamos es objeto de mofa, de escarnio o de desprecio; y que ni nuestros grandes hombres, ni nuestros seres más queridos, ni nuestros santos, ni nuestro Padre amadísimo, el Dios del cielo, ni nuestra Madre amantísima, la Virgen María, ni nada se libra de la crítica y del villpendio; de ningún modo podéis permanecer inmóviles, o brazo sobre brazo, contemplando impasibles los estragos que vuestros enemigos criminal y sacrilegamente hacen a vuestro alrededor o en vosotros mismos.

Hierve en vuestras venas la sangre de los Hermenegildos y de los Pelayos; por eso forzoso es que os consagréis de lleno a la extensión del reinado de Dios y a la regeneración de la Patria. Este es el ideal, jóvenes amadísimos, que únicamente debéis abrazar; él solo es digno de vosotros, en quienes Dios infundió la virtud del valor y del sacrificio: Si es una causa santa, y tanto más santa cuanto más combatida; si lo defendieron nuestros padres, nuestros abuelos, aquellas figuras altivas y viriles; si él es el único ideal capaz de satisfacer a las más nobles aspiraciones de nues-

tra alma; si a vosotros toca reparar el mal de vuestros antepasados; si la Iglesia y la Patria en vosotros, jóvenes, tienen fundadas sus más halagüeñas esperanzas; si del cielo que levantan nuestros adversarios surge en vosotros el amor fecundo, generoso e inmenso hacia las cosas que más amáis; si, por último, veis la indiferencia; la frialdad, el olvido y el poco respeto con que hoy se trata por los hombres al mayor Bienhechor de la humanidad, a Jesucristo nuestro Redentor, compendio de la verdadera civilización de los pueblos, modelo acabado de todas las virtudes, fin el más excelente de todas nuestras obras y centro perfecto de nuestra verdadera felicidad; yo os pido que llevéis vuestros brazos temblorosos a la Cruz, que atentamente la miréis, que fuertemente la estrechéis entre vuestras manos, y que viéndola con sumo dolor, profanada y ultrajada, la coloquéis sobre vuestros pechos, con ella encendáis vuestros corazones; y por ella juréis defender siempre lo que más en este mundo debéis amar, la Religión y la Patria, deberes ambos los más santos, los más fuertes, los más altos, los más hondos, los únicos por los que tenéis la vida y la existencia.

Defender los derechos de la Iglesia y de España debe constituir el ideal de los jóvenes de los tiempos actuales. Así, pues, todo lo que se oponga a esos derechos sacratísimos, debemos considerarlo como opuesto a nosotros mismos. ¿Por ventura quien ofende a nuestros padres no nos ofende a nosotros mismos? ¿Y dejaremos de sentir gran pena, si sabemos que contra toda justicia y derecho se difama a nuestra Madre queridísima, por quien no tiene títulos sino para honrarla y bendecirla?

He aquí nuestro caso. Los hombres vienen de Dios; más con todo los hombres injurian a Dios, ofenden a la Patria, ridiculizan lo que para nosotros es objeto de mayor veneración y respeto, corrompen nuestra juventud, pervierten a nuestros obreros, lastiman nuestras creencias, crean el despotismo, quitan la verdadera libertad, nos hacen esclavos del vicio, y nos obligan a poner el sentimiento de lo bello en lo que es feo, en lo que es inmoral, enteramente opuesto a nuestras inclinaciones y a nuestra naturaleza de hombres, seres colocados por Dios, no al nivel de los brutos, sino superiores a ellos y semejantes por nuestro espíritu a los mismos ángeles.

Jóvenes, que me escucháis, os he indicado cuál debe ser vues-



tro ideal; también os he enumerado algunos de los obstáculos que han de oponerse a la realización del mismo. Es preciso, pues, que os manifestéis fuertes y enérgicos en llevar a cabo una empresa tan gloriosa; Dios y España os lo piden y os lo exigen ¿Quién, por lo tanto no se esforzará en manifestarse fidelísimo soldado del Señor, Dios de los Ejércitos y del Rey de España?

Si alguno de estos desertores hay entre vosotros, compadecedle; y, mirándole con ojos compasivos, levantad en alto la bandera, símbolo de ese ideal santo, besadla con amor y entusiasmo, y jurad envueltos entre sus pliegues, propagar siempre su santo ideal y defenderle hasta morir por él.

HE DICHO

### DISCURSO 13

## Trabajad, jóvenes, por la lengua Patria

A mi me parece que la Fiesta del árbol ha de ser esencialmente patriótica; y como la lengua de una Nación entra de lleuo en los elementos constituyos de la Patria; nadie podrá tachar de importunos en esta Fiesta los trabajos literarios, encaminados a levantar el espíritu de los jóvenes en favor de nuestra lengua.

Es necesario, señores, mirar po. el florecimiento de nuestro idioma. A no ser por el idioma que hablamos ¿cómo nos comunicaríamos los amigos con los amigos, los hijos con los padre y los súbditos con los superiores? Grandes, pues, son los beneficios que recibimos del lenguaje, grande el don recibido del Cielo de poder comunicar a nuestros semejantes las ideas que bullen en nuestra mente y los sentimientos o afectos que se hallan en nuestro corazón.

Mas el lenguaje no es un monumento permanente, invariable; y la razón está en que las palabras representan las ideas, los sentimientos y las cosas. Las ideas, los sentimientos y las cosas están sujetos a variaciones. Por eso también las palabras son variables. Fijando nuestra atención en las cosas, observamos que muchas de éstas desaparecen: Así nos lo atestiguan los anticuarios



que al realizar sus correrías encuentran en muchos pueblos un sinnúmero de cosas a las que no saben que nombre les daban los antiguos; y en las bibliotecas y archivos existe gran copia de nombres, que ahora no sabemos lo qué significan, pero que seguramente respondían en la antigüedad a la realidad de alguna cosa.

Han desaparecido de nuestro conocimiento instituciones costumbres y objetos, que eran de uso corriente en épocas pasadas; de ahí la dificultad de conocer el significado de los nombres que había para designar esas instituciones, esas costumbres y esos objetos.

Por esta causa no será extraño que no entendáis algunos estos versos del poema de «Mío Cid»

Velmezes vestidos por sufrir las guarnizones  
De suceso las lorigas tan blancas como el sol;  
Sobre las lorigas armiños e pellisçones,  
E que no parescan las armas, bien presos los cordones;  
So los mantos las espadas dulçes e tajadores;  
D' aquesta guisa quiero ir a la cort,  
Por demandar mios derechos e dezir mi razón».

En este fragmento hay, como os he anunciado, algunas palabras de significación desconocida para algunos de nosotros: Y precisamente no damos con el verdadero significado, porque ya no existe el modo de vestir, ni los vestidos del tiempo en que se escribió el poema de «Mío Cid».

Menéndez Pidal en su Diccionario nos da el verdadero significado de las palabras oscuras o desconocidas de ese fragmento; «Los del Cid se ponen los velmeres, ropa acolchonada para evitar que lastimara lo loriga o guarnizón, y después de vestirse esta armadura, la encubre con pellizones, prenda hecha de pieles de cordero, conejo...etc. la cual se llamaba también armiño si se hacía con pieles de este animal»

Basten las causas enumeradas para que todos nos convenzamos de que nuestro idioma u otro cualquiera está expuesto a perder gran caudal de sus palabras

Pasemos ahora a enumerar las causas por las que un idioma puede aumentar notablemente el caudal de sus palabras. No entra en mi propósito hacer un análisis perfecto de la materia sino recordar o dar a conocer sumariamente los elementos que enriquecen una lengua.

Así como la pérdida de muchas instituciones, costumbres y objetos usuales lleva consigo la desaparición de muchas palabras; así también la introducción de nuevos objetos, de nuevas costumbres y de nuevas instituciones trae consigo aumento de palabras a una lengua. Buena confirmación de lo que acabo de decir la tenemos en lo que sucede con la aparición de nuevas doctrinas, de nuevas ciencias, de nuevas costumbres, de nuevas industrias y de nuevas instituciones.

Aparece sobre la tierra Jesucristo, instituye una nueva sociedad, que se llama Iglesia; preséntase ésta como nueva asociación religiosa ante los hombres; todo en ella aparece con la nota atractiva de la novedad; su jerarquía, sus ritos, los objetos destinados al culto, ¿Quién, después de lo dicho, dudará de los innumerables vocablos que para significar tantas cosas nuevas necesitó inventar la Iglesia? En tiempos anteriores a la Iglesia quién había oído los vocablos de *Papa, cardenal, obispo, religioso, peregrino, y anacoreta*? Y habrá quien desconozca el gran número de vocablos que se han introducido en la lengua de Sta Teresa de Jesús con el descubrimiento del Nuevo Mundo? Y pasando al desarrollo de las ciencias ¿no son del dominio de todos los vocablos de *cinematógrafo, gramófono, telégrafo y telescopio*? Todos estos nombres hasta poco ha no han sido inventados.

Grande, muy grande es el aumento de palabras en la lengua, si atendemos también a las nuevas aplicaciones de las cosas, y a las mudanzas o cambios de las mismas. Como prueba de esto, sólo quiero citar los nombres diversos que recibe un mismo madero; según las aplicaciones que de él se hagan, así se le llama *poste, rodrigón, puntal, viga, tirante*. Creo que habréis observado en el trato social que a un mismo animal se le llama *ternero, becerro, novillo, y toro*, según las diversas edades en que se le considere.

Aunque no me extienda más en aportar otros datos a este mi trabajo literario, bastan ya los citados, para que todos estimemos como prenda del más elevado precio la lengua patria. Persuadidos, pues, que la lengua no es una cosa permanente, invariable, sino que cambia continuamente, debemos estimularnos más y más a trabajar y trabajar siempre por conocer a fondo el idioma que aprendemos en el regazo de nuestra madre, del que nos servimos para alabar y bendecir a Dios, que nos da a conocer el pensamien-

to y el mismo corazón de nuestros amigos, y que es empleado por el Rey en sus leyes y decretos, por el profesor en la cátedra, por el capitán en el campo de batalla, por el hombre religioso en sus rezos, por el profano en sus tratos y por el mismo Vicario de Cristo en la tierra en sus cartas, en sus leyes, en sus definiciones dogmáticas y morales, en sus exhortaciones y en sus consejos.

Sigamos con diligencia el curso del lenguaje, y conociendo los cambios, el aumento y la disminución de sus elementos integrantes estudiemos su naturaleza, conozcamos bien las causas que le transforman y modifican, y usando con propiedad todas las palabras de nuestros discursos y conversaciones añadamos a esta preclara cualidad del bien decir los adornos y la belleza para de este modo hacernos siempre amenos y útiles a nosotros y a nuestros semejantes, a la Religión y a la Patria.

HE DICHO

## QUINTA PARTE

### “EL IDOLO DE UNA NIÑA”

#### ESBOZO DRAMÁTICO EN UN ACTO

*Discurso que conviene que declame la que hace de D.<sup>a</sup> Adela antes de empezar «El ídolo de una niña»*

Al empezar este mi pobre y desaliñado discurso, me ocurre preguntaros ¿qué es el hombre en el universo para no contenerse dentro de los límites de lo justo y de lo recto? Creado por Dios e iluminado por sus ilustraciones y revelaciones, abandona pronto la pureza de sus costumbres, se inclina al vicio y cae precipitado en la hedionda caverna del pecado, donde no respira sino fetidez y putrefacción de males y de desórdenes-

A esta corrupción de las costumbres sigue luego la obcecación del entendimiento que empieza por oscurecer tan nobilísima facultad y termina por ser poseído y dominado por las tinieblas y las sombras de la muerte.

Consecuencia natural de este proceso ha sido el que los hombres alejados de Dios, primero por la deprovação de su corazón, y después por las tinieblas que han envuelto su entendimiento, se haya sometido a las criaturas, y engañado por las aparatosas cualidades de éstas, ha llegado a rendirles culto de adoración, creyendo o que ellas eran dioses, o que al menos un Dios moraba en ellas.

También los árboles han sido objeto de este culto de adoración. Como dioses han sido tenidos por no pocas razas primitivas que poblaran la Europa y el Asia Occidental; Los árboles, si hemos de creer a Plinio, fueron los primeros templos, y dándoles formas de hombres con vestiduras, armas, y atributos de los dioses llegaron a ser verdaderos ídolos. Así ha sucedido con muchos de aquellos

que en el decurso de los tiempos han ignorado la idea de Dios, de sus perfecciones y de sus atributos; el silencio de un bosque, sus sombras y su oscuridad han sido causas suficientes para tener por dioses a los árboles, o al menos por templos donde morara la divinidad.

A partir de estos momentos el árbol era ya inviolable y por esto o se le cerraba con muros o barreras para que no fuera profanado, o se le colocaba dentro de un edificio para que allí recibiera el culto de adoración. Por más que en esta materia, respecto al culto que se ha dado a los árboles, no todos los escritores se hayan puesto de acuerdo, no puede negarse: lo que está ya fuera de duda es el que a todas las divinidades paganas se les consagraba un árbol: A Jupiter el haya, a Minerva el olivo, el laurel y la palmera a Apolo, el mirto a Venus, el álamo a Hércules y el pino de significación fúnebre a Neptuno, a Pan, a Silvano, a Atis y a Cibeles.

Empezábase por ofrecer cada uno de estos árboles a las respectivas divinidades; se creía más tarde que en estos árboles se hallaba la divinidad, y finalmente, dando un paso más, se tenían, por verdaderos dioses a los mismos árboles.

¡A tanto ha llegado, pues, la ignorancia y la corrupción de costumbres entre los hombres! Persuadidos nosotros por la fe y por la razón de que estamos en posesión de la verdad proclamemos antes de terminar este discurso que no son dioses los árboles: el olivo no es dios, la palmera no es dios, el pino no es dios, la higuera no es dios: No hay sino un sólo Dios, Criador de todas las cosas que vemos y que no vemos, Creador de los mismos árboles y de lo que los árboles contienen y producen.

A ese Dios debemos ofrecer los frutos de los árboles, a El debemos de consagrarnos nosotros mismos y a El sólo debemos alabar, amar y glorificar, pidiéndole que todos los idólatras del árbol abandonen su error y se unan a nosotros, que marchamos por el camino que es Jesucristo; que abrazamos la verdad que es Jesucristo y que vivimos la vida que es el mismo Jesucristo.

HE DICHO

- Anastasia.* No sé, Leonor, porque haces eso con el árbol.  
*Leonor.* A mí todo me parece poco; déjame que ore más.  
*Anast.* Pues eso está muy mal.  
*Leon.* Pues está muy bien.  
*Anast.* Si lo supiera D. Julián.  
*Leon.* Si lo sabe ¿qué?  
*Anast.* Que no te vuelve a admitir en la Iglesia.  
*Leon.* No hago nada malo. Y además D. Julián, ya me conoce.  
*Anast.* Si él supiera lo que estás haciendo, no tendría tan buen concepto de tí, como el que tiene.  
*Leon.* Mira que estás pesada; si yo no hacía ahora más, que seguir las indicaciones de mi Profesora, D.<sup>a</sup> Adela.  
*Anast.* D.<sup>a</sup> Adela jamás te ha enseñado esas cosas. Conozco yo muy bien a esa Señora. Se que es muy buena y no puede aconsejar semejantes prácticas.  
*Leon.* Pues, sí, D.<sup>a</sup> Adela y todas las Señoras Maestras de España, juntamente con los Srs. Maestros y los Srs. Curas enseñan eso a los niños.  
*Anast.* Los Srs. Maestros y las Sras. Maestras de España son Católicos; y por eso ni han enseñado ni enseñarán nunca a sus discípulos semejantes cosas.  
*Leon.* Pues, sí, señora  
*Anast.* Pues, no, señora.  
*Leon.* Pues, sí,  
*Anast.* Pues, no. Ya que defiendes esas ideas tan malas, te dejo sola y me marcho. (se sale por la izquierda)

## ESCENA II

(Leonor sola)

Pobrecita: Ya quisiera tener ella tan buenas ideas, como las que yo tengo, y los mismos sentimientos que posee mi corazón. A ella nunca se la ve hacer oración, mientras no pasa hora del día en que yo no levante mi corazón para adorar a Dios, darle gracias y pedirle por mis más urgentes necesidades. Sólo se ha disgustado conmigo porque me ha visto de rodillas haciendo oración al árbol. Pues ¿qué? ¿Acaso no está bien el que se haga oración o los



árboles? Ella de seguro que no ha escuchado las explicaciones tan buenas que sobre el árbol nos ha dado D<sup>a</sup>. Adela, y, si ha estado en la escuela cuando se hacían esas explicaciones, la pobrecita no las ha entendido.

Voy a buscarla y yo misma la explicaré lo que debemos hacer con el árbol, el culto que debemos darle.

*(Sale por la izquierda)*

*(Por la derecha entran Basilisa, Eusteria y María)*

*(Niñas de 10 a 12 años muy modestamente vestidas)*

### ESCENA III

*Basilisa, Eusteria y María*

*Basilisa.* No sé lo que van hacer con Leonor. Mucho me temo.

*María.* Yo sé que D<sup>a</sup>. Adela quiere estar con Leonor para que ante el Sr. Maestro, el Sr. Cura y otras personas principales del pueblo, declare lo que ella, como Maestra, ha enseñado en la escuela.

*Eusteria.* Es lo cierto que en el pueblo, sobre todo entre las mujeres, no se habla de otra cosa. Unos dicen que si Leonor es una hereje, otras que una apostáta, otras, no sé cuantas cosas más.

*Basilisa.* Y todo eso porque la han visto rezar de rodillas ante un árbol. Si supiera el pueblo las veces que yo misma he hecho oración a la sombra de los perales que tenemos en nuestro huerto, de seguro que a mí me había de pasar otro tanto de lo que sucede a Leonor.

*Eusteria.* A tí no te pasaría nada, porque todo el pueblo sabe que eres una excelente católica: Hablas bien; vas a la Iglesia todos los días; oyes la Sta. Misa; rezas el Rosario, y en todas las partes nos sirves de buen ejemplo a mí y a todas tus compañeras.

*María.* A mí me extraña mucho que D<sup>a</sup>. Adela tome con tanto interés este asunto, que, a creerla, no puede estar tranquila desde que se ha divulgado en el pueblo lo que hace o practica Leonor.

*Basilisa.* No te admires. Ella es nuestra Maestra, siempre ha ma-

nifestado tener mucho interés por nuestra buena educación e instrucción; y por lo mismo no puede serle indiferente lo que con nosotras se relaciona.

*Eusteria.* Además ya sabes lo que son ciertas mujerzuelas, que por nada y sin fundamento levantarán a cualquiera un jaramillo.

*Basilisa.* Por de pronto nosotras siempre que oigamos hablar de nuestra escuela y de D<sup>a</sup>. Adela, hemos de salir a la defensa de la una y de la otra sin faltar, como así es, a la verdad.

(*Dentro del escenario se oyen estas voces: «Pues, sí es buena; pues no es buena; sí es católica; no es católica».* Estas voces son de Celedonia y Nicolasa, dos niñas pobres que vienen disputando)

## ESCENA IV

*Celedonia, Nicolasa y las 3 niñas de la escena anterior*

*Celedonia.* Me alegro, me alegro que estéis vosotras aquí. A vosotras que os parece ¿D<sup>a</sup>. Adela es buena?

*las 3.* Buena, muy buena.

*Nicolasa.* ¿Qué sabéis vosotras? Mi madre sabe más, y me ha dicho que no es buena; que no enseña la Religión; y que hace de nosotras.....

*María.* Unas jóvenes bien instruidas y bien educadas.

*Celedonia.* Eso, eso.

*Eusteria y Basilisa* } Es verdad, es verdad

*María* Cuanto tiene que sufrir ahora nuestra Maestra y todo porque si Leonor ha rezado delante de un árbol. ¿que? ¿No se puede rezar ante los árboles?

*Nicolasa.* Según como se rece.

*Basilisa.* ¿Cómo se va a rezar sino con devoción y confianza?

*Nicolasa.* Mi madre ha dicho que no se puede rezar ante los árboles

*Eusteria.* Y ¿porqué no se va a poder rezar ante los árboles?

*Nicolasa.* Mi madre así lo ha dicho y así será.

*Basilisa.* Pues no hay razón para decir eso.

*Nicolasa.* ¿Qué sabes tú más que mi madre?

*Basilisa.* No losé; pero en esto está equivocada.

*Nicolasa.* Pues no está equivocada

*Basilisa.* Pues, sí lo está

*Maria.* Yo creo que sí

*Eusteria.* Yo también

*Celedonia.* Y yo

*María.* ¿Eh? ¿Chss? Que viene D<sup>a</sup> Adela.

*(Entra D<sup>a</sup>. Adela por el fondo y todas las niñas se aproximan a ella para besarla la mano)*

## ESCENA V.

*D<sup>a</sup>. Adela y las niñas de la escena anterior*

*D.<sup>a</sup> Adela.* Honda muy honda es la pena que hoy aflige mi corazón. Con gran satisfacción de mi alma veía que todas las personas de este pueblo, hombres, mujeres y jóvenes me miraban hasta poco ha con cariño y con respeto. Premio era este que pagaba con creces los servicios que en la Escuela yo os había hecho: Mas hoy todo ha cambiado: Mis enseñanzas no se aprecian, mis consejos no se siguen, y lo que todavía es peor, se me tiene por algunas personas por hechicera, por hereje, por apóstata. Y todo ha provenido de las explicaciones que en días anteriores yo os he dado respecto al árbol. Llenas de regocijo os veía a vosotras cuando yo con verdadero interés y entusiasmo os decía: El árbol purifica el medio ambiente, envenenado por los animales en el ejercicio de sus funciones vitales; el árbol hace desaparecer las tormentas y las inundaciones; el árbol conserva y multiplica los manantiales, quita la fuerza a los huracanes y los convierte en brisas refrescantes; el árbol mitiga el furor de las nubes tormentosas, y hace uniformes y, sobre todo, más abundantes las aguas, dulces y fecundantes.

Siempre, mis muy queridas discípulas, he procurado inculcaros el amor y el respeto a los árboles. No se agita en mi conciencia el gusanillo del remordimiento, acusándome de haberos enseñado algún día doctrinas malas o contrarias a nuestra fe. Profeso de buen grado

ser católica con la catolicidad del Papa; y por eso cuanto digo y cuanto hago es mi voluntad firme y resuelta la de que esté conforme con la doctrina de la Iglesia verdadera. Mas hoy ¡vergüenza me da el decirlo! hoy se me trata por algunas personas de la localidad, según os he dicho, de hechicera, de hereje o de apóstata. No puedo tolear esto, que me deshonra, que me envilece, que arranca de mi corazón el tesoro que más aprecio, por el que trabajo; por el que me desvivo; por el que quiero vivir y por el que quiero morir, creyendo en la Iglesia Católica y en Cristo, Hijo único de Dios y en la Stma. Trinidad y en todo lo que se requiere para ser súbdita del Vicario de Jesucristo en la tierra, el Romano Pontífice.

*Maria.* Nosotras siempre divulgaremos aquí y en todas las partes que eres la más católica de todas las maestras españolas.

*Nicolasa.* Yo haré lo que diga mi madre.

*Maria.* Pues, si dices lo contrario, de nosotras, faltarás a la verdad.

*Nicolasa.* Quien faltará a la verdad, seréis vosotras.

*D<sup>a</sup> Adela.* ¿Qué la pasa a tu madre y qué te pasa a tí para que os portéis así conmigo?

*Nicolasa.* Sencillamente que V. no es una maestra católica.

*D<sup>a</sup> Adela.* Pero ¿porqué decís eso?

*Nicolasa.* Porque es verdad.

*D<sup>a</sup> Adela.* ¿Verdad? pero ¿es posible?

*Nicolasa.* Y tanto como es posible: Como que V. adora a los árboles, cual si fueran dioses.

*D<sup>a</sup> Adela.* ¿Quién me ha levantado semejante calumnia?

*Nicolasa.* No, no se excuse que el otro día la vieron a V. y a sus discipulas de rodillas ante un árbol.

*D<sup>a</sup> Adela.* Pero, hija mía, crees tú que ponerse una junto a un árbol, aunque sea de rodillas, es adorar al árbol?

*Nicolasa.* Claro que sí ¿pues qué va ser sino?

*D<sup>a</sup> Adela.* Sencillamente te diré porque hice eso: Mis amadas discipulas y yo teníamos que rezar el Rosario, y por mas que esta devoción puede hacerse de pie o andando, quisimos hacerla, porque nos inspiraba más devoción, de-

rodillas y, debajo de aquél árbol en que la hierba nos servía de alfombra.

*Nicolasa* No me convence V., porque Leonor, su discípula adora a los árboles, y dice que V. le ha enseñado en la Escuela ese culto.

*D<sup>a</sup>. Adela.* ¿Pero Leonor ha dicho eso?

*Nicolasa.* Lo ha dicho y lo defiende

*D<sup>a</sup>. Adela.* ¿No estabais vosotras amadas discípulas, en la escuela cuando hablé yo del árbol?

*Todas.* Sí, Señora, sí.

*D<sup>a</sup>. Adela* Y a vosotras he enseñado yo alguna vez que debéis adorar al árbol?

*Todas.* No señora, no.

*D<sup>a</sup>. Adela* Pues ¿qué pasa aquí? ¿quien me levanta injuria tan grande? ¿quién se propone hacerme odiosa a vosotras y a vuestros padres? Id pronto todos a buscar a Leonor: Yo me quedaré aquí devorando con resignación cristiana esta pena tan amarga que hoy aflige mi corazón.

*María* Yo al menos pudiera quedarme aquí con V.

*D<sup>a</sup>. Adela* No, marcha también, quizás la soledad mitigue más estas amarguras de mi corazón.

*(Se marchan todas por el fondo)*

## ESCENA VI

*D<sup>a</sup>. Adela sola (Está muy acongojada)*

¡¡Cielos y tierra!! Vosotros sois testigos de la conducta que siempre he observado en la instrucción y educación de mis amadas discípulas. Las estimo, como la más cariñosa de las madres; las amo con delirio; y me quiero sacrificar por ellas.

Pero ¡oh desgracia! Cuando en mi corazón no se producen sino estos afectos; cuando yo no pienso, ni puedo pensar en otra cosa que en ese inestimable tesoro que sus padres me han confiado, para que convenientemente le purifique, y le perfeccione; cuando yo no hablo, ni trabajo, ni duermo, ni vivo, ni me muevo, ni me alegro, ni me entristezco sino con mis niños y por mis niñas; yo

no sé si mis amigos o enemigos, si mis vecinos o mis lejanos, si las potestades del infierno, o quien pone en peligro mi fama, mi vida y mi existencia.

Bien puedo jurar en la presencia del Juez Supremo que estoy libre de esas culpas gravísimas que se me imputan, y por lo tanto que soy el blanco adonde dirigen sus saetas envenenadas esas lenguas que critican, que desprecian, que vilipendian tanto mi conducta, que me rebajan y que me desdoran hasta el extremo de hacer de mí, la persona más nociva y perjudicial a las niñas, a la familia y a la sociedad. Por todo esto, Señor y Dios mío fervientemente os pido, o que se me restituya el buen nombre que se me ha quitado, o que me quites la vida y la existencia. (*Cae de rodillas*) (*Estando de rodillas D<sup>a</sup> Adela ante un árbol, aparece Leonor por la izquierda*)

## ESCENA VII

Leonor. Está muy bien, muy bien D<sup>a</sup> Adela. Es una lección más que V. me da sobre la adoración que debemos prestar a los árboles.

D.<sup>a</sup> Adela. ¡¡Leonor!! ¡¡Leonor!! que me quitas la vida.

Leonor. ¿Como dice V. eso D.<sup>a</sup> Adela? Yo siempre la he estimado tanto, que siempre he estado atenta a sus explicaciones y no he deseado sino saber su voluntad para cumplirla?

D.<sup>a</sup> Adela. Tú, tú misma has dicho que yo adoro a los árboles que os enseñó a vosotras este culto, y como prueba de todo ello has afirmado y defendido que me has visto con mis discípulas dar culto, ponerme de rodillas para adorar a los árboles.

Leonor. Sí lo he dicho y ¿qué? ¿no es verdad?

D.<sup>a</sup> Adela. No, y mil veces no.

Leonor. Pero, si la he sorprendido ahora adorando a este árbol! ¿cómo quiere hacerme decir lo contrario a lo que veo con mis propios ojos?

D.<sup>a</sup> Adela. Mira, Leonor, no aumentes más mi pena.

Leonor. Pero ¿porqué ha de sentir V. esa pena si yo no digo aquí y en todas las partes si no lo que veo?

D.<sup>a</sup> Adela. ¿Y me has visto tú adorar jamás a los árboles?



*Leonor* Si señora; ahora mismo

*D<sup>a</sup> Adela.* Pero, mujer ¿porqué dices que yo ahora al presentarte tú aquí estaba adorando a este árbol?

*Leonor.* La cosa no puede estar más clara. Hoy es la Fiesta del árbol y V. para honrar al árbol se ha puesto junto a éste de rodillas, con las manos juntas y balbuceando una oración

*D<sup>a</sup> Adela.* ¡Ay, hija mía! Si todas esas cosas no significan que yo adore a los árboles. Precisamente hoy como aquel otro día que con vosotras hice oración ante un árbol estaba adorando al único y verdadero Dios. Y, por otra parte, la Fiesta del árbol no es una fiesta en la que se dé y se propague el culto de adoración al árbol.

*Leonor.* Yo creo que la Fiesta del árbol será algo así como la Fiesta de S. Antonio, la Fiesta de S. José y de otros santos: Y así como en las fiestas de estos santos se promueve la devoción de los mismos; así por la Fiesta del árbol se promueve la devoción, el culto de adoración al árbol.

*D<sup>a</sup> Adela.* Nada de eso *Leonor*. En la fiesta del árbol se pondera mucho la naturaleza del árbol, sus propiedades, sus excelencias o utilidades; pero jamás debe darse culto de adoración al árbol, porque eso equivaldría a tener como dios al árbol, y eso ni es verdad ni puede serlo.

*Leonor.* Efectivamente que es eso y ¿que inconvenientes encuentra V. en ello?

*D<sup>a</sup> Adela* Muchos y muy graves,

*Leono.* Yo creo que ninguno.

*D<sup>a</sup> Adela.* ¿No sabes que sólo hay un Dios?

*Leonor.* Pues ¿no nos dijo V. en aquellos días en que nos hablaba de la Fiesta del árbol que los hombres han adorado como a dioses a los astros, a las fuentes, a las selvas y a los montes.

*D<sup>a</sup> Adela.* Sí, os dije eso: Pero os añadía, que esos hombres vivían equivocados, que admitían como dioses a seres que no tenían nada de Dios. Hija mía, no hay más que UN DIOS (Por la izquierda vienen las niñas gritando Viva la Maestra Católica! ¡Viva!! ¡Viva D<sup>a</sup> Adela! ¡Viva!!)  
Escucha, *Leonor*, escucha;

*Leonor.* ¡Con qué fuerza gritan las niñas! Victorean a V.  
(*Entran todas por el fondo y besan la mano a D<sup>a</sup>. Adela*)

## ESCENA VIII

*D Adela, Anastasia, Basilisa, María, Eusteria, Leonor, Celedonia y Nicolasa.*

*D.<sup>a</sup> Adela* ¿Cómo es que gritáis tanto?

*Celedonia.* Hemos estado con unas mujeres que estaban casi riñendo. Unas decían que si V. había enseñado malas doctrinas, que si era o no católica, y que sé yo cuantas otras cosas más. Disgustadas nosotras por lo que oíamos, nos hemos apartado de ellas, reprobando aquel modo de hablar contra V. y después, como para vengaria de aquella injuria, nos hemos empeñado en dar a conocer la buena fama que V. nos merece, ¡diciendo a voces: ¡viva D<sup>a</sup>. Adela! Unicamente Nicolasa es la que no victoreaba con nosotras: No sé porque

*Nicolasa.* Porque no me gusta decir lo que no siento. Mi madre me ha dicho que D.<sup>a</sup> Adela no es católica, y por eso me caíaba.

*D.<sup>a</sup> Adela* ¿Veis, veis, que mal parada está mi fama?

*María.* Ya sé por que tu madre dice eso.

*Nicolasa.* ¿Por qué?

*María.* Por lo que oyó decir a Leonor.

*D.<sup>o</sup> Adela* Por tí, por tí, Leonor, me veo yo así.

*Leonor* ¡Cuanto siento D.<sup>a</sup> Adela, el que yo con mi modo de pensar haya contribuido a llenar su corazón de pena y angustia.

*Da. Adela.* Bien está que lo sientas. Mas es necesario que del sentimiento pases a rehacer con tus obras lo que has deshecho con tus palabras. Estoy sin el prestigio que debo tener entre vosotras para ejercer con acierto el noble ministerio de instruíros y de educaros: Siento mucho la pérdida de la buena estimación en este pueblo, pero siento más el que mis trabajos en la escuela y fuera de ella se hagan inútiles.

*Leonor.* Pequeña soy; grande ha sido mi falta. La hiedra de mi mal ejemplo se extendió pronto al alma de Nicolasa a la de su madre y a la de muchas otras personas. Yo he ado-

rado al árbol y al árbol por mí le han adorado otras personas. Hoy veo con claridad meridiana que esto no debe hacerse; y por lo mismo, declarando públicamente mi error y el de las personas que en esta materia pensaron como yo, me decido y hago propósito firme de trabajar porque a mi dignísima Maestra D.<sup>a</sup> Adela, se la restituya aquel buen nombre que ella tiene derecho a conservar entre nosotras, y con mis palababras y con mis obras he de procurar levantar el grandioso monumento de su fama hasta que, poniendo cada cosa en su lugar, el ídolo, que en el árbol yo había colocado, sea por completo hecho pedazos, y en su lugar se construya aquí en nuestro pueblo un majestuoso templo-escuela que lleve estas dos inscripciones: «Aquí no se adora al árbol» «A solo Dios se da el honor y la gloria hoy y siempre»

FIN

## El Castigo de 28 días

ESBOZO DRAMATICO

### ESCENA I

*(Aparece Robustiano mal vestido, con una hacha en las manos)*

*Robustiano sclo*

Es necesario disponer bien el hacha para ir al monte El Sr. Maestro y lo mismo el Sr. Cura y el Sr. Alcalde, nos dicen, repetidas veces, que no matemos a tantos arbolitos como brotan cada día en nuestro monte; mas ellos tienen un modo seguro de ganarse la vida, mi familia vive en la miseria; y antes de morirnos nosotros de hambre o de frío ¿no es preferible que mueran todos los árboles de la tierra? ¿qué? ¿el hombre no vale más que todas las demás cosas creadas para él? Dios Nuestro Señor, al querer nombrar un Rey de la creación ¿a quién otorgó un título tan honorífico sino a la criatura racional? Nosotros por lo tanto podemos mandar a las cosas criadas o, al menos, podemos disponer de ellas.

*(Entra Pepe por la izquierda. Pepe viene modestamente vestido como conviene a un hijo del Maestro del pueblo).*

## ESCENA II

*Pepe y Robustiano, (Pepe ha permanecido medio escondido en la escena)*

*Pepe.* He escuchado tu soliloquio. En él he observado lo que eres y también adonde te llevan tus inclinaciones. Mucho me he alegrado de que no haya venido conmigo mi padre, según tenía anunciado. ¡Cuánto hubiera padecido si tales cosas hubiera oído de tus labios!

*Robustiano.* ¿Porqué?

*Pepe.* Porque él es muy amante de los árboles y tú no les tienes afecto alguno.

*Robustiano.* Veo, amigo, que tú no has interpretado bien el verdadero sentido de lo que yo acabo de decir

*Pepe.* Lo que tú quieres es cortar todos los árboles que se te antojen.

*Robustiano.* Lo que yo quiero es tener un medio de conservar mi vida y la de mis padres.

*Pepe.* Lo que tú quieres no es eso, sino otra cosa muy distinta

*Robustiano.* Yo quiero eso, y nada más.

*Pepe.* Si perseveras con esas inclinaciones ¡pobrecitos árboles! ¡Cuántos perderán la vida!

*Robustiano.* Y eso ¿qué te importa?

*Pepe.* Me importa mucho, pero mucho. Y haré o que estimes al árbol en lo que vale, o que sufras el castigo que merecen tu desprecio y tus acciones mortíferas respecto al árbol. ¡Adiós! *(Sale Pepe por la Izquierda)*

## ESCENA III

*Robustiano solo*

Éste, medio señorito y medio sabio, se cree que yo vivo como muchos discípulos de su padre, sumisos en todo, o esclavos, mejor dicho, de sus enseñanzas y de sus órdenes. No, ha llegado el tiempo de la libertad. Ya

cuento doce abriles, y es preciso vivir con entera libertad. No, no he de someterme a otro hombre; de hombre a hombre no hay diferencia alguna. Persuadido estoy de que mis amigos sienten lo mismo que siento yo: Voy a ver lo que me dicen. (*Sale Robustiano por la derecha*)

## ESCENA IV

*D. Nicanor y Pepe su hijo. Ent: an los dos por la izquierda, Don Nicanor viene vestido como corresponde a un Maestro.*

*D. Nicanor.* Vamos, cuéntame pronto lo que has oído decir a Robustiano.

*Pepe.* Robustiano no hace caso de las explicaciones que V. nos hace en la Escuela sobre el árbol y sus propiedades.

*D. Nic.* ¡Cuánto me cuesta creer lo que ahora me dices! Él está en la clase tan atento, tan formal.

*Pepe.* Pues le engaña a V. porque es el joven de peores inclinaciones que yo conozco.

*D. Nic.* Mira, hijo mío, quizás tú, como poco conocedor de lo que son las cosas, no sepas distinguir entre lo que es la inclinación a obrar de un modo determinado y lo que es el obrar de esa manera concreta. Tú, por el; eres de carácter o inclinación irascible y sin embargo obras con mansedumbre y tranquilidad. Así quizás suceda en Robustiano, atribuyéndole tú, por lo tanto, un defecto que él no tiene.

*Pepe.* Me complaciera, Padre, en que fueran las cosas como V. acaba de indicar; mas no son así: No tardará el tiempo de indicarnos algunos hechos lamentables, realizados por Robustiano.

*D. Nic.* ¿Qué has observado, pues, en él?

*Pepe.* Ese mismo día en que le oí expresarse del modo que he referido a V. tenía en las manos una hacha y decía: «Es necesario disponer el hacha para ir al monte.» ¿Para qué deseaba preparar ese instrumento, sino para cortar árboles?

- D. Nic.* No te adelantes, hijo mío, en tus juicios con relación al prójimo. Bien puede ser que Robustiano quiera disponer su hacha para hacer leña y no para cortar árboles, como tú afirmas.
- Pepe.* Sea así; pero él mismo decía entonces: «Antes que morir nosotros de hambre o de frío ¿no es preferible que mueran todos los árboles de la tierra?»
- D. Nic.* Esperemos, esperemos en nuestra casita cómo se desmorolla la vida de ese mi amado discípulo. Y, luego, ya veremos, quien de los dos, tú o yo, estaba en la opinión verdadera.
- Pepe.* Vayámonos, sí, que el Sr. Cura me ha dicho que quiere salir con V. de paseo (*Se van los dos por la izquierda*)

## ESCENA V

(*Al poco tiempo se oye la algazara con que se acerca un grupo de muchachos.*) Se presentan en la escena pobremente vestidos Quirino, Juanote, juramentos, el Ardilla y el Tuerto.

Todos Bien, Bién, Yo cinco en un cuarto de hora, yo nueve en un minuto, yo siete, yo oncce, yo quince (cada uno dice una cosa)

*Juramentos.* ¡Orden, compañeros! ¡silencio!

Todos (*menos Juramentos*) Bien! Bien! qué bonito! Yo nueve, yo quince, yo siete, yo oncce.

*Juramentos.* O calláis todos, ó vais a sufrir la pena de vuestro alboroto.

*El Ardilla.* ¿Y tú quien eres para mandarnos callar?

*Juramentos.* Juramentos, y punto en boca.

*El Tuerto.* Buen nombre llevas para que hagamos caso de tí Callate tú mala boca.

*Los 4.* Que se calle... que se calle... que se calle... Mala boca... mala boca... mala boca...

*Juramentos.* He dicho que nadie grite.

*Los 4.* Que se calle... que se calle... que se calle... Mala boca... mala boca... mala boca...



*Juramentos.* Me marchó a casa del Sr. Maestro. Y le cuento todo lo que hemos hecho en el monte.

*Los 4.* que no vaya... que no vaya... que no vaya... Ay qué paliza... ay qué paliza...

*Juramentos.* (*Tira en el suelo su boina y se marcha*) No puedo tolerar más; me marchó.

## ESCENA VI

*Quino.* ¿Sabéis que siento... siento... siento...

*El Ardilla.* ¿Qué sientes? Dilo de ua vez.

*Quirino.* Siento mie... mie... mie...

*El tuerto.* ¿Tienes miel?

*Quirino.* Miedo.

*Juanote.* Este es un gallina. No hagáis caso.

*El Ardilla.* Yo no sé tampoco lo que me pasa. Tengo vergüenza y vergüenza grande de lo que hemos hecho en el monte.

*Juanote.* Veo, compañeros, que no sois lo que yo pensaba de vosotros. Creía hallarme entre jóvenes valerosos, y me encuentro, ¡vergüenza me da decirlo! entre débiles mujerzuelas, que no tienen valor suficiente para acometer las empresas más gloriosas en favor de nuestra libertad.

Es necesario en todos los tiempos y en todas las circunstancias manifestarnos verdaderos hombres, soldados intrépidos, que luchan siempre por la reivindicación de sus más grandes derechos.

*El Ardilla.* Así lo haré yo.

*El Tuerto.* Y yo

*Quirino.* Yo tengo miedo

*Juanote.* Callad (*hacen ruido los que vienen*) que se oye gente.

(*Entran D. Nicanor y Juramentos*)

## ESCENA XII

*D. Nicanor.* Una gran pena se apodera de mi corazón en estos momentos. Siempre me esforcé por hacer de vosotros

unos jóvenes, instruidos y bien educados; poco ha os di una conferencia sobre el árbol, sobre sus propiedades en los diversos aspectos que en él podemos considerar y sobre la hermosura que pone en muchos paisajes.

Y cuando yo me hallaba hondamente satisfecho, por la atención que habiais prestado a mis explicaciones, y por las esperanzas, que concebía, de veros siempre, en los tiempos venideros, respetuosos y amantes del árbol; se me ha presentando la contrariedad más grande que en la vida puedo tener y es que vosotros habéis talado por completo una parte considerable de nuestro monte; no ha sido suficiente para vosotros cortar las ramas de los árboles, habéis cortado los mismos árboles. Deseara que nadie supiera que sois discípulos míos, porque esta noticia me echaría a perder la joya que después de Dios y de sus gracias, más estimo, es decir, la fama, el buen nombre.

Ya que me habéis proporcionado un disgusto tan grande, os ruego que no lo agravéis todavía con vuestra falta de sinceridad; antes, al contrario, procurad aligerar mi pena explicándome en pocas palabras todo lo que ha sucedido. En primer lugar me vais a decir cuantos son los árboles que habéis cortado.

*Quirino.* Yo cinco

*Juarote.* Yo nueve

*Juramentos.* Yo siete

*El Arailla.* Yo once

*El Tuerto.* Yo quince

*D. Nic.* Total, 47 árboles cuya vida habéis eliminado de la tierra. ¡En esto han venido a parar los consejos que os he dado en favor del arbolado! ¡Desgraciado de mí, que he sacado tales discípulos de mi escuela! Y mis palabras y mis explicaciones y todo lo que he trabajado con vosotros ¿dónde se ha ido? ¿quién me lo ha robado? ¡qué amarga! ¡qué triste me haceis vosotros la vida? Yo no puedo tolerar esto; yo mismo os denunciaré; yo os presentaré a las autoridades para que castiguen vuestra falta y si es preciso yo mismo seré el verdugo que os haga expiar vues-

tro pecado. Sí, sí, vuestro cuerpo y vuestra alma han de pagar esta falta que habéis cometido contra mí, contra vuestros padres, contra vuestro pueblo, contra vuestra Patria y contra vuestro Dios.

*Todos.* Perdonadnos, perdonadnos.

*D. Nic.* ¿Cómo os he de perdonar, si la sangre de mis venas lo mismo que la sabia de los árboles que habéis cortado se levanta indignada contra vosotros, pidiendo al cielo, no misericordia y benignidad, sino venganza y castigo.

*El Ardilla.* Siempre habéis sido tan bueno para con nosotros y ahora ¿será posible que nos neguéis el perdón, que prostrados en tierra os pedimos, humildes y contritos por nuestra falta.

*D. Nic.* Me he propuesto en vida imitar al Maestro de los Maestros, Cristo Jesús: por eso os perdono la ofensa que me habéis hecho a mí mismo; mas la ofensa que habéis hecho a la sociedad, esa no puedo perdonarla.

*El tuerto.* Al menos, querido D. Nicanor, no digáis nada a nuestros padres, ni a las autoridades.

*D. Nic.* Y ¿qué adelantaréis con esto?

*Quirino.* Mucho, mucho; ¡ay. . ¡ay ¡qué miedo!

*Juanote.* A mi me parece, D. Nicanor que Juramentos debe declararlo todo para que V. vea que en medio de nuestra falta reconocemos su autoridad y agradecemos sus consejos.

*Todos.* Sí, Sí que lo declare todo, todo.

*D. Nic.* Después de confesar cada uno su falta ¿para que más?

*Juanote.* Es que conviene, D. Nicanor, que V. sepa cómo hemos venido a cortar los árboles, que yo bien saben mis compañeros que no quería.

*Ardilla.* Ni yo.

*El tuerto.* Ni yo.

*Juramentos.* Ni yo.

*Quirino.* Ni yo.

*D. Nic.* Si nadie queráis cortar los árboles ¿qué ha sucedido para llegar a cortarlos?

*Juramentos.* Antes de entrar en el monte nos encontramos con

Robustiano y éste, sin atender a todas las instrucciones que V. como buen padre y buen mentor nos ha dado, empezó a decir: que el sabía mucho, que si un señor que había venido de las Américas le había abierto los ojos, que si nosotros estábamos ciegos, obedeciendo a V. y a nuestros padres, que ya tenemos edad de peinar raya y declararnos independientes y hacernos libres y obrar, según nuestro capricho, y, por último, despreciando todos los consejos que habíamos recibido de V. nos dijo: todos tenemos que hacer hoy lo contrario de lo que nos ha aconsejado nuestro Maestro; todos tenemos que cortar árboles, y el que no quiera cortarlos, que se marche pronto de aquí, que sino...

Y sin terminar de hablarnos ya empezó él a cortar sin perdonar ni a los pequeños ni a los grandes. El sólo cortó 28 arbolitos.

*D. Nic.* Ahora que conozco el hecho con sus circunstancias, vais a ir todos conmigo ante el Sr. Alcalde, y él dispondrá cómo ha de castigarse la falta cometida.

*El Ardilla.* Todos debemos ir, pero que no falte Robustiano.

*D. Nic.* Salid todos a buscarle, y de que le traigáis aquí, nos dirigiremos a la casa del Sr. Alcalde.

*(Se van unos por la izquierda y otros por la derecha)*

## ESCENA VIII

*D. Nicanor solo*

Es cierto que me han proporcionado un gran disgusto; pero hay que perdonarlos; hay que darles buen ejemplo. Er medio de la declaración de su falta ¡qué respetuosos! ¡qué agradecidos! ¡qué cariñosamente se me presentan! Si es cierto que todos han cortado algún árbol, por lo que se deduce de sus relatos, ellos han sido arrastrados por el mal ejemplo de Robustiano, y aun parece que éste les ha obligado a llevar a cabo una acción tan baja y tan fea. A quien debe castigarse es a Robustiano.

*(Se oyen voces de los niños que traen a Robustiano: Por tí, dicen todos, por tí cortamos los arboles)*

## ESCENA IX

*El Ardilla.* D. Nicanor: aquí está Robustiano. Vamos a casa del Sr. Alcalde.

*Todos.* Vamos.

*D. Nicanor.* ¿Ves, Robustiano, adonde te ha llevado tu caracter de soberbia, de indisciplina? Con tu mal ejemplo has arrasrado a estos compañeros tuyos a cometer una falta, que te deshonra a tí y a todos nosotros. Y, además, ahora pondremos la causa en manos del Sr. Alcalde, y él no sé lo que hará de vosotros

*Robustiano.* Perdóneme, D. Nicañor, porque si cometí esa falta de cortar tantos árboles, fué para que mis padres que son muy pobres, tuvieran leña para hacer lumbre, para que pudieran vender, como leña, esos arbolitos y así sacaran algún dinero, que nos hace falta para muchas cosas.

*D. Nic.* Convenidos en que tus padres sean muy pobres; mas por una parte, hay otros medios de atender a esas necesidades de la vida, y por otra, podéis ganar algun dinero en oficios que os honren y que os dignifiquen; no en éste de cortar árboles, que os rebajan y que os vilipendian.

Te perdono también como he perdonado a tus compañeros. Mas, dada la publicidad del caso, es necesario que la autoridad, lo tome bajo su consideración.

*(Se van todos a casa del Sr. Alcalde)*

*(Apenas han salido todos de la escena por la izquierda entra Pepe).*

## ESCENA X

*Pepe solo*

Todo el pueblo sabe el hecho. Nadie hay que no condene la conducta de esos jóvenes. Las mismas autoridades se disponen ya a castigar, cual conviene, un modo de proceder tan bajo, tan perjudicial y tan irreflexivo. Acciones de esta naturaleza son indignas

de quien ha recibido una esmerada educación. Enemigos declarados de toda planta, no saben esos jóvenes que el árbol siempre nos acompaña, desde la cuna al sepulcro, del hogar a la Iglesia, de la escuela a donde quiera que vayamos: «Vivos los árboles, regulan con sus funciones la vida de la Naturaleza; muertos, regulan con sus despojos la vida social» Estas solas palabras (tomadas de D. Joaquín Costa) nos predicán muy alto que debemos amar al árbol, como se deben amar todas aquellas cosas que siempre nos acompañan en nuestra peregrinación por la tierra. Vosotros, jóvenes, en vez de amar al árbol lo habéis odiado; en vez de respetarle, lo habéis despreciado. Os compadezco por esta ocasión destructora, y os manifiesto la gran pena que me ha traído tan nefanda noticia, porque mi Sr. Padre, vuestro Maestro, con ella mucho se ha contristado y se ha contrariado. ¿De éste modo, jóvenes desgraciados, habéis respondido a sus trabajos y a sus desvelos? ¡Así pagáis a quien os ama con amor de padre! Sus palabras, sus indicaciones y sus ejemplos ¿para esto os han servido?

Se oye gente; esperemos (*se sienta en el suelo*) por ver quien sea el que viene.

(*Entra el primero el Sr. Alcalde, luego el Sr. Maestro. después el Tuerto y el Ardilla que llevan en medio a Robustiaño, Juante, Juramentos y Quirino.*)

## ESCENA XI

Señor Alcalde. Colócate, Robustiano, en medio de estos jóvenes. (*lo hace según la orden recibida*) En mi casa has declarado que poco ha cortaste 28 pequeños árboles y añadiste que llevaste a cabo esa acción, porque a ello te arrastraba la necesidad de tú familia. A esta falta debes sumar el mal ejemplo, que diste a tus compañeros; tú cortaste el primero, y, poco tiempo después hicieron lo mismo estos compañeros tuyos, Tú eres, pues, a quien principalmente se debe imputar este hecho; tú también el que debe sufrir la pena justa que repare tan grande mal.

*Robustiano.* Ya que V. señor Alcalde conoce bien los trámites de mi falta, y es cierto públicamente que nosotros hemos cometido semejante culpa, sea benigno con nosotros. Y si nosotros con nuestra pequeñez nos hemos atrevido



a destruir una parte considerable de nuestro monte, por vuestra singular grandeza de ánimo, recibamos arrepentidos vuestro perdón y vuestra misericordia.

No, no puedo perdonar. Es necesario que pagueis con el sufrimiento los desmanes de vuestra locura y atrevimiento. Severo debo ser con vosotros ya que sin compasión habéis matado a tantos arbolitos de nuestro monte.

Quien no da muestras de cultura y de civilización, es indigno de tener un puesto en los centros, donde aquellas tan bien se enseñan y se practican; por eso con todo el peso de mi autoridad os prohibo que entréis más en la escuela: vuestra manera de proceder con los árboles es una falta tan grande, que sólo puede borrarse con vuestra ausencia de la escuela y con el alejamiento de los demás niños a quienes habéis inducido al mal con vuestros perversos ejemplos. Y además para que sirva de escarmiento el castigo que tú sufras como causa principal de la falta cometida dos hombres fieles ministros de la justicia a tí Robustiano, atado a uno de los árboles de la plaza han de aplicar a tus espaldas desnudas 20 azotes cada uno hasta hacer brotar la sangre de tus venas, que purifique esta tierra que pisas hoy con tanta deshonra tuya y de tu familia.

*Robustiano.* Sr. Alcalde, tenga piedad conmigo.

*D. Nic.* No puedo mostrarte más piedad que la que tú has tenido para con los árboles. Aun me parece pequeña, muy pequeña la pena.

*Robustiano.* D. Nicanor, mire por mí, perdóneme.

*D. Nic.* Yo sí te perdono; pero no puedo hacer más por tí.

*Robustiano.* Compañeros todos, pedid al Sr. Maestro, pedid al Sr. Alcalde que sea menor mi castigo.

*Juramentos.* No haré tal.

*Juanote.* Ni yo

*El Ardilla.* Ni yo.

*El Tuerto.* Ni yo

*Quirino.* Ni yo

*Pepe,* Ni yo

*Robustiano.* Al menos, tu Juramentos y Juanote direis a los ver-

dogos que serán suaves, muy suaves al darme los azotes.

*Juramentos.* Como mande el Sr. Alcalde.

*Juanote.* Así se hará.

*Robustiano.* Sr. Alcalde, concédame el que los azotes no se me apliquen con intensidad.

*Sr. Alcalde* La sociedad, el escarmiento que de aquí se ha de seguir, no consienten eso; y por eso si los encargados no cumplen bien con su oficio, a ellos se aplicará también la misma pena. Sí, durante 28 días, cada día has de sufrir 20 azotes.

*Robustiano.* Muy digno Sr. Alcalde, muy querido Maestro, compañeros, todos me negáis el perdón y la piedad; no debo, pues, ser digno ni del uno ni de la otra. Mucho siento el que se me apliquen tantos azotes a las espaldas y el que esta pena haya de continuarse por tantos días; pero siento más el que se me prohíba ir a la escuela, en que el Sr. Maestro sólo nos enseña a practicar el bien y a huir del mal. No me viera yo en estas circunstancias, si aquel americano no me hubiera pervertido el entendimiento con sus malas doctrinas y corrompido el corazón con sus vicios y malos ejemplos. Apartaos, jóvenes, de las doctrinas que esos hombres sin conciencia, venidos de lejanas tierras, ponen en vuestros oídos con el pretexto de ser nuevas y deleitosas. Confiemos en las enseñanzas de nuestros mayores, buenos y religiosos, y así haremos que se desarrollen y perfeccionen las instituciones que ellos fundaron, las fiestas que ellos establecieron y, para decirlo en una sola expresión, los árboles que ellos plantaron.

FIN

## A la rosa

Pura encendida rosa,  
émula de la llama  
que sale con el día,  
¿cómo naces tan llena de alegría,  
si sabes que la edad que te da el cielo,  
es apenas un breve y veloz vuelo?

Y ni valdrán las puntas de tu rama,  
ni tu púrpura hermosa,  
a detener un punto  
la ejecución del hado presurosa.

El mismo cerco alado,  
que estoy viendo riente,  
ya temo amortiguado,  
presto despojo de la llama ardiente.

Para las hojas de tu crespó seno  
te dió amor de sus alas blandas plumas,  
y oro de sus cabellos dió a tu frente.

¡Oh fiel imagen suya peregrina!  
bañóte en su calor, sangre divina  
de la claridad que dieron las espumas.

¿Y esto, purpúrea flor; y esto no pudo  
hacer menos violento el rayo agudo?

Róbate en una hora,  
róbate, licencioso su ardimiento  
el calor y el aliento;  
tiendes aun no las alas abrasadas,  
y ya vuelan al suelo desmayadas;  
tan cerca, tan unida  
está al morir tu vida,  
que dudo si en sus lágrimas la aurora  
mustia tu nacimiento o muerte llora.

*Francisco de Rioja.*

## A unas flores

Estas que fueron pompa y alegría,

despertando al albor de la mañana,  
a la tarde serán lástima vana,  
durmiendo en brazos de la noche fría.

Este matíz que al cielo desafía,  
Iris listado de oro, nieve y grana,  
será escarmiento de la vida humana:  
¿Tanto se aprende en término de un día?

A florecer las rosas madrugaron,  
y para envejecerse florecieron;  
cuna y sepulcro en un botón hallaron.

Tales los hombres sus fortunas vieron:  
en un día nacieron y espiraron;  
que pasados los siglos, horas fueron

*Calderón de la Barca.*

## En la escalera del Ayuntamiento de Toledo

Nobles, discretos varones  
que gobernáis a Toledo,  
en aquestos escalones  
desechad las aficiones,  
codicias, amor y miedo.

Por los comunes provechos  
dejad los particulares:  
pues vos hizo Dios pilares  
de tan riquísimos techos,  
estad firmes y derechos.

*Gómez Manrique.*

## A un pajarillo

Yo ví sobre un tomillo  
quejarse un pajarillo,  
viendo su nido amado,  
de quien era caudillo,  
de un labrador robado.

Vile tan congojado  
por tal atrevimiento,  
dar mil quejas al viento,

para que el cielo santo  
lleve su eterno llanto,  
lleve su triste acento

Ya con triste armonía,  
esforzando el intento,  
mil quejas repetía:  
ya cansado callaba,  
y al nuevo sentimiento  
más sonoro volvía:  
ya circular volaba:  
ya rastrero corría  
ya pues de rama en rama  
al rústico seguía,  
y saltando en la grama  
parece que decía,  
Dame, rústico fiero,  
mi dulce compañía  
y que le respondía  
el rústico: No quiero

*Manuel Esteban de Villegas.*

## Un narigudo

Erase un hombre a una nariz pegado,  
érase una nariz superlativa,  
érase una nariz sayón y escriba,  
érase un peje espada muy barbado.

Era un reloj de sol mal encarado,  
érase una alquitara pensativa,  
érase un elefante boca arriba,  
era Ovidio Nasón más narizado.

Erase un espolón de una galéra,  
érase una pirámide de Egipto;  
las doce Tribus de narices era.

Erase un naricísimo infinito,  
muchísimo nariz, nariz tan fiera  
que en la cara de Anás fuera delito.  
*Queveao.*

## La limosna

Ayer cuando la niéve  
en copos muda y lenta descendía  
flotante al aire leve,  
dejando la guitarra que tañía,  
un pobre me tendió la seca mano...  
y era el pobre también seco y anciano.

Y un débil niño yerto  
vi en su regazo; lívido capullo  
que nunca en el desierto  
de un aura dulce se meció al arrullo;  
con lloro acerbo sin cesar regado,  
y mustio al beso de la muerte helado.

—«Señor—con sordas quejas  
clamé, la airada vista en las alturas;  
¿será verdad que dejas  
sin tu amor a estas flacas criaturas,  
Tú, que su duelo y su miseria sabes,  
que sustentas las flores y las aves?»

Y el anciano tañendo  
segunda vez, las desacordes notas  
sobre mi corazón iban cayendo  
como trémulas gotas;  
y más que vagos sonos eran ellas  
suspiros, y sollozos, y querellas.

No sé qué misterio  
espíritu sublime arrancar pudo,  
qué genio milagroso  
tierno lenguaje al instrumento rudo,  
que allá en su fondo un alma desterrada  
parecía gemir desamparada  
A su triste armonía,



a ese rocío de dolor, sediento  
mi corazón se abría,  
despertándose, al par, el sentimiento:  
así el agua de mayo el campo inunda  
y los dormidos gérmenes fecunda,  
¡Oh sabia Providencia!  
si a un mísero mortal penas le diste,  
con pródiga clemencia  
a santa compasión otros moviste;  
porque el hombre dichoso ame al que llora,  
y se cumpla tu ley consoladora.  
¡Señor, yo te bendigo!  
en caridad, por tí, mi alma se abrasa;  
dejando yo al mendigo  
de mi menguado bien limosna escasa,  
de sus ojos inmóviles, sin vida  
la engrandeció una lágrima caída.  
Y con gozoso pecho  
proseguí mi camino triunfante,  
altivo, satisfecho;  
y hubiérame envidiado en ese instante  
la no sabida paz que en mí se encierra  
el monarca más grande de la tierra.  
*Ventura Ruiz Aguilera.*

## Nuestro soldado

Roto, descalzo, dócil a la suerte,  
cuerpo cenceño y ágil, tez morena,  
a la espalda el morral, camina y llena  
el certero fusil su mano fuerte  
Sin pan, sin techo, en su mirar se advierte  
vívida luz que el ánimo serena  
la limpia claridad de un alma buena  
y el augusto reflejo de la muerte  
no hay a su duro pie risco vedado,  
sueño no ha menester; treguas no quiere;  
donde le llevan va; jamás cansado

ni el bién le asombra ni el desdén le hiere,  
sumiso, valeroso, resignado  
obedece. pelea, triunfa y muere.

*D. Amós Escalante.*

## Los dos espejos

En el cristal de un espejo  
a los cuarenta me ví,  
y hallándome feo y viejo,  
de rabia el cristal ronpí,

Del alma en la transparencia,  
mi rostro entonces miré,  
y tal me ví en la conciencia  
que el corazón me rasgué.

Y es que en perdiendo el mortal  
la fe, juventud y amor,  
¡Se mira al espejo, y mal!  
¡Se ve en el alma, y peor!

*D. Ramón Campoamor.*

## El labrador y la Providencia

Un labrador cansado,  
en el ardiente estío,  
debajo de una encina  
reposaba pacífico y tranquilo.

Desde su dulce estancia  
miraba agradecido  
el bien con que la tierra  
premiaba sus penosos ejercicios.

Entre mil producciones,  
hijas de su cultivo,  
veía calabazas,  
melones por los suelos esparcidos.

¿Por qué la Providencia,  
decía entre sí mismo,  
puso a la ruin bellota

en elevado preeminente sitio?  
¿Cuánto mejor sería,  
que, trocando el destino,  
pendiesen de las ramas  
calabazas, melones y pepinos?

Bien oportunamente  
al tiempo que esto dijo,  
cayendo una bellota  
le pegó en las narices de improviso

«Pardiez prorrumpió entonces  
el labrador sencillo,  
si lo que fué bellota  
algún gordo melón hubiera sido,  
desde luego pudiera  
tomar a buen partido,  
en caso semejante  
quedar desnarigado, pero vivo»

Aquí la Providencia  
manifestarle quiso  
que supo a cada cosa  
señalar sabiamente su destino.

A mayor bien del hombre  
todo está repartido,  
preso el pez en su concha,  
y libre por el aire el pajarillo.

*Felix Samaniego*

## La palmera y el olivo

Engreida, orgullosa, altiva y fiera  
una gentil palmera,  
su pomposo penacho al aire daba  
y a un humilde aceituno desprecío  
por no tener su erguida cabellera.  
—«Mira mis trenzas, dijo,  
y, muérete de envidia, al ver al hombre  
buscarlas siempre con afán prolijo,  
cuando desea eternizar su nombre.  
Mientras tú con tus hojas y ramaje

leña al fuego le das y leña sólo,  
rival yo excelsa del laurel de apolo,  
sobrevivo del tiempo al rudo ultraje;  
y estimulando las ardientes almas  
del mártir, de la virgen, del guerrero,  
de cuantos héroes tiene el mundo entero,  
premio a todos les doy, y a todos palma.

«En verdad que es así, dice el olivo,  
mas no por eso con orgullo altivo  
en despreciarme cifras tu deleite  
que humilde, como soy, produzco aceite,  
y alumbro los altares del Dios vivo.

¿De qué entonces allí sirven tus trenzas?

Para que te convezas  
en tu vana altivez, sabe, hija mía,  
que arde mi aceite allí de noche y día,  
mientras al rayo de su luz contemplo  
que esas tus palmas, con que así te embobas,  
le sirven sólo al sacristan de escobas  
para barrer el templo.»»

Nadie sea orgulloso, que es dislate  
que con razón la fabula reprueba:

Dios al humilde y al modesto eleva  
y al jactancioso y al soberbio abate.

*Miguel Agustín Príncipe*

## Los apellidos

Si a un padre un hijo querido  
a la guerra se le va,  
para el camino le da  
un Don, y un buen apellido.  
El que Ponce se ha llamado  
le añade luego León,  
el que Guevara, Ladrón,  
y Mendoza al que es Hurtado.  
Yo conocí un tal por cual,

que a cierto Conde servía,  
y Sotillo se decía:  
creció un poco su caudal,  
salió de mísero y roto,  
hizo una ausencia de un mes,  
conocíle yo después,  
y ya se llamaba Soto:  
vino a fortuna mayor,  
eran sus nombres de gonces,  
llegó a ser rico, y entonces  
se llamó Soto Mayor.

*Calderón de la Barca.*

## La venta del jaco

En la feria de Mairena,  
y ya se eleva el confuso  
hirviente, sordo rumor  
de aquel portentoso mundo  
que se revuelve en la vega  
girando siempre en tumulto.

Es bello ver desde un cerro  
tan animado concurso  
que bulle, canta, alborota,  
y delira cual ninguno,  
haciendo trueques y ventas  
promesas y engaños muchos,  
sin que haya en unos cautela  
ni en los otros disimulo...  
y todo a questo a la vez,  
y todo en breves minutos,  
y alegres, desordenados  
desde el primero hasta el último,  
divierte de tal manera  
al que contempla en conjunto  
ya en la altura los ganados,  
ya en la llanura los frutos,  
y en ruidosa bracañol

girando doquiera el vulgo,  
que piensa que está en Oriente  
y en algún mercado turco.

Y vense también allí  
los por demás siempre chuscos  
hijos sin par de Triana,  
en el decir tan agudos  
y en embaucar tan mañosos  
como en la color oscueros.

Helos allí infatigables,  
nunca faltos de recursos,  
charlando como ellos solos  
entre ganados sin número,  
elevando hasta las nubes  
ya la costa de los unos  
ya la bondad de los otros...  
y en medio de todo, astutos  
aprovechar la ocasión  
y hacer pasar sin escrúpulo,  
como si fuera un Babiaca,  
a algún macilente rucio.

«Zu mersé mire esa plesa  
jeste ez un bicho mu fiero!  
¿y esta cola? ¿y la cabeza?  
vamo... zi no tiene pero.

¿Puez y los zojos?... ¡no ez ná!  
zon senteyas... ¡no hay más ver!...  
miusté, con eza mirá  
está isiendo zu poer.

¿Y los piños?... ¡Jezucristo!  
zon más blancos que el marfil,  
y enjamaz aquí ze ha visto  
un jaco con tanta clín.

¿Lo quié usted ve caminá?  
lo mesmo sale que un taco...  
¡je!... ¡Caminal... ven acá...  
encarámate en el jaco;



y yévalo recogío  
 hasia el camino e zan Roque...  
 ¡corto!... camina, hijo mío...  
 y cudiao no te zesboque.

¿Lo vousté? ¡juíy... qué pujansa!...  
 ez lo mejó que tenemos...  
 ni el mesmo viento lo alcanza...  
 ¡zi zon mucho equayos remos!

Ahora e mano cambió..  
 vea lusté... ¡que gayardía!  
 ¡alabao zea el Zeño  
 que tales fortunas cría!  
 ¡Caminaj... ¡para! al avío;  
 arrepare osté qué piel...  
 vano, zi quié usté ir zervió  
 no hay más que quearse con él.

¿Que cuánto?... bien vale... azí  
 Díos ze olvíe e mis pecaos,  
 lo mismo que un maavef...  
 zobre tresientos ducaos.

¡Qué ha e zé mucho!... no ¿vusté  
 que eze potro ez una fiera!  
 por zan Juan!—Osté no ve  
 que ez e le cata e *Valera*?

Y que se bebe los vientos,  
 y que los sielos escala...  
 vaya... vengan los dosientos  
 y pague osté la alcabala.

¡Ze acabó; no hay más que hablá!...  
 zi osté ez el amo, on Jocé...  
 ¡Luseriyo!... paza ayá!...  
 ¡qué bicho ze yeva osté!!!...

¡Qué animal!... ¡vaya unas manos!...  
 que las jan pintao parese...  
 ¡jay!... antez e zapartanos

éjeme osté que lo beze!

¡Lusero, mantente tiezo!

anda vete, pobrecico,

y toma mi último bezo

¡vargame Dios, que jocico!

Zeñó on Jocé, no pue omá...

¡llévelo usté, por Jezú!

que no lo gúelvo a mirá...

gástelo usté con zalín

Camina... arrímate acá.

Ya lo ves, pasó el podriyo;

juerza el mojaló será;

con que vamo al ventorriyo.

Güen golpe, ¿es verdá, chorre?

y en seguro lo hemos dao...

várgame Dios lo que pue

con los jácos el *zalvao*!

Y el güen homb. no ha advertio...

¡zi ez esto una maraviya!

que el peyeto está cosío

maz acá e la paletilla.

Ni que la *clin*, ni la cola,

ni los piños zon verdá...

¡Canina! con mi parola

to zé lo jize tragá.

¡Jezucristo!... ¡vaya un topo!...

no ze yeva mala ardiya ..

¡ja, ja!... Dios jaga que el jopo

ze le tenga hasta Zeviya.

Y pues que tantos ducaos

al fin nos valió el potriyo,

¡chavó!... con nuestros pecaos

vámonos al ventorriyo,

*D. Tomás Rodríguez Rubi.*

## José Iglesias de la Casa

¿Ves aquel señor graduado

roja borla, blanco guante,  
que nemine discrepante  
fué en Salamanca aprobado?

Pues con su borla, su grado,  
cátedra, renta y dinero  
es un grande majadero

¿Ves servido un señorón  
de pajes, en gran carroza,  
que un rico título goza  
porque acertó a ser varón?

Pues con su casa, blasón,  
título, coche y cochero,  
es un grande majadero.

¿Ves al jefe blasonando  
que tiene el cuero cosido  
de heridas que ha recibido  
allá en Flandes batallando?

Pues con su escuadrón, su mando,  
su honor, heridas y acero,  
es un grande majadero.

¿Ves aquel paternidad  
tan grande y tan reverendo,  
que prior le está eligiendo  
toda su comunidad?

Pues con su gran dignidad,  
tan serio, ancho y tan entero,  
es un grande majadero.

¿Ves al juez con fiera cara  
en su tribunal sentado,  
condenando al desdichado  
reo, que en sus manos para?

Pues con sus ministros, vara,  
audiencia y juicio severo,  
es un grande majadero.

¿Ves al que esta satirilla  
escribe con tal denuedo  
que no cede ni a Quevedo  
ni a ningún otro en Castilla?

Pues con su vana letrilla  
pluma, papel, y tintero  
es mucho más majadero.

*José Iglesias de la Casa*

## Madrid y el campo.

Oh, qué linda es la pradera  
un día de primavera,  
cuando la rosada aurora  
perlas y diamantes llora  
sobre la yerba y la flor!  
Pero la cama es mejor.

¡Cómo es grato entre la sombra,  
pisando la verde alfombra,  
por la verita del río,  
caminar al caserío,  
del vecino labrador!

Pero en un coche es mejor.  
¡Oh qué hermosa es la perdiz  
con su galano matiz,  
volando de ramo en ramo  
hacia el mentido reclamo  
del astuto cazador!

Pero en la mesa es mejor.  
¡Oh, cómo en la pura fuente,  
bulliciosa y trasparente,  
entre las menudas guijas,  
sin auxilio de botijas  
brinda el agua!... Sí señor;  
pero un sorbete es mejor.

Si no sopla rudo cierzo,  
¡oh, que bien sabe el almuerzo  
en campiña libre y rasa!...

Sí por cierto; pero en casa  
de mi amigo el Senador  
se almuerza mucho mejor.

Buen provecho a los secuaces  
placeres montaraces;

mas yo a la corte me atengo;  
que es bueno el campo, convengo:  
delicioso, encantador...

Pero Madrid es mejor.

*Manuel Bretón de los Herreros.*

## Origen humilde del papel

Una incrédula de años  
de las que niegan el fué,  
y al limbo dan tragantonas  
callando el Matusalén;  
de las que detrás del moño  
han procurado esconder,  
si no el agua del bautismo  
las edades de la fé;  
buscaba en los muladares  
los abuelos del papel,  
(no quise decir andrajos  
porque no se afrente el leer)

Fué, pues muy contemplativa  
la vejezuela esta vez,  
y quedóse así elevada  
en un trapajo de bien.

Tarazón de cuello era  
de los que solían ser  
más azules que los cielos,  
más entonados que juez.

Y bamboleando un diente,  
volatín de la vejez,  
dijo con la voz sin huesos,  
y remedando el sorber:

«Lo que era ayer estropajo  
que desechó la sartén,  
hoy, pliego, manda dos mundos  
y está amenazando tres.

Buen andrajo, cuando seas,  
(pues que todo puede ser)

o provisión o decreto  
o letra de ginovés;  
acuérdate que en tu busca  
con este palo soez  
te saqué de la basura  
para tornarte a nacer».

En esto, haciendo cosquillas  
al muiadar con el pie,  
llamada de la vislumbre,  
y asustado el interés,  
si es diamante, no es diamante,  
sacó envuelto en un cordel  
un casquillo de un espejo,  
perdido por hacer bien

Miróse la viejecilla,  
prendiéndose un alfiler,  
y vió un orejón con tocas  
donde buscó un Aranjuez,  
dos cabos de ojos gastados  
con caducas por niñez,  
y a boca de noche un diente  
cerca ya de anochecer:  
más que cabellos arrugas  
en su cáscara de nuez;  
pinzas por nariz y barba  
con que el hablar es morder.  
Y arrojándole en el suelo  
dijo con rostro cruel:  
«Bien supo lo que se hizo  
quien te echó donde te ves»  
Señores, si aquesto propio  
os llegare a suceder,  
arrojar lo cara importe;  
que el espejo no hay por qué

*Quevedo.*

## El Niño Cupido

Por los jardines de Chipre



andaba el niño Cupido  
entre las rosas y flores,  
jugando con otros niños.  
Cuál trepa por algún sauce,  
presumiendo buscar nidos;  
cuál cogiendo el fresco viento  
por coger los pajarillos;  
cuál hace jaulas de juncos,  
cuál hace palacios ricos  
en los huecos de los fresnos  
y troncos de los olivos.  
Cuando cubiertas de abejas  
halló el travieso Cupido  
dos colmenas en un roble,  
con mil panales nativos.  
Metió la mano el primero,  
llamando a los otros niños:  
picóle en ella una abeja,  
y sacóla dando gritos.  
Huyen los niños medrosos,  
el rapaz pierde el sentido,  
vase corriendo a su madre  
a quien lastimado dijo:  
—Madre mía, una abejita  
que casi no tiene pico,  
me ha dado mayor dolor  
que pudiera un basilisco.—  
La madre, que lo conoce,  
vengada de verle herido  
de cuando la hirio de amores  
de Adónis, que tanto quiso,  
medio riendo le dice:  
—De poco te admiras, hijo,  
siendo tú y esa avecica  
semejantes en el pico

## Mi vaquerillo

He dormido esta noche en el monte  
con el niño que cuida mis vacas,  
En el valle tendió para ambos  
el rapaz su raquílica manta  
¡y se quiso quitar—¡pobrecito!—  
su blusilla y hacerme almohada!  
Una noche solemne de Junio,  
una noche de Junio muy clara!

Los valles dormían,  
los buhos cantaban,  
sonaba un cencerro,  
rumiaban las vacas...

Y una luna de luz amorosa,  
presidiendo la atmósfera diáfana,  
inundaba los cielos tranquilos  
de dulzuras sedantes y cálidas.

¡Qué noches, qué noches!  
¡Qué horas, qué auras!

¡Para hacerse de acero los cuerpos!  
¡Para hacerse de oro las almas!  
Pero el niño ¡qué solo vivía!

¡Me daba una lástima  
recordar que en los campos desiertos  
tan solo pasaba  
las noches de Junio

rutilantes, medrosas, calladas,  
y las húmedas noches de Octubre,  
cuando el aire menea las ramas,  
y las noches del turbio Febrero  
tan negras, tan bravas.

Con lobos y cárabos  
con vientos y aguas!

¡Recordar que dormido pudieran  
pisarlo las vacas,  
morderle en los labios  
horrendas tarántulas,

matarlo a los lobos,  
 comerlo las águilas!...  
 ¡Vaquerito mío!  
 ¡Cuán amargo era el pan que te daba!  
 Yo tenía un hijito pequeño,  
 —hijo de mi alma,  
 que jamás te dejé, si tu madre  
 sobre ti no tendía sus alas.—  
 Y si un hombre duro  
 le vendiera las cosas tan caras!..  
 Pero; qué van a hablar mis amorés,  
 si el niño que cuida mis vacas  
 también tiene padres  
 con tiernas entrañas?  
 He pasado con él esta noche,  
 y en las horas de más honda calma,  
 me habló la conciencia  
 muy duras palabras...  
 Y le dije que sí, que era horrible...  
 que llorándolo el alma ya estaba,  
 y el niño dormía  
 Cara al cielo con plácida calma;  
 la luz de la luna  
 puro beso de madre le daba,  
 Y el beso del padre  
 se lo puso mi boca en su cara,  
 y le dije con voz de cariño  
 cuando ví clarear la mañana:  
 Despiértate mi mozo,  
 que ya viene el alba  
 y hay que hacer una lumbre muy grande  
 y un almuerzo muy rico... ¡levanta!  
 Tú te quedas luego  
 guardando las vacas  
 y a la noche te vas y las dejas...  
 ¡San Antonio bendito les guarde!...  
 Y a tu madre a la noche la dices  
 que vaya a mi casa,

—126—

porque ya eres grande  
y te quiero aumentar la soldada...

*José M.<sup>a</sup> Grabiél y Galán.*

**FIN**

THE FIRST PART

THE SECOND PART

THE THIRD PART

THE FOURTH PART

THE FIFTH PART

# INDICE

	Pág.		Pág.
Dedicatoria	3	Arboles célebres	43
Al lector	4	Un gran monumento de maderamen	45
<b>PRIMERA PARTE</b>			
Prolusión	7	Otra Fiesta	47
¿Cómo empezar?	8	Una sorpresa en el día de la Fiesta del árbol	50
¿Cómo tan solemne Fiesta?	9	Dos impresiones de un niño	51
El porqué de la Fiesta del Arbol	11	Simbolismo de los árboles	52
Nuestra Velada	13	El árbol de la Libertad	54
Grandezas presentes	14	Los labradores	55
<b>SEGUNDA PARTE</b>			
<i>Un consejo de ministros por 5 niños</i>		El rey de los árboles	56
Habla el Presidente de Ministros	16	Mis deseos	58
Ministro de Instrucción Pública	17	Seamos hombres de hoy y de mañana	61
Ministro del Exterior	18	<b>CUARTA PARTE</b>	
Ministro del Trabajo	19	Los árboles y los jóvenes	62
Ministro de la Gobernación	21	Flexibilidad de los árboles y de los hombres	63
Real Decreto	22	La utilidad del árbol, símbolo de la utilidad de la inteligencia	64
<b>TERCERA PARTE</b>			
Nuestros antepasados y los árboles	24	Egoísmo de los árboles y de los jóvenes	65
Arboles, más árboles	26	Aficiones plausibles de la juventud	67
Propiedades generales de las plantas	28	El trabajo de los jóvenes	68
Más propiedades de las plantas	29	¿No hay árboles ni hombres?	70
Propiedades especiales de las plantas	30	Los árboles fuertes y los hombres de carácter	71
Utilidad de los árboles	31	Luchas necesarias	72
Los árboles frutales	33	Los árboles y los amigos	73
La poda de los árboles frutales	35	La obediencia en todos los seres de la creación	74
La savia en los árboles	36	El ideal de la juventud	76
Lugar en que habrá de hacerse la plantación de los árboles	38	Trabajad, jóvenes, por la lengua patria	80
Edad y altura de algunos árboles	39	<b>QUINTA PARTE</b>	
El árbol y el Código penal	41	El ídolo de una niña.	
		(Esbozo dramático)	84



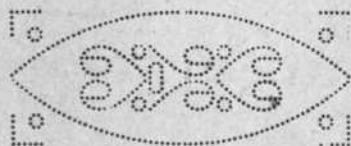
El castigo de 28 días. (Esbozo dramático)	95
--	----

## SEXTA PARTE

(POESIAS)

A la rosa	107
A unas flores	107
En la escalera del Ayuntamiento de Toledo	108
A un pajarillo	108
Un narigudo	109

La limosna	110
Nuestro soldado	111
Los dos ojos	112
El Labrador y la Providencia	112
La palmera y el olivo	113
Los apellidos	114
La venta del jaco	115
José Iglesias de la Casa	118
Madrid y el campo	120
Origen humilde del papel	121
El Niño Cupido	122
Mi vaquerillo	124



20-487

1.500-

## De venta en la

IMPRESA DE LA SAGRADA FAMILIA

BURGO DE OSMA (Soria)

EL ARBOL Y SU FIESTA-----2 psts.

NIÑOS APOSTOLES (Velada misional)---0'60

Precio: 2'00 Pesetas.

1900